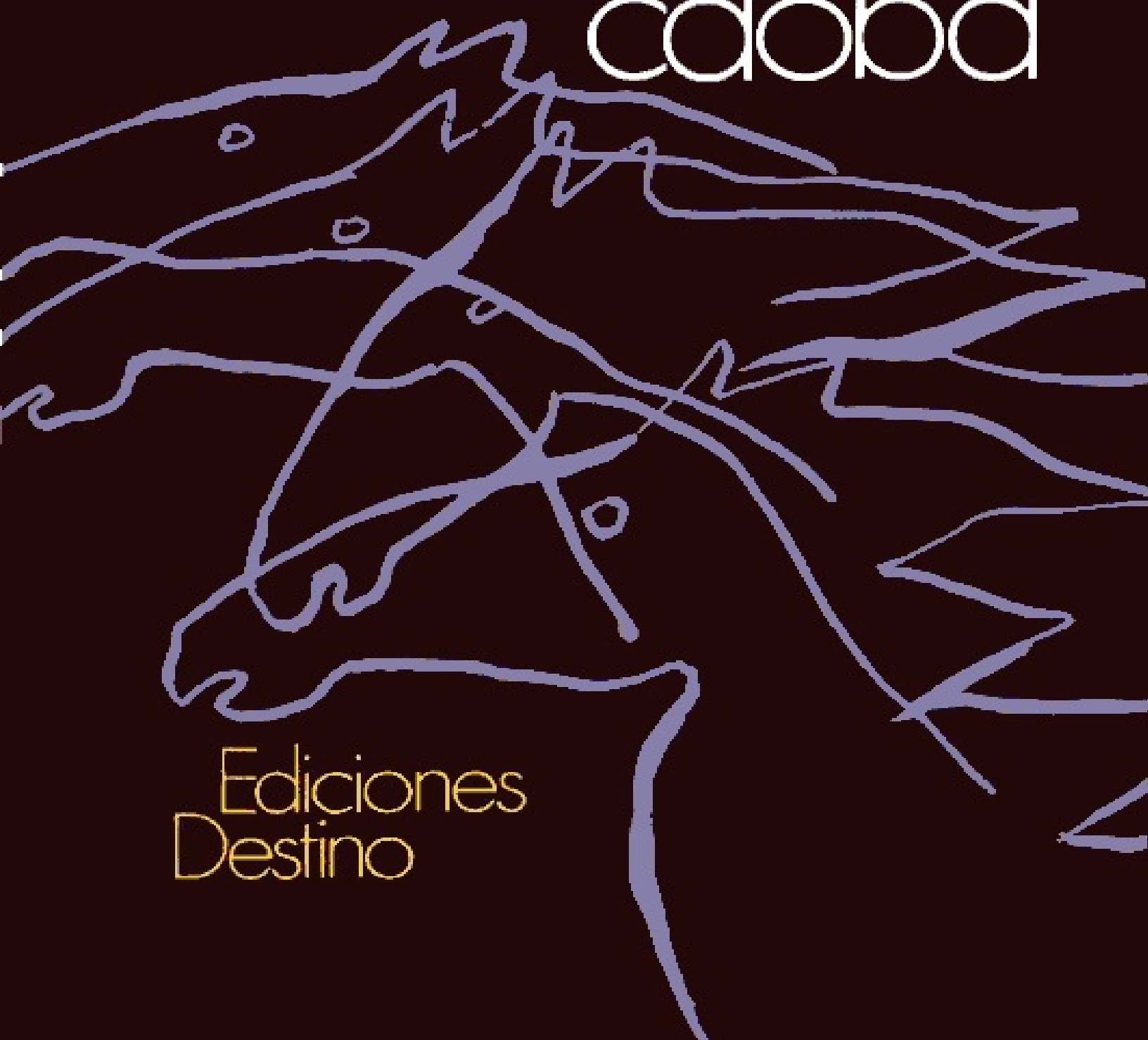


José María
Requena
Pesebres de
caoba



Ediciones
Destino

PESEBRES DE CAOBA

Es la crónica de la muerte y entierro de Carlos Cal, terrateniente andaluz, dueño de la Hacienda Olivoloco...

©1980, Requena, José María

©1982, Destino

Colección: Áncora y delfín, 562

ISBN: 9788423312054

Generado con: QualityEbook v0.59

Generado por: Carmo59, 13/12/2012

Pesebres de caoba

José María Requena Barrera

Premio Villa de Bilbao 1981

A Chachalola no le extrañó demasiado la muerte del amo, porque la había presentido desde el amanecer. Aleteaban en vuelos raseros las palomas zuritas y las nubes pasaban lentas y plomizas hacia los cerros de las viñas. Subió el viejo mastín hasta la planta de la servidumbre, como en aviso de algo malo, entre toses y jadeos. Cinco años hacía, por lo menos, que el perro no se atrevía a tal aventura, porque la mucha edad le había metido en los pulmones el demonio humano del asma y prefería el hambre antes que subir por la grandiosa escalera principal de mármol rosa, y, después, la estrechita y empinada que lleva, de tapadillo, desde la altiva galería del patio hasta la anchura soleada de la cocina, rodeada de los bien olorosos pasillos y recovecos que cruzan oscuros espacios de altos techos artesonados por colganderos jamones y chacinas. Y supo también Chachalola al mediodía, que, camino del pueblo, a galope tendido, fue vista pasar la señorita Trudy, de nuevo en Rancho Espuma, dura y castigadora con la fusta al cruzar por delante del caserío de Olivoloco, rubia, muy rubia aún, sobre el caballo negro de cuello largo y patas finas, botas amarillentas y pantalones verdes, empernacada muy a lo militar, machotamente apretados los pies sobre la tirante cortedad de los estribos, joven y poderosa todavía, que parece mentira cómo se conservan estas malditas extranjeras. Que se lo hubieran preguntado, si no, a don Carlos Cal, que, también, aquella tarde misma de su muerte, venía de los pinares que marcan espesas lindes entre Olivoloco y Rancho Espuma, donde, escondido como un chiquillo en fiebres primeras de varón, aguardaba, entre quemazones de labios y tembliques de viejo calentón aún dominado por encelamientos imposibles, a que llegara ella a desnudarse sobre la blancura harinera de la playa, momento en que él buscaba con sus potentes gemelos las

nuevas y mayores imperfecciones del cuerpo rubianco poderoso, en tanto mascullaba remordidos insultos contra la propia decadencia de su vejez, reventones los ojos, en ansiosa adivinanza de las primeras arrugas que, por fin, derrotaran la hermosura de un cuerpo que ya no era suyo. Como aquella madrugada, cuando, al servirle la botella última, le escuchó Chachalola, suelta ya la borracha lengua de los rencores, aquel regodeo babeante, porque había visto y revisto las primeras varices en las pantorrillas todavía rotundas de la señorita Trudy Brot, anchas y azulosas varices que le parecieron arroyos a punto de crecida, celestes amenazas de inundación sobre los rastrojillos de inolvidable pelusilla dorada, en unas piernas que resisten el paso del tiempo como tantas y tantas cosas alemanas, igualito que sus carros de combate, lo mismito que la máquina de escribir que un representante alemán quiso venderle a Carlos Cal, después de hacerle ver que se podía escribir con ella tras zambullirla una y otra vez en las profundas aguas del pozo y sacarla entre golpes contra las piedras verdinosas de la hondura, al igual que podrían seguir disparando los cañones alemanes desde mucho más allá de la derrota, porque, aunque vencidos, nunca dejan de ser gigantes y fuertes, casi jóvenes del todo con la edad en que las morenas carnes de por aquí se apergaminan y encogen, cada vez más uvas pasas los gestos ante el espejo, y hay que ver, sin embargo, la descarada valentía con que se conservan, a su medio siglo, los pechos de Trudy, hija única del comandante piloto de la Cóndor, doblegada la resistencia de aquellos dieciocho años de musculatura inconquistable mediante jarabes de pico o con calculadas estrategias de caricias, sino tan sólo a golpes de continuas y guerrilleras sorpresas contra los hielos de la disciplina germana, abriendo brecha con las voladuras del susto en los hermosos paredones de un cuerpo enviciado por los rigores matemáticos de la gimnasia. Y así, se fueron cumpliendo las aceitunadas leyes de Carlos Cal, cuarentón el viudo de Olivoloco, igual que tallado por vientos y soles a caballo, entrando a saco, en apasionamientos maduros, por aquellos dieciocho años recién llegados en avión de combate, niña hecha a planchar uniformes rígidos y a sacarle brillos a la elegancia mortífera de los corrajes, muchacha acorralada al fin por todo cuanto Carlos Cal tenía de tierra seca y de trigal, de poderosa presencia de manada de potros o de toros. El mismo Carlos Cal, que, a la vuelta del pinar de las playeras lindes con Rancho Espuma, quedó vencido por el primer mareo del fin, boca retorcida y mirar fijo y dislocado el rostro, sobre las crines sudorosas del caballo blanco, en desgarmo combadas las mandonas bridas, colgantes y a peso los brazos a un lado y otro del cuello y engarabitados los dedos en el repentino calambre del infarto. Ni un grito

ni la prisa más mínima despertó la estampa del jinete que nunca más volvería al galope, ni tristes ni tampoco juguetones los andares de la montura, lentos andares con más cansancio que instinto de luto por un amo que brillantaba en persona los cascos de sus corceles favoritos, cuya insolencia desbravaba él mismo, las espuelas repetidamente remojadas con trabajados zumos de cortezas limoneras, en agria mescolanza con vinagres viejos, hasta que, después de muchos cabeceos, brincos y relinchos, entre polveríos de protesta y rabia, rendidos los cuellos y estropajosas de sudor las crines, premia Carlos Cal los primeros sometimientos a la doma con el confitero milagro de los grises cubos llenos de natilla y merengue que el yeguarizo mayor pone al alcance de los belfos, cuando el amo de Olivoloco alza el brazo como señal de principio del fin de un potro libre a punto de convertirse en animal esclavo, tronchadas para siempre las cabriolas de su rebeldía, lujo de fuerza sometida, parte elegante y musculosa de toda aquella tierra que Carlos Cal amaba y defendía con la violencia misma de las lujurias ciegas, negada de una vez para siempre la comprensión que puedan pedir las vidas o las cosas que le vuelvan la espalda o que se encaren en contra de cualquier ilusión suya. Por eso, nada más que silencio ha venido cercando al amo muerto, al amo del orgullo doblado que acaba de atravesar las abiertas verjas, rozando sus manos los macizos de romero, hasta que el viejo capataz Fernando pide ayuda y le bajan con unos modos que parecen, primero, casi miedosos, de tan esmerado como es el respeto conque los camperos pasan sus brazos bajo los sobacos de la cazadora o al rozar el cuero de unos zahones que ellos saben heredados de remotos poderíos del campo, de una ristra de dueños poquísimas veces desobedecidos. Y Chachalola lo había visto venir todo desde las arcadas del mirador, entre aleteos de palomos que surcan y apretujan a las palomas contra los rincones más negreados por el atardecer. Y se recuerda ella a sí misma, mucho más joven, nada más empezar la guerra, enloquecida de rizos su cabeza, el lunar aquel tan como el carbón en el entrelabio, que parecía conseguido con tizne de corcho afilado y puesto a la lumbré, y unas caderas anchas y curvas que los cortijeros palpaban de antemano resignados al bofetón, aunque tantísimas veces tentada ella a decir que sí, a seguirle el juego al atrevimiento del macho más decidido, por los hondones tibios de las corralizas o bajo las techumbres desvencijadas de los gallineros. Y allí estaba la guerra, noticia sonando a rara fiesta en el pueblo y que desde el pueblo llegaba a Olivoloco por boca de Fernando, el capataz, abrochado el botón de arriba de la chaquetilla gris de la pobreza, pero con un no se sabe qué por dentro de ordeno y mando que le envaraba en la función tan poderosa que

cumplía, vueltas y más vueltas a la gorrilla entre los dedos nerviosos:

—Están requisando las escopetas y han paseado a don Fidel por la rotonda de la plaza con un cartel al cuello que decía: «Te presto un duro y me quedo con tu jornal del año entero».

Nunca quiso perros de lujo en Olivoloco. Carlos Cal perdía los estribos ante los perros pequeñajos y mansurrones que se echan a los pies del amo y se pasan el día a la espera de que cualquiera los coja entre los brazos, para lamerle las manos con humillado agradecimiento. Los adivinaba falsos como a todas las cobardías, incapaces, además, de preparar con paciencia los apasionados mordiscos de la revancha, perritos falderos como aquel bajito y alargado al que doña Mercedes engolosinaba con bombones y recortes de jamón, perro en continua señalera, dueño y señor de camas y divanes, perro de ladridos agudos y afeminados, perro vicioso de lindos cojines bordados y de mullidos almohadones de terciopelo. Porque, para Carlos Cal, únicamente un animal debía ser un lujo en tierra de labranza, nada más que el caballo, solamente su hechura de poderío y sus andares de grandeza, ningún otro animal, ni cosa alguna tampoco, pues ni siquiera sus sillas de montar llevaban incrustadas en oro sus iniciales y libres de anillos había llevado siempre los dedos de sus manos duras. Fue desechando desde niño los perros que, más tarde o más temprano, levantan la cabeza con la soberbia de su estampa agradable o imponente o con la suficiencia de una faena de cacería bien hecha. No le sirvieron los gigantes dogos daneses ni los perdigueros mejores ni los vivos perros lobos alemanes ni los peludos y grandullones de San Bernardo. Se quedó, sin más, con la bronca lealtad de los mastines cabezones y la pronta agilidad de los galgos, sólo piel, músculo y hueso, que culebrean por el aire como látigos y que ni para pedir de comer mueven el rabo, perros estos y aquellos que jamás cogen sitio en salas y dormitorios, siempre a la puerta de casas y corrales, perros cumplidores, serios y callados como los buenos capataces, y, en diciendo esto, se echaba a reír Carlos Cal, cuando añadía lo de dicha sea la comparación sin ánimo de ofender, porque Fernando había empezado a mover la cabeza en clara significación de resignado disgusto.

Nada más ponerse Carlos Cal ante la fachada de la casa cuartel, el cabo Pereira mandó abrir las dos grandes hojas de la puerta claveteada con bronce picudos y exageradamente abrigados por la disciplina.

—Adelante, señores —gritó el cabo desde el patio.

El alcalde apareció por una de las esquinas de la plazuela y, una vez junto al amo de Olivo-loco, se adentraron en la sombra espesa del zaguán, mientras el

número de guardia cerraba a sus espaldas el ancho portón, rápido y silencioso el cerrojazo, chorreantes de grasa oscura los robustos y ligeros pestillos.

Hasta dolía de tan blanco el patio de mármol. Carlos Cal presentía, arracimados tras los visillos de las ventanas altas, los compenetrados temores de las mujeres y los hijos de los cinco civiles, conversaciones en voz baja por los interminables pasillos de un caserón aislado del resto del pueblo, cañones de fusiles en improvisadas troneras y ventanucos, soldados prematuros los chiquillos en vigilancias nocturnas por las azoteas del pequeño universo aparte, más de cincuenta mosquetones y diez mil balas en el sótano que fue, en lejanos tiempos, bodega de muy cuidadas telarañas sobre botas centenarias de vinos postineros y, a veces, también tenebroso escondite para secretos o tesoros o personajes fugitivos. Y, en la caja fuerte, abierto ya, el temido y amarillento sobre lacrado de las consignas para casos de emergencia, pero ningún consejo que facilitara las decisiones, sino sólo escuetas normas de a Roma por todo, implacables las llamadas al deber una vez llegada la hora de dar la cara del valor y responder a lo jurado la mañana aquella ante la bandera, bajo un sol muy hermoso del otro sol que estuvo allí también cuando el primer beso a la novia, el mismo sol que jamás le había faltado en las encrucijadas más emocionantes de la hombría. Porque para los cuarenta años del cabo Pereira, había resultado muy transcendente, acaso demasiado, aquello de tener que abrir un sobre así por vez primera, solemne sobre sellado en lacre rojizo color de sangre enfangada, un sobre como los otros sobres que tantas veces había contemplado, fugazmente y de reojo en cada nuevo relevo de las muchas guardias cumplidas desde los veintitantos, en el momento de abrir la caja fuerte el oficial entrante, o él mismo al llegar a comandante de puesto con sus anchos galanes granates de cabo... De momento, al abrir el sobre de papel grueso y áspero, pulverizado el lacre viejo en pequeñísimos y múltiples crujidos, se sintió un poco así como en camino hacia el heroísmo, trabajosamente dominada la emoción de los dedos y muy segura y relimpia de sentimentalismos la voz con que fue leyendo a sus cinco guardias, en mitad del patio blanco, la consigna escueta que debían obedecer cuando el país se destrozaba ya por los cuatro costados del odio.

Treinta mosquetones y dos mil balas había exigido el pueblo para tolerar aquella independencia de vida aparte que los guardias civiles se proponían. Los hombres que se iban llevando armas y municiones depositaban en un rincón las sacas de patatas y harina, gruesos jirones de tocino, sartas de chorizos, garrafrones de aceite, ruidosas latas de conserva, anchas bacaladas, barrigonas barricas de arenques, espuestas rebosantes de pan caliente...

Uno de los hombres, fusil entre las manos, preguntó con descaro y en voz alta:

—Y a todo esto ¿cómo se carga un chisme de estos?

Carlos Cal sorprendió el primer punto de indignación en el gesto del cabo y mientras metía en la recámara los cinco cartuchos del peine reluciente, le dio estudiada satisfacción a un hombre que veía en cada mosquetón bastante más que una simple cosa.

—Así se carga, y no te olvides de que esto no es un chisme, sino algo muy serio, demasiado serio.

Con todo, nada más retirarse el imprudente, el cabo tomó del brazo al labrador y le comentó en un aparte con ira mal reprimida:

—Esperemos que no se haya equivocado al aconsejarme esto. Ya le dije que no lo veía muy claro, pero que lo hacía por esas mujeres y esos niños —señaló hacia los ventanales donde los visillos habían sido retirados del todo, rotos los comedimientos iniciales ante aquellos intercambios de fusiles y balas por panes y ultramarinos.

Con algo de profecía sonaban las palabras del hombre uniformado de verde, un hombre todavía joven en cuyos gestos se reflejaban forcejeos de recelos y decisiones, en edad de verse muy distanciado de las maravillosas cosas ideadas por los años más limpios, durante la corta y alegre temporada de la primera juventud, cuando el hombre no cree, no puede creer en la muerte propia. Algo más que admiración a secas sintió Carlos Cal por aquella estampa que parecía reclamar por toda su silueta la sangre más joven que le restara, una sangre que a Carlos Cal no le costó ni tanto así de imaginación suponerla como sangre movilizada de aquí para allá, por debajo del uniforme verde claro, tan ajustado al cuerpo bajo la negra atadura del correa, atosigante la elegancia de los dorados botones abrochados pecho arriba hasta el duro círculo de un cuello por cuyo borde claro, ya ennegrecido por unas cuantas noches en blanco, burbujeaba el martirizado sudor de quien se resistía a considerarse traidor y vuelto de espaldas al heroísmo por haber entregado fusiles y balas a cambio de comida.

Al doblar la primera esquina de la plazoleta, Carlos Cal se ha visto encañonado por diez de los mosquetones acabados de sacar del cuartel.

—Yo creía que usted era un hombre de palabra —dijo mirando a los ojos del alcalde.

—En estos momentos —replicó el alcalde— no puedo permitirme el lujo de ser un hombre de palabra.

Estrenó los galones de cabo en aquel pueblo tan pobretón, ni siquiera adoquines en la calle principal, y las otras, desdentadas por el traqueteo de los carros, sólo restos de empedrado, por lo que el viente de agosto levantaba remolinos y cualquiera diría que todo el polvo de la mañana buscara sus bocamangas para deslucirle el par de tafetanes rojos con rayitas negras.

Se preguntaba Pereira, camino del casino, que hasta dónde se remontaría el contento de un hombre al estrenar estrella bordada en oro, aunque fuese únicamente la de seis puntas, porque, siendo tanto su orgullo por un par de retalitos de seda colorada, ni imaginarse podía lo del fajín de general, menuda la borla esa que parece caída de un gorro cuartelero enorme, para quedarse airoosamente colgada de la cintura. Y, sin embargo, al entrar él, tricornio en mano, como nunca de bien planchada la guerrera, seguía el paisanaje embebido en naipes y fichas de dominó, aunque, miren por donde, era precisamente Romualdo el primero en levantar los ojos de las cartas, palillo mondadientes en continuo viaje de un lado al otro de la boca, y en los galones mismos fue a fijarse su mirada, pero no dijo ni palabra y Pereira se atrevió a tenderle puentes de conversación, que si hay que ver el calorazo que hace, que si voy a tener que quitarme del tabaco, que si... Nada, que no, que el padre de la niña se las sabía todas y otra vez buscaba escondite en el juego, dale que te dale paseos al mondadientes por los labios, de izquierda a derecha y al revés, hasta que, pasados unos minutos, de nuevo la mirada que busca los galones y se detiene en ellos con reposada fijeza, quién sabe si con desprecio, porque, en el caso de que Romualdo admitiera un uniforme en la familia, seguro que lo desea a tenor de la importancia de su almacén de aceitunas, de teniente cuando menos, con la cara de bruto que tiene el muy cateto, y el caso es que Cloti se le parece en algo, aunque en fino y en bonito, claro, abultada es también la boca de ella, pero sin palillo mondadientes de acá para allá, y también son del padre sus ojos, negros como los duros ojos que se detienen de nuevo en los trazos rojizos de las bocamangas y no pronuncian las deseadas palabras de vaya, hombre, le han ascendido a cabo, esto está bien, enhorabuena...

Salió del casino y cruzó la plaza. Un travieso golpe de viento levantaba, hasta la altura de su tricornio, trocitos de papel y cascarras de castañas. Instintivamente, cruzó los brazos y, con ambas manos, defendió del polvo el vivo color de sus galones. Al fondo de la calle, rebasando el remate alambrado de una muralla, sobresalían las panzas de los grandes bocoyes repletos de aceitunas en salmuera. De fijo que vale cada uno como dos o tres pagas suyas,

de las de cabo.

Menos mal que dentro de unos días llegará el nuevo destino. En cuanto llegue al cuartel buscará un cepillo para quitarle el polvo a los colorados distintivos que estrena sobre sus bien planchadas bocamangas verdes.

Tiene desnortado el mirar, en loco desconcierto los ojos, cada cual por su lado, igual que si quisieran abarcar ahora con tamaña bizquera a cuantos camperos contemplan la encogida silueta de su cadáver, sobre la colcha azul, calzados aún los botos de montar, barrillo negro de los pinares por los rotundos tacones, gotas de sudor en la frente, de un sudor que debe ser muy frío, muy como sacado del fondo del pozo que debe de ser la vida en el momento de morirse.

Como una nube llegan las mujeres de Olivo-loco, cubiertas las cabezas con los negros pañolones siempre a mano para el luto constante que es la vida, Chachalola al frente, veloces sus dedos en aquel bajar los párpados del amo en un ademán que tiene trazos de repensado menosprecio, en un correr las cortinillas de los ojos mandones de Carlos Cal, para que sea, por fin, un muerto, sin mirada siquiera, dormido por los siglos, ya nunca más necesitado de que tú, Fernando, llegues cada mañana hasta esta cama, golpecito en el hombro, al son de un don Carlos, que son las ocho o las diez de la mañana o las cuatro de la tarde, porque, últimamente, el amo estaba como podrido de insomnio y eran muchos los días en que no cazaba el sueño hasta bien levantada la luz del sol, después de fabricarse cansancio en recorridos rápidos por salones, escaleras, cuadras, patios y corrales. Ya no tendrás que sufrir el sobresalto de casi todas las noches al zamarrear el nerviosismo del amo, que me despiertes, Fernando, a tal o cual hora, no me falles, y, con las palabras empapadas en vino del bueno, oye, tú, levántate, deprisa, te espero en la sala, y llegabas con el pelo recién mojado, no del todo despierto por el frescor del agua, dispuesto a escuchar inesperadas confidencias, porque don Carlos Cal era persona que se las arreglaba a solas en todo o en casi todo, menos en lo de sentirse capaz de quitarse de encima las preocupaciones, si no se las contaba a alguien, a ti con preferencia, Fernando, campero de mirada viva, de ojos que, según el amo, le sabían escuchar mejor que nadie, acaso porque tú, de su misma edad, hijo de capataz antiguo, eras niño amigo campero del Carlos Cal de tus mismos años, a gran distancia aún del yo mando y tú cumples, igualados en la ilusionada locura de la infancia, hacia las copas de los pinos en la conquista de los nidos más altos o echando cabos al río con cebos de lombrices para el milagro plateado de las anguilas que, una vez

sacadas del agua, golpeaban como látigos las espaldas de hierba de la orilla. Eran días en que tú le llevabas aún demasiada ventaja a Carlitos Cal en el atreverse a montar un potro recién salido del picadero y en el echarse a la cara una escopeta de dos cañones, apoyada la culata de la escopeta de hombre sobre el hombro estrechito de los diez años. Y también eran días en que el chaval del amo se burlaba de tus faltas de ortografía y te hablaba de raíces cuadradas y de mapas de todos los continentes y hasta te sorprendía con palabras en francés. Pero, sobre todo, se te quedaron profundamente grabadas las amargas impaciencias con que aguardabas la llegada de Carlitos a Olivoloco, días después de la fiesta de Reyes Magos, porque ni una hora tardaba en mandarte a llamar, el tiempo justo de empalmar los tramos de una vía de tren en miniatura, con sus estaciones y cambios de agujas y túneles, enganches, topes y vagones de viajeros y de carga, y aquellos bombones de otro mundo, y el dale que te dale cuerda a la conversación sobre las grandezas de la capital, torres y tranvías, puentes y jardines, las calles anchas y larguísimas... Pero, a los cuatro días, Carlitos Cal arrumbaba su tren y se declaraba empachado de golosinas, para darte paso a ti, que le enseñabas las numerosas cosas que eran de tu dominio en los imponentes silencios del campo, pim pam pum contra zorzales y perdices, bien estudiados los recodos y las pozas del río, para saber con precisión dónde echar anzuelos al encuentro de sábalos y barbos.

De chiquillo, el burro de las aguaderas, sencillo, tranquilo y gris como los gorriones. En tiempos de chaval crecido, a pelo sobre los muleros macizos y brillantes como las castañas. Y, ya de mayor, muy cerca siempre de grandiosos caballos, pero sin montarlos nunca, ni a escondidas, porque desde niño supo que, para Carlos Cal, en Olivoloco, nada era tan intocable como sus caballos de casta, raramente llevados por los caballistas, y llevados, ojo, no montados, libres de aparejos, ronzales en lugar de riendas, mantas finas dobladas en vez de sillas, ni un solo intento de galope y muy contados los trotes, siempre al paso, como norma y costumbre, para que los distinguidos animales aprendan a diferenciar entre caballerizos y caballeros, amos y criados, botas y botos. No estiran la planta ni bracean presumidos los corceles cuando llevan encima mozos de cuadra que los alimentan y cepillan, gente que nunca lleva los brillos de las espuelas ni la amenaza elegante de la fusta, ante quienes mueven los cuellos y alborotan crines como si les dijeran cuidado con dañarme, porque se entera el amo. Los traen y los llevan de pesebre en pesebre, camino del baño en el arroyo o hacia el alivio refrescante de los abrevaderos. Y, si por él hubiese sido,

Fernando el capataz no hubiera montado caballo alguno, ni rocín ni postinero, un buen mulo y basta para el trajín de la labranza. Pero el amo del Olivoloco le ordenó que se quedara por suyo un caballo ancho de lomo y corto de alzada, paciencia de borrico, aguante de buen mulo y abierta inquina hacia los caballos favoritos, pues cuando alguno de ellos, con el amo encima, se alejaba al galope, se paraba tozudo a rumiar los amargos yerbajos de la envidia.

Caseros, aperaores y yeguarizos se atrevieron a llegar con sus mujeres y sus hijos hasta el imponente dormitorio de cedro tallado, donde el amo estaba ya de cuerpo presente, todo ojos el grupo para las arrugas postreras de las manos cruzadas sobre el pecho y para esos labios afilados por la muerte, labios que fueron gruesos, como de carne abultada y expresamente hecha para el beso putaño. Bandada de pájaros parecía el remirar curioso de los chiquillos, en incansable revoloteo por entre porcelanas, cornucopias, doradas consolas de mármoles multicolores, altas paredes abrigadas con terciopelos escarlatas, azulados, verdes, y tentadores escritorios de numerosos cajoncitos, seguramente trucados para escondites de documentos comprometedores y de joyas valiosas que en muy contadas ocasiones habrían sido lucidas por cuellos, orejas y muñecas.

Ausente aún el hijo del amo, sólo Chachalola hubiera podido cortarles el paso ante alguna de las palaciegas puertas de fina marquetería, puertas nunca traspasadas por tales modos de pisar, por tales pies sometidos a la ondulada incomodidad de los campos arados y a los cenagales repentinos que provoca la tormenta en los senderos que cruzan las faldas de los cerros o los bajos más hondos de las cañadas, pero jamás imaginadas siquiera las mullidas alfombras de los salones que los camperos invadían con ceremonioso silencio, en regusto casi carnal de quien desvirga la penumbrosa pureza de un convento de clausura, porque no parecía otra cosa aquel universo aparte sobre el que la desbocada imaginación de los gañanes había inventado maravillas y terrores, covachuelas con arcas rebosantes de tesoros y el pasillo en declive que conduce a una sala subterránea de leones y tigres disecados, panzudas cómodas repletas de viejísimos cigarros puros de La Habana y tétricas vitrinas de cristal amarillento y turbio donde se muestran momias de antepasados tenidos por santos o por brujos, sala iluminada por grandes cirios y candiles en la que, según relatos de invierno por la noche en el desamparo renegrido de la gañanía, se retiraron varias generaciones de la familia Cal a medir casi místicamente la grotesca fugacidad de esta vida, durante extrañas rachas de arrepentimientos más o menos

sentidos y pasajeros, aunque siempre a mano los transparentes comodines donde espejean vajillas de plata y oro, y la mágica bodeguita, situada justamente debajo del principal comedor del caserío, cuyas botas, totalmente ennoblecidas por siglos de telaraña, sueltan espesos goterones, capaz cada uno de ellos de convertir en vino de suprema calidad el agua toda de una garrafa de las bien orondas.

Inesperada era la invasión de aquellos hombres humildes que se adentraban con los suyos, de sala en sala, rumbo al cadáver del dueño y señor de Olivoloco, a ver si era verdad que se había muerto el dios a caballo de aquellos campos. Y Chachalola, lejos de sentirse molesta por tanto atrevimiento, parecía más bien satisfecha de que hombres y mujeres del color de la tierra le perdieran el respeto y el miedo al recinto donde, durante siglos, habitaron el dominio y la riqueza. Verdaderamente, en aquella violación de lugares hasta entonces vedados como unos cotos del lujo, encontraba Chachalola satisfacciones de revancha contra el Carlos Cal que, poco antes, al librarle ella misma de la dentadura postiza, había perdido para siempre el gesto aquel tan vigoroso y duro de anciano que conservaba aún, a pesar de los muchos años, la penetrante catadura del macho lujurioso y la expresión rigurosa de un poderío jamás contrariado.

Entraban los hombres del campo con la prisa extraña que los humillados sienten cuando están en camino de comprobar la derrota final de quien los dominaba. Pero también atravesaban aquellos mundos adornados y seguros con el recelo de quien teme que no resulte verdad la noticia de la muerte y que el viejo se levantara de la cama y los sorprendiera en un pasillo escoltado por jarrones o en mitad de una sala vestida toda ella de cortinajes de seda.

Chachalola, en fin, se fijaba una y otra vez en el descansado semblante con que cada campero contemplaba la estirada certeza del cadáver, tan adelgazado en el anchísimo lecho de matrimonio al que Carlos Cal había negado su sueño desde poco más de un año después de su boda, hasta que, al cabo de mucho tiempo de viudo, decidió regresar a la cama solemne del matrimonio roto, en busca quizá de los descansados linderos que la muerte dibuja para siempre.

Pocas cosas eran tan observadas por los gañanes como unos botos camperos, anchos y fuertes los tacones, pespuntos recios que ribetea y adornan la dorada gamuza de los altos con finos dibujos en cabos claros. Si los encontraban en un rincón, los manoseaban a hurtadillas con dedos que temblaban de reprimidos rencores, pliegue por pliegue, entre pellizcos de odio al duro cuero señorito. Y, si el amo los llevaba puestos, admiraban y temían el sonido mandón del taconeo, el

grasiento brillo de las punteras y el dominante conjunto que formaban con los ajustados pantalones a rayas, vueltas blancas y dobladillos anchos. Cuando chiquillos, todos los gañanes soñaron y pidieron unos botos igual que los de Carlos Cal, pero qué dices, niño, valiente capricho, unos botos, como el que no dice nada, unos botos... Porque un gañán con botos resultaba aún más increíble que un gañán montado en un buen caballo propio, menuda escandalera de sarcasmos y guasas a cuenta de lo muy señorito que vienes tú esta mañana por los bajos, y qué modo de pisar, a lo rico, achicando el orgullo de las espléndidas losetas de mármol blanco... Sólo si llegaban a capataces, aperaores o caballistas tendrían unos botos. Pero no porque en aquellos quehaceres los merecieran, sino por exigirlo así la frecuente cercanía del amo y las estéticas mínimas que debían reunir los detalles todos que rodeaban la apoteosis muscular de un gran caballo. Y ni siquiera al encontrarse unos botos viejos y desechados, se atrevían los gañanes a probárselos, porque temían quizá que se les volvieran caprichosos los pies, desde siempre acostumbrados a las rudas botas de becerro vuelto, cien veces remendadas por las suelas, defendidas las piernas con trapos y atadijos contra los fríos y los barroes del invierno maldito.

Bajo el sol de mediodía, desde la torre, con el catalejo de don Benito el médico, vieron en un claro del olivar espeso el rostro de uno de los soldados moros, barba puntiaguda y pringosa, anilla en la nariz y zarcillos grandotes como pulseras, pantalones anchos y sucios del color del dátil maduro, falto de sangre el amarillento blancor de los ojos y como cagada de moscas la pelona parte de cabeza que sobresalía de un turbante arrugado y parduzco. Bernardito, el hijo de Aniceto el tabernero, habilidosillo con el lápiz, dibujó el feroce rostro del africano y lo clavó encima de la tía del almanaque, como si el mismísimo demonio se hubiera llevado a quemar en sus candelas eternas los hermosos muslos de la gachí tumbada bocabajo, macizo en nalgas el ajustado bañador rojizo, sobre la arena fina de una playa de esas donde, según don Fidel, la gente rica recobra, durante el verano, el mundo aparte que da por perdido durante el resto del año en su contacto irremediable y diario con la plebe. Opinión que don Fidel redondeaba, a mediados de diciembre, al explicar su odio contra el invierno, porque el frío y la lluvia te hacen tomar contactos imprevistos y desagradables con analfabetos y hasta con mendigos: vas por la calle, descarga una tormenta de las bien negras, te refugias en el portal más a mano, lleno ya de gente sencilla que tú sabes que te odia, aunque te salude rastrera e incluso se esfuerce por congraciarse contigo a cuenta de la exagerada forma de caer el agua

y de lo mal o de lo bien que le viene al campo, y siempre, las palabras, envueltas en un aliento de vinacho barato, incluidos los saludos de humillado respeto que te dedican cuando escampa, por fin, y te vas sin decir adiós, bien erguido, sencillamente honorable, si bien compadecido por el amargo nivel cultural que nos rodea... Y, lo que son las cosas, aseguran que a don Fidel lo fusilaron con barba de diez días y todo el cuerpo picoteado de piojos, de difíciles piojos a todo correr buscados para echárselos al ricacho en la manta de su camastro calabocero, a la busca de un encanallado son de acercamiento para la encrucijada borracha peleona de la venganza. Aseguran que todo lo prepararon unos labbranchines del pueblo de al lado, a los que años atrás había dejado sin tierras por caminos de usura con remate de hipotecas. Cuentan que se presentaron con los primeros jaleos, muy brillantes y engrasadas las escopetas, tal y como si las vinieran cuidando con paciencia, para, en llegado el día, acudir a la carcelilla municipal con la cajita de unos piojos buscados y rebuscados por las ahumadas cuevas de los alcores, los hambrones piojos del rencor que parecían ensañarse en las engomadas puntas del bigotillo y de allí al cuerpo todo que se contorsionaba en continuas rascaduras por piernas, sobacos, cintura y cogote, y finalmente desentendido de la escopetería que le apuntaba en el viejo puente romano, sobre el arroyo sin gota de agua, al amanecer un sol que enseñaba su calentura de enloquecido verano sobre la vega plana y también sobre el verde oscuro y antiguo de los espesos olivares, por donde los moracos se estarían moviendo ya con asiático sigilo, echándole parsimonia de té con yerbabuena a cada mínimo avance, mientras sus cachondas imaginaciones borrarían el miedo con los soñados miles de huríes que el cielo de Mahoma reserva para cada uno de los musulmanes muertos en batalla santa. Y qué lío, si vas y piensas que muy probablemente, ahora mismo, recen rosarios y novenas por esos mahometanos las amedrentadas monjitas que salieron encogidas del Convento de la Virgen, no ya con sus largos hábitos, sino con faldas de calle a ras de los tobillos, cubiertas las rapadas cabezas con pañuelos negros, gacho el mirar durante sus nerviosos traslados de pasitos cortos y veloces hacia casa de gente muy devota, por lo general de clase rica, y qué asombro el de los chiquillos ante la lenta forma con que hablaba aquella especie de santas vivas que la guerra expulsaba de su cielo de aquí en la tierra, rostros amarilleados de tantísimo rezar en las sombras tenebrosas del trascoro, más allá de la reja, tupida como una finísima red de cazar codornices, casi fantasmas ellas que ahora eligen las habitaciones más hondas de sus refugios de exclaustradas, a ser posible, sin ventana alguna que las comunique con los revueltos mundos de la calle, desentrañando de las minas

místicas de los gruesos libros de rezos, tapas negras, de un negror antiquísimo, y, sin embargo, intactas, prodigiosamente a salvo de algún que otro destrozo general ocurrido durante los crispados vendavales de histeria que se desataban a veces sobre el blanqueado caribe de patios y pasillos, a la hora más tibia de alguna tarde de primavera, espadañas campaniles desmelenadas en toques locos a rebato, carreras hacia el coro todas juntas, fuera de horario, prontos los cilicios en los bolsones más hondos de los hábitos, días enteros a pan y agua, corridos a fondo los cerrojos de las celdas, porque casi se oían los sordos rebuznos de unos diablos que se arrastraban pringosos de lujuria entre macetas y arriates, para acercarse muy de madrugada a las agrietadas maderas de las puertas monjiles, pegadas las peludas orejas a la escucha sobre los ojos de las cerraduras, hasta que las sartas de avemarías provocaban respingos infernales y un tronar de rugidos allá por las ventanas que dan a los inquietos gallineros del corral...

Como niñas son las monjitas que sufrieron aquellas pesadillas, las mismas que ahora reparten a los niños de sus bienhechores verdaderos puñados de corazones de Jesús bordados con hilos rojos, violetas, malvas, y, además, los enredados montoncitos de livianos y marrones escapularios, carteritas de lino para reliquias diminutas que recortaron las deliciosas tijeras picudas de bordar. Lo entregan todo como precios pagados en monedas de cielo a quienes las recogieron con una emocionada compasión, que, poco a poco, se convertirá en irritaciones frecuentes ante el infantilismo de unas mujeres que están fuera del mundo, niñas profetizadoras que atosigan y marcan en días de guerra y miedo con sus confiadas cantinelas de milagros pequeños, precisamente ahora, durante unos días como estos, cuando cualquiera diría que Dios se ha escondido, para que los hombres se castiguen los unos a los otros con saña y a destajo. Al crecido borrego tuvieron que sacrificarlo unas horas antes de que prendieran fuego a los chorreones de gasolina echados bajo la puerta de la iglesia. No, no podían salir a la calle con el animal. Pero tampoco fue fácil de resolver el asunto, pues ninguna de las monjas se mostraba con arrestos para hurgar con la agudeza del cuchillo carnicero por entre la enmarañada y crespa blancura del vellón, a la busca del trazo azulenco de la yugular. Y, de no ser por las circunstancias, a persona ajena a la clausura hubieran acudido para tan precipitado degüello, con tal de no sufrir aquella mala hora en la cocina, junto al horno místico de las rosquillas y los hojaldres, vuelta la cabeza de la hermana cocinera, que empuñaba el acero hacia el lado contrario del aterrorizado revuelo de hábitos y tocas en cuyo centro quedaba sujeto el animal, cariñosamente alzada la cabeza

para que el cuello, en arco, se ofreciera entregado a la cuchillada profunda, y allá que fue el golpe hasta manchar las losas blancas, y, horrorizadas las monjitas al sentir las manos cubiertas por el calor de vida que se escapa, acabaron por dejar suelto el animal, todavía con fuerza para dar varios pasos entre vómitos y estertores, toda su estampa enrojecida y chorreante. Huyeron ellas hacia el corral y echaron el cerrojo del portoncillo, temerosas de que el borrego moribundo llegara hasta allí con su espantosa presencia, claro castigo de Dios, según la más anciana del convento, pues bien claro lo había dicho ella, que era capricho mundano el decidirse a criar un corderito, por mucho que las hermanas más jóvenes y las novicias sacaran a relucir lo del Cordero de Dios, para considerarlo como el animal de mansedumbre más evangélica, sin tener en cuenta la seria advertencia de la vieja, para quien el amable cordero, al paso del tiempo, se convierte en borrego, y, finalmente, en carnero, bichejo a todas luces impropio de una casa contemplativa, macho lujurioso de retorcidas defensas que a veces mira con la endemoniada fijeza de los varones libertinos.

Sobrada razón llevas, Fernando, que es bien raro esto de que, a tus muchos años, presencias hoy por primera vez la negra faena de vestir un cadáver con el traje arrugado y macabro de la mortaja. Un muñeco parece el cuerpo de Carlos Cal en manos de las caseras de Olivoloco, nube de luto que trajina con palanganas y toallas, mientras limpian los tétricos sudores de la agonía, y con agujas y tijeras el corte de pantalones y mangas hasta acoplarlos a la delgadez extrema de las piernas de un cuerpo que, al ser manejado con tan despreocupadas prisas, tiene un algo de cuerpo de niño profundamente dormido al que vistieran para su primera comunión a las primeras luces de la amanecida. Así, así es la muerte, Fernando, y así son las cosas que la muerte permite, como eso de ver la cabeza del gran Carlos Cal sujeta con un gran pañuelo blanco, como de chiste a cuenta de un dolor de muelas, para que las mandíbulas encajen la una sobre la otra y la boca se quede cerrada para siempre, como si se temieran extrañas y acusatorias palabras de ultratumba en el gesto final de la agonía, detalles estos y otros muchos que las mujeres atienden cuidadosas, quizá porque se empeñan en conseguir que los muertos vayan al cementerio igual que dormidos, limpios y olvidados de sufrimientos, cerrados los párpados y serenas las manos cruzadas sobre el pecho, sin tanto así de la pesadilla última que se desliza hacia los apagados gritos, hacia las palabras que nunca llegarán a pronunciarse, porque son palabras que se quedan, faltas de aire, estranguladas sobre el brocal del pozo jadeante que debe de ser el instante primero de la

muerte, cada vez más profundo y lento el sonido ronco que Carlos Cal daría sobre las crines del caballo, igualito, después de todo, que el jabalí de aquella tarde daba sus boqueadas sobre la hierba rubia y reseca de junto al arroyo pedregoso, cuando, después del balazo en el frontal peludo, los trece años de Carlos Cal se sentaron sobre el bulto pelirrojo que vibraba aún de vida que se agota, hasta que salió de su funda el chulo relumbrón del cuchillo de monte para clavarse al fondo de la pelambre canosa allí donde los hoyitos bajos de la oreja denuncian la cercanía de la garganta y el gruñido, allí donde se quiebra la rama única que le queda a la rebeldía, con los pataleos del fin, yerbajos trizados por el aire, ojo izquierdo de mirar indignado que se detiene y colmillos que se humillan en el barro suave que la sangre forma con la tierra agrietada y gris de la sequía. Momento ese en que Carlos Cal sacó su petaca de cuero claro y flexible y la ofreció abierta a los cuatro perreros y a tu padre, Hipólito, capataz de entonces, y a ti también, Fernando, primer cigarro que liabas ante el rigor enterizo de quien te dio simiente, cariño y escarmientos. Y, una vez encendidos los siete cigarros, el mismo Carlos Cal, puesto en pie, con un ademán ya esperado, señaló hacia las entrepiernas del animal, para que uno de los perreros lo castrara en tajo maestro. El hijo del amo, sin frenarse en melindres de sangres o pelillos, se echó a la boca las chorreantes criadillas, ni asomo de vomitera, ayudado por hondas chupadas al pitillo, y, finalmente, por un buen vaso de vino con el que se enjuagaba la boca, en el momento de partir uno de los hombres, obediente a un gesto del capataz Hipólito, sonriendo a galope camino del caserío mayor de Olivoloco, para anunciar al amo de entonces, Camilo Cal, pura nerviosera de paseos por el balcón central de la fachada, que su hijo Carlos Cal, una vez matado su primer cochino montes, no demostró remilgo alguno al tragarse crudos los bravos huevos de un jabalí de los grandes, de lomos color del fuego y colmillos finos y alunados. Y, ya avanzada la noche, después de un regreso con pausas de vino caro, te tocó a ti, Fernando, transmitirle al heredero de Olivoloco que a su padre le iba a agradar que se librara del sudor espeso de la cacería, echándose vestido, tal y cual llegaba, en el enorme pilar al que venían, con la luna, en peregrinaje de raros instintos, las preñadas vaquillas de casta brava y los potros que se escapan de sus yeguas en los primeros trotes de la independencia y los viejos caballos que, a punto de morir, acuden a tan antiguos bebederos, porque, según Camilo Cal, en estas aguas dejaron todos los varones de la familia Cal los sudores de sus días de comienzos de la hombría. Y Carlos Cal vio cómo se acercaba a beber en las aguas linderas de su cuerpo la yegua jovencilla con barrigona de primeriza y un algo de muchacha ilusionada por estar a punto de lograr, como muñeca, una

potrilla patilarga y traviesa. Poco después, convertido ya en criado de confianza, borrada sin remedio toda la historia de una niñez compartida, le ayudaste a salir del hondo sueño que Carlos Cal había dormido en el frescor del agua, acariciadas sus piernas por el agua mansurrón que tan juguetonamente removía él con los dedos de los pies allá por las empapadas punteras de sus todopoderosos botos camperos.

Al atardecer, cuando el campo huele a estiércol, a guiso de tagarninas y garbanzos, a montón de retamas que se queman, llegan los gañanes con los mulos hasta las inmediaciones encharcadas del abrevadero, y, mientras las bestias se quitan la sed, se vuelven pensativos y zambullen los ojos en los panoramas como soñados que la verdina forma por los fondos del agua. Únicamente rompen el silencio los ruidos de las herraduras sobre las piedras mojadas y los zamarreos de cuellos y orejas con que las caballerías se sacuden la tabarra machacona de los moscardones. Aunque tenga más que apagada la sed, repite el mulero como una ceremonia el ponerse debajo del chorro grueso del pilar, del todo abierta la boca al burbujeo del agua que se le va barbilla abajo, para recalar entre borbotones en el matorral moreno del pecho. Después, regresa de nuevo a su silencioso mirar el agua a lo hondo, igual que si buscara en ella las extrañas explicaciones que debe de haber para tantísimas cosas, por lo que nada de extraordinario tiene que a los quince años de Curruto, el hijo de Frasco el manijero, se le ocurriera decir, al caer de la tarde, que sería estupendo que el amo mandara echar peces de colores en los muchos pilones de Olivoloco. ¡Peces de colores! De momento, a Carlos Cal no le molestó la ocurrencia. La encontraba un poco absurda. ¡Peces de colores en los abrevaderos! ¿Y por qué no podían tener peces de colores los abrevaderos de su finca? Pero no tardó mucho tiempo en hallar en la idea una punta de rebeldía.

—Hombre, don Carlos, la cosa no pasa de ser una chiquillada.

Frasco el manijero se deshacía en explicaciones que no lograban desatar el nudo de arrugas que el amo tenía en el entrecejo.

—Es que el asunto tiene guasa, oiga, peces de colores en el agua que los mulos llenan de espumarajos y sanguijuelas.

Frasco decidió quedarse callado.

—Bueno, Frasco, la cosa no tiene mayor importancia, aunque, eso sí, creo que su hijo, como siga por ese camino, le va a traer a usted no pocas complicaciones, porque, vamos, hombre, mira que pararse a pensar en que se

echen peces de colores en los abrevaderos...

Al bajar de su descapotable, Paco Cal se dio cuenta de que, por primera vez, había llegado en coche hasta los adentros del jardín frontero, hasta la misma sombra de la palmera mayor, sobre el dorado albero que circunda los arrayanes de un verdor tan apretado que parecen murallas bajas a la espalda de los lindos poyetes de ladrillos rojos alternados con pequeños azulejos. Nunca hasta entonces máquina alguna se atrevió a poner sus ruedas más allá del forjado encaje de la verja, sólo abierta del todo para dar paso a carruajes y caballos y sistemáticamente negada a coches y motocicletas, con postigo lateral y estrecho para el paso de personas de importancia, porque la gente servidora había de hacerlo por la fachada trasera de Olivoloco.

Ante aquel portón de las cuadras, Rufino el yeguarizo dejó de acariciar el cuello del caballo blanco y se quitó, respetuoso, la gorrilla de cuadros: Lo siento mucho, don Francisco. Y Paco Cal respondió con un gesto ambiguo. Hasta él mismo se sorprendía por la dureza fría con que afrontaba la muerte de su padre. Es más: se volvió hacia el descapotable para contemplarlo amablemente como un símbolo de todo cuanto había odiado, desde su implacable postura de hombre siempre a la contra de lo que no fuera la tierra, el conejo, la lluvia, el pájaro, el arroyo, la planta, el árbol, el caballo... Sobre todo, el caballo y la yegua que parió el potro aquel, el caballo este de ahora, y las otras numerosas yeguas a las que Carlos Cal acariciaba los voluminosos vientres, delante de su hijo único, aún pequeño, del Paquito Cal de piernas sanas todavía, al que su padre hacía moverse entre las patas de los corceles, allá en las lujosas cuadras de bóvedas y arcadas de ladrillos granates, donde el cuero de las jáquimas, sillas y bridas otorgaban raras aristocracias entre los diversos niveles de tales soberbias animales. Hasta que, cuando el chiquillo, con siete años, acababa de montar el caballo más noble y mansurrón de Olivoloco, le mordieron las piernas los microbios ogros de la polio, y le llevaron a un hospital, donde le aprisionaron la pierna derecha en un aparato que Carlos Cal contemplaba como a cosa metálica y enemiga, sin preguntar jamás a los médicos si corría peligro la vida del hijo ni tampoco si, al cabo de los años, podría librarse de armatostes y muletas. Porque lo que Carlos Cal quería saber cuanto antes era si el muchacho quedaría inútil o no para montar a caballo, ya que desde antes de que el hijo naciera le había imaginado siempre a galope en día de lluvia, tal y como se recordaba él a sí mismo en un atardecer, alimentando el orgullo de su padre en sucesivas pasadas ante el caserío, en cuyo balcón principal, alzado el cuello peludo de la pelliza, se

olvidaba del aguacero el amo de entonces, ancha la sonrisa ante aquellos certificados de buen caballista que el hijo repetía bajo la tormenta. Y, tras los prudentes silencios de los doctores, Carlos Cal se llevaba al chaval cojito a las cuadras mayores, donde, para congraciarse con sus mejores caballos, lo colocaba empernacado una y otra vez sobre los anchos lomos, a sabiendas de que la pierna prisionera en el trasto ortopédico se quedaba rígida y del todo imposible para el estribo, y con qué rabia y odio se apretaban sus dedos contra los hierros entrecruzados, como si intentara vencerlos y doblarlos, para devolver a los músculos las libertades perdidas. Y no había pasado aún ni un año cuando el niño empezó a criar rencores frente al mundo de las cuadras, en las que, nada más entrar, se reconocería torpe y menospreciado por el poderío de unas bestias cuyas ancas palmeaba el padre con la satisfacción tan única que dan las cosas igual que moldeadas por uno mismo. Escondidos rencores que fueron creciendo hasta hacerse repugnancia por los agrios olores de las caballerizas, gestos de asco por el simple roce de sus zapatos con los cagajones recientes o por el contacto de una mano con el sudor acumulado en la raigambre de las crines. Hasta que Carlos Cal decidió tijerear los hilos que unían al muchacho con la pujanza del imperio que habría de heredar algún día. Fue aquello para el amo de Olivoloco mucho más que un golpe muy duro para quien había soñado una prolongación de su sangre en el más allá de su muerte, y Paco Cal, desde antes de alcanzar el uso de razón, se reconoció como un gran desengaño de su padre, cuyos besos se fueron enfriando hasta convertirse en signos de cumplido, besos rápidos y a ojos cerrados, miedoso el padre de que su mirar tropezara con las tiras niqueladas de la pierna enferma, de una pierna que le distanciaba para siempre del padre y de los mundos bravios que el padre amaba tanto.

Chachalola le aguardaba en el descansillo de la gran escalera de mármol. Paco Cal sorprendió en el rostro de su niñera la satisfecha serenidad de las personas a partir de una muerte irremediamente deseada. Al unirse en un medio abrazo recordaron los dos la muerte de la señora de Olivo-loco y los amargos y crudos detalles que ella le había contado al Paco Cal de los dieciocho años, poco después de recibir de manos de su padre los tres grandes llaveros de la madre, mientras la criada y el muchacho vivían la nerviosa aventura de sorprender los más peregrinos objetos en los enguantados rincones del mobiliario del piso primero, totalmente a disposición exclusiva de la deshabitada vida de su esposa, desde aquel mediodía en que Carlos Cal, ni dos años de casado, se presentó en el comedor con el rostro marcado con rojas señales de pinturilla, violento el olor a perfume barato, vencido el pelo sobre la frente,

después de pasar la noche allá en el pueblo, juerga en casa de la Palmicha, revoltijo de fulanas, vinos y guitarras, sardinas asadas en el patio al amanecer, hora de luces primeras y aniñadas que escogía Carlos Cal para dejarse empapar la cabeza con la ardentía pegajosa del aguardiente, al lado de la putilla que, después de haberlas abrazado a todas, escogía, no por la gracia del rostro o por lo bien hecho de su cuerpo, sino por el saborcillo a campo que descubría en la salivilla de sus besos o por los aromas del sudorcete fino y tibio que a cada mujer le brota entre la melena y la nuca. Porque, para Carlos Cal, el campo estuvo siempre como inevitable referencia de sus repulsas y de sus entusiasmos. Por eso, Chachalola, cada vez que intentaba explicar la boda de Carlos Cal con doña Mercedes, pensaba que el amo la llevó al altar ilusionado en someter las blancas delicadezas de la aristocracia bajo los modales duros de su estilo moreno de aire libre y también un poco por ver si en el cruce de lo bronco y lo refinado se lograrían unos hijos que, sin perder las bien curtidas maneras de la gente labradora y ganadera, se supieran mover con soltura bajo los techos cursilones de la clase alta, que sólo sale a los paisajes abiertos para tirotearlos en campera diversión de cazadores o para cruzarlos en el paseo caprichoso y presumido de alguna romería. Pero, al mismo tiempo, Chachalola, después de atar muchos y finísimos cabos, sacaba la conclusión de que si doña Mercedes se casó con Carlos Cal no fue ni por dinero ni, mucho menos, porque a ella le faltaran pretendientes con herencia y alcurnia, sino porque, nada más conocerlo, se sintió atraída por la fortaleza de sus gestos y por la seguridad con que hablaba de trigos y animales durante las refinadas reuniones que la tía Gertrudis celebraba en su casa palacio, a las cinco de la tarde, el sábado último de cada mes. Es más, Chachalola le había llegado a decir al niño Paco Cal que su madre no se casó muy enamorada, sino más bien prendida en el capricho por el macho al que no se le notaba ya ni tanto así sus estudios de primeros cursos de bachillerato, pero que se salvaba siempre del ridículo entre los falsos y almidonados amigos de los salones, a los que les buscaba las vueltas con la guasa fina y sabia de los mundos del campo.

Paco Cal recordaba lejanas sensaciones, mientras Chachalola le iba relatando con detalle la llegada del amo muerto, la cara torcida sobre las crines del caballo blanco, colgando los brazos a uno y otro lado del cuello sudoroso, clara señal de mucho galope por las lindes playeras de Rancho Espuma. Y no, no lograba conseguir un poco de dolor y de pena ante aquella muerte de alguien tan suyo. Ni tampoco le crecía una compasión que un hombre como su padre hubiera considerado ofensiva, tan cuidadoso él de saberse siempre lo más lejos posible

de las situaciones que rebajan o pudren en los acercamientos limosneros de la lástima. Se había enterado de su muerte al regresar a casa, ya de madrugada, a la vuelta de un viaje de negocios, y sorprendió a Carmen, su mujer, cuando decidió que no acudiría a Olivoloco hasta muy avanzada la mañana siguiente y de nada sirvió que ella le advirtiera sobre el mal efecto que ello haría en los hijos, que su padre se fue tranquilamente a dormir después de saber que el abuelo estaba de cuerpo presente, sin familiar alguno durante el velatorio, rodeado su cadáver nada más y nada menos que por Chachalola con su odio antiguo y por los rencores solapados de unos hombres de campo que le habían temido demasiado, sin poder quererle nunca más allá de la miedosa admiración que los atrevimientos del poderoso siembran entre quienes se mueven doblados por una obediencia que casi siempre se anda por la orillas de la humillación. Pero Paco Cal no pensaba cambiar su postura. Mucho menos, ahora, muerto ya el padre, cuando deseaba mantener a sus hijos definitivamente distanciados del abuelo y sus tierras, hasta el punto de que no permitiría que ellos vieran su cadáver, para que ni siquiera por los caminos de la muerte lograra impresionarlos con la intensidad abarcadora que había intentado sobre sus nietos durante años, ansioso de contagiarlos con sus pasiones por el campo y por las cosas del campo.

Al llegar Paco Cal con Chachalola, el corro formado por la servidumbre se había abierto como un abanico de miradas sobre él, al acercarse al lecho mortuario. Apreció el cambio enorme de aquella fisonomía que no veía desde hacía más de un año. Le había mandado llamar: Mi corazón no anda bien y cualquier día me largo... Le entregó la llave de un cajón de su mesa de despacho, en el que, a su vez, guardaba los grandes llaveros del caserío. Ni siquiera se quedó a comer con él. Tampoco le pidió su padre que se quedase. Tampoco se abrazaron en aquella ocasión. Carlos Cal era contrario a los besos y los abrazos entre los hombres y sus hijos. Le extendió la mano al pie de la escalera de mármol blanco y se quedó allí, muy derecho, mientras Paco Cal cruzaba la soleada anchura del jardín frontero. Por un momento, el heredero de Olivoloco se preguntó si la emoción habría puesto algún brillo en la dureza de sus ojos. De lo que sí estaba convencido era de que el padre estaría comprobando la casi imperceptible cojera que le quedara para siempre desde la polio aquella tan poco amiga de las caballerías.

Mucho de animal tenía, de animal poderoso que, al ponerse en marcha, hacía trepidar balcones y ventanas. De brillos rojinegros, semejaba un caballo oscuro al que los espolazos le hubiesen desollado los ijares. Tenía los dos espejos

retrovisores exageradamente alzados a un lado y otro del manillar, como orejas de corcel espantado, de corcel mecánico que llevaba a la grupa recias alforjas de cuero negro y silla de montar color de sangre coagulada. Días y días se pasó Paco Cal remirando motocicletas gigantes de marcas diversas y colores distintos, hasta decidirse por aquel modelo japonés, de rugido muy oriental, moto muy a lo dragón, muy para ser montada por apasionadas ilusiones de samurai, máquina para suicidarse a doscientos cincuenta por hora contra la belleza triste del paisaje. Así la quería Paco Cal, motocicleta que tuviera algo de caballo, pero que fuese más, mucho más que un caballo, más que el mejor caballo de todos los caballos.

Bueno sería su pretexto de ingeniero para preferir aquellas dos soberbias ruedas, más adecuadas que las cuatro de un coche para su ir y venir por pésimas carreteras y descalabrados caminos hasta las obras de un pantano o canal o puerto o tramo nuevo de autopista. Sin embargo, sólo Paco Cal sabía que su gran motocicleta era ruidosa fiereza instintivamente elegida y mimada contra el mundo de su padre, mundo siempre cruzado a galope por hermosos caballos de colas y crines largas, los caballos briosos que él, niño con polio, no pudo montar jamás.

Treinta años tenía, cuando, por vez primera, salió de la ciudad sobre su máquina, rojo el casco llamativo y negro brillante el ajustado equipo de cuero. Se vio de pronto, sin premeditación alguna, muy cerca del cruce que lleva desde la carretera hasta el caserío de Olivoloco y se sintió ofuscado por turbias ansiedades, tales como imaginarse escondido detrás de algún olivo, para aguardar el paso de su padre a caballo, en su caballo negro, exactamente, y adelantarle a toda velocidad, con el escape libre en su máxima potencia de ruido, hasta espantar la montura y verle caer en tierra, sobre la superficie misma de su tierra, a él que tanto alardeaba de que no había caballo capaz de sacarle los pies de los estribos.

A su regreso del pueblo, el capataz Fernando le aseguró a doña Mercedes que don Carlos no corría peligro y que lo había dejado todo bien medido y dispuesto con Aniceto el tabernero, para que al amo no le faltara buena comida en sus días de calabozo. Unos días que, según Fernando, no habrían de ser muchos ni temibles, porque el alcalde en persona le dijo que si lo encerró fue para evitarle la ocurrencia de acudir con su gente de Olivoloco a la contra del Ayuntamiento, aunque más que nada, el mismo Fernando estaba convencido de que pesaron en el ánimo del alcalde sus sensatos temores ante la posibilidad de que cualquier avenado se lo llevara por delante a la vuelta de una esquina por cualquier

rencorcillo de tres al cuarto.

Paquito Cal escuchaba atento las explicaciones con las que el capataz hacía empleitas de alivio frente a las inquietudes de la señora, aunque las manos le traicionaban en su dale que te dale vueltas a la gorrilla gris. Pero doña Mercedes no podía darse cuenta de los detalles. Estaba como repentinamente envejecida y, más que miedo ante los riesgos que corriera la vida de su marido, se diría que estaba envuelta en miedos muy despegados de la realidad, miedos injertados de la otra vida y de castigos que Dios ordena aquí en este mundo, sin aguardar a que el tránsito de la muerte disponga otras sentencias más definitivas y eternas.

Los diez años de Paquito Cal, afilados por los broncos asperones de la guerra, descubrieron rincones de vida hasta entonces oscuros y desconocidos. Ya no veía en su madre una santa y mártir ni tampoco la gran arrinconada en los olvidos de aquel padre todopoderoso y duro que también le había colocado a él en la distancia que puso siempre entre su voluntad y las cosas que le desengañaban. Por vez primera, Paco Cal sorprendió en su madre una indiferencia fría que no era de este mundo, de tan conseguida como estaba la blancura de nieve con que hacía su vida aparte, arrodillada casi de continuo en el lindo reclinatorio de cedro y terciopelo celeste, llanto irremediable cada vez que la besaba el hijo, sostenido el lamento de ay Dios mío, qué será de ti cuando yo falte, pobrecito, y todo su tiempo echado en el saco de los rezos con los que habría de salvar el alma de su esposo, entornadas las ventanas hasta en los más oscuros días de invierno, casi la mitad de la vivienda del caserío convertido por ella en profunda penumbra de monasterio.

Fue aquella la primera gran ocasión en la que el hijo de Carlos Cal se sintió libre y alegre, al salir del mundo negro de la madre para seguir los pasos del capataz Fernando, convertido ya en una especie de sargento de Olivoloco, dispuesto a dar cumplimiento a las órdenes recibidas del amo en los sótanos municipales, reja de por medio, en tanto don Antonio el párroco, desabrochada la sotana de cintura para arriba, ensartaba rezos y adivinaciones de matanzas y anticristos. Órdenes aquellas que Carlos Cal le daba sin perder el temple, a pesar de que Julio Junco, el hijo de doña Laura, canturreaba canciones de extranjeras letras, camisa y pantalones de un blanco impecable y zapatos también blancos, tal y como un raro fantasma de elegancia en la hondura tiznada y húmeda del calabozo, con la rara alegría que Fernando atribuyó a la confiada locura de aquellos a quienes el orgullo no les deja ver el peligro de muerte que se les echa encima.

Desde los pequeños caseríos desperdigados por la extensa finca fueron

llegando familias enteras a refugiarse en la casa grande, al mismo tiempo que los corrales se poblaban de rebaños de ovejas, piaras de vacas y cerdos. Horas inolvidables vivían los niños, conforme el edificio cobraba una bravucona apariencia de castillo que se prepara ante la temida posibilidad de verse sitiado por un enemigo que no tenía ni nombre, aunque todas las imaginaciones, llevadas por los rumores del pueblo, se contagiaban de siluetas moriscas, barbas hasta la cintura y dagas curvas entre los dientes. Sobre todo, las mujeres, obsesionadas por la violencia de las lujurias africanas, hallaron alivio en la ocurrencia del capataz, que había mandado reunir cuarenta toros bravos en el mayor de los corrales, para irlos soltando uno a uno, si los soldados moros se adentraran amenazantes por las tierras de Olivoloco. Todo un motivo de maravilla para que los chiquillos soñaran con ese extraño armamento de unos corrales que dispararían toros como cañones de bravura.

De aquí para allá, los movimientos de Chachalola tenían una sorprendente alegría que desentonaba en aquel barullo de nerviosismos y preocupaciones. El hijo de Carlos Cal no podía comprender la satisfacción subida de la criada mientras señalaba el destino de tantos colchones por salas y pasillos, ordeno y mando ante el subibaja continuo de personas y cosas, en tanto que los aperaores y manijeros organizaban tumos de escopetería por las cuatro esquinas de la gran azotea recalentada como un horno, y también por aquellos balconajes mejor orientados para sorprender mínimos detalles sospechosos en los innumerables recodos de tantísimo camino. Se dejaba llevar el niño por el asombro de ver a su niñera tan recortada en señorona, muy protectora de los demás, sonriente y serena en aquel oleaje de improvisaciones, porque él llegó a saber de antemano que, más tarde, durante la cena, en la cocina, primero, y en su habitación después, olvidada de la presencia del niño, rompía a llorar y hablaba con quejumbre del amo abusón, entre dientes, tal y como si lo mordiera en venganza por aquella noche, poco después de llegar del pueblo Fernando el capataz con sus primeras noticias de la guerra, cuando, al servirle al amo la segunda botella, se le ocurrió decirle que le gustaría ser enfermera, para cuidar de los soldados heroicos, y él, sin mediar conversación alguna, se la llevó a la cama, entre risotadas, conque enfermera, eh, conque enfermera, ¿de soldados, dices? y de oficiales ¿no?, y, una vez humillada, la mandó salir de la habitación todavía en cueros, recogida la ropa deprisa y a puñados, hijo de perra, mucho tío, eso sí, como nadie de macho, y mira que si, por un casual, me hubiera quedado embarazada, y ponía su rostro ante el espejo junto al de Paquito Cal, para ayudarse así al imaginarse cómo podrían ser los labios, la frente, los ojos y la

nariz de un hijo de ella y de Carlos Cal, nada menos.

Los niños de Olivoloco estuvieron entusiasmados con la guerra hasta la tarde que trajeron muerto a Juan, el hijo de Curro el yeguarizo, diecisiete años, un balazo en el cielo de la frente, ni un principio de barba todavía y una media sonrisa como doblada y envejecida entre unos labios manchados de sangre. Hasta entonces, se sintieron atraídos los niños por aquel arrebujaarse las familias con lo puesto y unos cuantos cacharros y pocas cosas más por dentro de los colchones enrollados, camino de una casa con sitio de sobra, vieja y grandota fachada mirada irremediabilmente desde lejos, lugar donde habrían de compartir las mismas incomodidades y comer de un mismo guiso para todos. Y no, no podían entender los pequeños el torcido silencio de los mayores, cada vez que pensaban en la guerra, incapaces de apreciar aquella apretura que los miedos comunes provocaban. Pero, desde la tarde que trajeron el cuerpo de Julián, también los niños comenzaron su odio a la guerra, sin reconocer ya que la guerra hubiera hermanado a todos los chiquillos de Olivoloco, todos bajo un mismo techo, cercanos desde el amanecer hasta la hora del sueño, roto para siempre el aburrimiento de aquellos días tranquilos y tan iguales de antes de los tiros.

Desde el resplandor de la azotea vieron venir por el camino de las pitas una camioneta gris, de un gris de cañón empavonado, gris de carro de combate, gris de cosa que llegaba de la guerra, y esta vez, con carga de muertos, Julián uno de ellos, metido en una caja que nada se parecía a los ataúdes, féretro improvisado cerca de las trincheras con tablas finas de cajones de botellas de coñac, aún grabadas a fuego en algunas de ellas letras siluetas de famosas marcas bodegueras que enviaban al frente vagones llenos de las bebidas fuertes que los soldados pedían para olvidarse de fríos y de miedos.

Los hombres de caqui dejaron en el jardín la caja sin pintar, de tablas bastas, y continuaron su viaje sin aceptar el alojamiento que se les brindaba, porque les quedaban diez muertos más que repartir por otros pueblos y fincas. Los niños se subieron sobre las ruedas de la camioneta para contemplar asombrados el cargamento de muerte que habría de llegar hasta familias que aguardaban este trágico modo de regresar a casa.

Pusieron el cadáver de Julián en una de las salas mayores de Olivoloco, y mujeres y niños, hasta el filo del anochecer, fueron a recoger flores silvestres para colocarlas sobre la áspera pobreza de la caja mortuoria, cuyas tablas endeblitas fueron forradas un poco antes del entierro con el terciopelo azulado de unos cortinajes viejos, de forma que fue a menos el mal olor que despedían los

desgraciados diecisiete años de Julián, con cuyo entierro quedaron enterradas también las ilusiones aquellas de los chiquillos, cuando llegaron a creer que la guerra era un milagroso trasiego de emociones bonitas y multicolores sorpresas.

Chachalola se ha quedado sorprendida al tú preguntarle por las espuelas, muy arqueadas las cejas y con una rara mancha en los ojos, que se conservan jóvenes, en independencia total de las muchas arrugas que le van cuarteando el largor de la cara... Las espuelas, ah, sí, las espuelas... Y menudas que eran las espuelas que el amo llevaba puestas la mañana aquella última, las doradas espuelas de bronce que Carlos Cal había heredado de su padre, Camilo Cal, quien, a su vez, las había recibido de su padre, Calixto Cal, y éste del suyo, y así, hasta remontarse a contracorriente de unas cuantas generaciones rebosadas de dineros y mandoneos, porque acaso con un par de siglos de marcha atrás podría conocerse el dueño primero de unas espuelas de agudísimas puntas que a tantos potros había marcado en los ijares, duras y agresivas espuelas que habían provocado galopes de caballos y miedos de personas de ojos gachos... ¿Las espuelas? ¡Ah! Pues, a ver, sí, pues deben de estar con los botos, claro está, debajo de la cama... Has tenido que buscar, a gatas, debajo del lecho mortuario, por los sótanos de un muerto calzado con zapatos finos que nunca hubiera consentido, zapatos de señoritingos, lindos zapatos para andar por los jardines, subir en ascensores, pisar la alfombrilla del pasillo central de los teatros, o para sentarse en el alto taburete de un buen bar y lucirlos bien recién abrillantados. Y sí, botos y espuelas, debajo de la cama estaban. Los botos, a un rincón. Las espuelas, como joyas enredadas en los dedos de tus manos abiertas hacia arriba. Cientos de veces te lo había repetido: En cuanto me muera, vas y buscas mis espuelas ¿me oyes bien? que por nada del mundo lleguen a manos de mi hijo, ¿estamos?, porque sería capaz de qué sé yo, ¿comprendes?, hasta de llevarlas a una herrería para que las fundieran y le hicieran, con su bronce, vete a saber, quizá una moto en miniatura... De nada sirvió que le dijeras que tú no podrías llevar jamás unas espuelas sobre los talones de tus botas... Pues, bueno, las guardas como un recuerdo mío, o las cuelgas en la pared más amiga tuya de tu casa, a la espera de que llegue alguien que, de verdad, se las merezca... Como las mereció Carlos Cal al recibirlas de manos de su madre, doña Miguelita, la noche misma de la muerte del padre, don Camilo Cal, en ceremonia a lo grande, con presencia de criados y camperos. Se arrodilló doña Miguelita sobre la alfombra mullida ante la estampa recia de su hijo y le colgó en los botos las doradas espuelas de sus abuelos. Poco más de veinte años contaba el Carlos Cal

que tuvo que levantar a la madre, que lloraba a sus pies en un revuelo de ropas negras y quejumbres, porque la gran ilusión de ella había sido siempre llegar a ver al hijo definitivamente ganado por la capital, alejado de los silenciosos atrasos del campo. Sorpresas de la vida, puesto que doña Miguelita, hija del capataz, no había respondido a los ideales de injerto que don Calixto Cal había proyectado al mezclar la sangre altiva de su heredero con aquella otra sangre doméstica y obediente de quienes lograron alzar un poquito la cabeza desde los niveles raseros de la tierra. Siete capataces manejaban por aquellos entonces las caballerizas y los olivos, ovejas y viñedos, toros y trigos, pinos y naranjales.

Siete fueron las familias camperas que acudieron aquel mediodía al caserío mayor. Cada capataz, con su mujer y sus hijos. Siete grandes mesas habían sido colocadas a la sombra de los viejos olmos de la explanada, y, en otra mesa, algo apartada, tomaron asiento don Calixto Cal, su hijo Camilo y don Hilario, el párroco del pueblo. Vestían las familias de los capataces las mejores ropas de sus arcones, muy planchadas las chaquetas grises de rayadillo, abrochado el botón negro de la tirilla sin corbata, y, brillantes como en día de casorio, las coloradas botas de tobilleras elásticas y punteras agudas. Allí estaba tu padre, Fernando, el más joven de los capataces de entonces, casado ya, porque según acostumbraba a decir en sus años de viejo, las duras hechuras de su mujer, tu madre, se ponían inaguantables por el camino que atraviesan los pinares espesos en dirección a las lomas de Cerroalto.

Dijo la misa don Hilario junto al tronco del olmo más copudo y corpulento, y, al predicar el evangelio, le echó algunas flores a don Calixto, que sonreía socarrón al escuchar cómo la voz redonda y campanuda del cura le llamaba patriarca de aquellos campos y pastor cuidadoso de tantas vidas. Una vez rezadas las oraciones últimas, a una señal del amo, comenzaron a servir cerveza, vino y refrescos los camareros de chaquetillas blancas. Desaparecieron pronto los encogidos silencios que ocasionaba la presencia de don Calixto y los capataces dejaron de ordenar a los suyos, con los ojos, la respetuosa y estirada quietud que hasta entonces guardaban todos. También se alzaron los rumores por las distanciadas orillas de la explanada, desde donde gañanes y caseros, yeguarizos y vaqueros, contemplaban aquella festiva ceremonia que don Calixto había organizado sin decir para qué, con la privilegiada asistencia de aquellos hombres a los que el resto de los camperos llamaban los siete sargentos de Olivo-loco, por el mando que el amo les otorgaba y por el rigor que ellos ponían al llevar a cabo sus disposiciones. Ni siquiera los más fantasiosos alcanzaron a entrever los motivos de aquella comida, al aire libre en un mediodía de mayo, a

la sombra de los grandes olmos que bordean y cubren la gran anchura que fue siempre respetada por los arados, tranquila frontera entre el caserío mayor, con su jardín frontero, y las inmediatas tierras de labor, libres de remilgos, adornos y comodidades, del todo dedicadas a la crianza de frutos y pastizales.

Servían los postres, cuando el patrón y su heredero repartieron saludos y palabras de mesa en mesa. Todos sus gestos y cada una de sus palabras eran estudiados por los demás con agudeza de los ojos y de los oídos, ansiosos como estaban por adivinar el porqué de tan inesperado convite por parte de un don Calixto Cal que, si bien no era de los que echaban la jaca al gañán que se crecía, tampoco se molestaba mucho en acercarse con frecuencia a la gente que le sudaba los campos. Y, sin embargo, a la hora de tomarle el peso al conjunto de sus cualidades y defectos, los trabajadores de Olivoloco valoraban muy por lo alto el hecho de que, siendo tan adinerado, y a pesar de poseer casa grande y lujosa en el centro mismo de la capital, se pasara la mayor parte del año entre los paredones viejos de Olivoloco, que ni era caserío sin más ni tampoco palacio, con un no sé qué de convento enorme, altísimos techos enormes como iglesias los grandiosos graneros y mareante laberinto el de las bardillas encaladas de unos corrales que se comunican, sin fin, de puerta en puerta, hasta hundirse allá por los olivares, a la espalda de un edificio gigantescamente blanco, soberbio de miradores y tejados que dominan arboledas y cerros, casa apabullante que se presiente sombría por sus entrañas de pasillos interminables, salones y escondrijos que deben de guardar muy raros y antiquísimos secretos. Iba el hijo del amo entre las mesas con el mirar muy reposado, como quien repasa las páginas de un libro la mar de importante para la vida propia. Y tu padre.

Fernando, al acercarse el amo y su heredero, rebuscaba en los ojos de ellos un algo que respondiera las preguntas que se hacían las siete familias, aquellas siete estirpes de la obediencia que regresaron a sus casas con el sabor amarguillo de unas amabilidades repentinas que satisfacían bastante menos de lo que inquietaban por la intriga, mucho más si se trata de acercamientos de los ricos hacia los pobres, sin razonarlos ni antes ni después de tan inesperadas delicadezas para quienes han medido de sobra las distancias de tantos olvidos y desprecios. Y lo cierto era que, unos días atrás, ni el mismo don Calixto podría haberse imaginado a punto de tomar una decisión tan inesperada y pintoresca para hacer lo posible en favor de su hijo, reblandecido entre jaranas de ventas y barajas de casinos postineros de la capital, enredado por querendonas que le adelgazaban el cuerpo y la cartera y también por muchachas de elegancias soñadoras que sólo en situaciones de muy duras decadencias económicas

humillan y doblan sus rangos de aristocracia ante los toscos y bronceados cachorros de los labradores ricos.

Ni siquiera rodaron rumores al conocerse la inmediata celebración de la comida secretamente organizada para que Camilo Cal repasara los rostros de las muchachas, a punto de fácil comparación al estar cercanas las unas de las otras, aunque el heredero no necesitaba remirlas, puesto que las conocía de toda la vida. Algunas, con edades más o menos parejas a la suya, permanecían en su memoria igual que al fondo de un agua tranquila que se inquieta de repente por un beso aniñado y limpio, más bien picotazo mimoso y repetido de pichón que presente en plumas de paloma el sabor loquindango del aire en primavera, o por el calor hasta entonces oculto que le brota en el roce a una caricia o por el silencio que se enciende al cruzarse las miradas del niño y de la niña, que, rendidos después de una larga carrera, se sienten atraídos, sofoco hacia el sofoco, olores de tu sudor hacia el aroma de sudor de ella o por el inesperado son con que suena de pronto el chapoteo en el remanso aniñado del arroyo, empapadas las ropas por el agua y las risas, hasta que un viento movía las hojas largas de los eucaliptos y ella se echaba a llorar y a correr, camino de la mancha blanca de su casilla, volviendo la cabeza una y otra vez, quizá con el deseo más horrible de verse perseguida. Y también conocía, claro está, a las muchachas más nuevecitas, y casi se atrevería a decir que las conocía más hondamente, desde la distancia que imponía la diferencia de edad, según las iba viendo crecer en altura y atractivos y, sobre todo, en cuanto a las todavía tan niñas, sin aquellas precauciones que don Calixto Cal había tomado siempre ante los posibles desvarios de un estudiante en vacaciones, al paso de las chavalitas de sus capataces, lindos cuerpos recién acabados de llegar a su punto de peso, de medida y de dureza, bocas y ojos y pasos vigilados por la gente del campo, pendiente y atenta al menor cruce de señas o palabras entre alguna de ellas y la ya tunantona silueta del hijo del amo, desde que Camilo traspasó los primeros sonrojos picarones de los catorce años, mientras don Calixto le recortaba los vuelos a la imaginación picante del muchacho, tal como ocurrió la tarde aquella, poco después de que sus quince años colocaran a los quince años mareantes de la niña de un manijero entre la cintura de él y las orejas tiesas de su caballo, bajo el sano pretexto de acercarla de un caserío a otro en mediodía de tentadora oscuridad y recios chaparrones, un puro barrizal la trocha que sube y baja por entre los olivos, inevitable el cabeceo de la montura, y todo muy despacioso por el aquel bordear charcas turbias y arroyos que se desmadran. En cambio, para las más pequeñas, Camilo Cal traía de la capital lápices de colores y muñecas, libros

de cuentos y golosinas, hasta que también llegó el día de adivinar que cualquier descuido podría acarrear consecuencias de mucha monta, por lo que, al volver definitivamente de la ciudad, Camilo Cal era saludado con una distanciada frialdad en la que no faltaba un poco de rencor cariñoso contra el tiempo, que tantas cosas barría y borraba, entre olvidos forzados y espaldas que se vuelven al paso del muchacho que ya no podría volver a ser amigo de ellas, por demasiado inevitables los peligros de humillación que se crían como cardan-chas en los aledaños brillantes del poderío. Y se iba preguntando Camilo Cal por los años que habían pasado ya desde que cruzara sus últimas palabras con Miguelita, la hija del capataz Lorenzo, tres o cuatro años menos que él, niña de aqueHas que le agradecieron los cartuchitos de bombones en sus vacaciones navideñas, maestríta de escuela, ahora, allí mismo, en la finca, garabato vivaracho en su andar menudo de cabeza muy alta y aquel mirar como afilado en guasa fina con que le miró desde la acera opuesta, aquel atardecer en la capital, libros bajo el brazo ella, intrigado él para el resto del día, me cachi en la mar, pero dónde he visto yo esa cara antes, sobre todo esos ojos así de saltarines y graciosos... Dejó Miguelita que pasaran unos minutos desde que las niñas abandonaron la escuela, para salir al encuentro de quien ya sabía que le aguardaba, desmontado del caballo y sabiéndose remirado en redondo desde las ventanas de las casillas cercanas al mundo trasero de los corrales. La noche antes había llegado a su casa el capataz Lorenzo con temblor de fiebre y, atravesada en el pecho, una sorpresa ni buena ni mala, sorpresa igual que de otro mundo, y, en la boca cerrada, muda y sin saliva, un sabor como de plata y oro que se ganara con los mayores miedos, con el terror soñado alguna vez por el pobre del campo en pesadilla de verse condenado a convivir las horas todas del día con los que todo lo tienen y en todo lo de este mundo mandan, y quién sabe si no también allá en el otro, a la vista de cómo labran y abonan los santos barbechos de las sacristías, pero cómo decirle que no al amo de la tierra y los jornales y por qué tenía que decirle que no, vamos a ver, por qué, y su hija Miguelita abrió las cuatro ventanas y también la puerta, de par en par, y no dejaba de repetir con muchísimo salero, venga, venga, dejar que entre el aire del campo rico en estos cuartos de la pobreza, y la madre, hija, que tus hermanillos no se enteren, y vaya que sí, que se enteraron, pues no faltaba más, y no podían dormir, saltaban y gritaban, que vamos a ser ricos, papá, que no tendremos callosas las manos como tú, que vamos a poder montamos en caballos de los buenos, y sólo Miguelita descansó de verdad, porque su cabeza hacía tiempo que dejó de pertenecer a los dominios animales de Olivoloco y sabía que a la mañana siguiente le esperaban emociones como

esa de salir de la escuela y ponerse al lado de Camilo y echar a andar los dos, con el caballo siguiéndolos como un símbolo de sobrada riqueza, mientras los grupitos de niñas del colegio daban saltitos nerviosos y los miraban de reojo y entre sonrisitas, hasta que ellos doblaron el recodo del camino y quedaron ocultos por el verdor lujoso de los naranjos bajos, momento en el que subió a la novia en el caballo, casi abrazada a él, porque no quedaba sitio entre las crines y la silla, aún más apretados los cuerpos con el pretexto de manejar las bridas para el trote corto y postinero, lento el regodeo de irse llenando los adentros con el olor de pelo negro de ella, aunque muy responsables y advertidos los dos, porque entre aquellos comienzos de noviazgo y las sacras bendiciones de don Hilario no podría quedarse ni siquiera satisfecha a medias el hambre galopante del deseo, porque mira, Camilo, si vas y te la bebes por adelantado, nadie llegará a respetarla de verdad como señora y nunca dejarán de verla los de abajo como hija de capataz que vino a más por las escaleras de un capricho, así es que, para salvarse de todas esas amenazas, Camilo Cal la bajó de la montura junto al brocal del pozo grande y la besó después de echarle por la cabeza un cubo lleno de agua sacada de la hondura entre risas muy poco alegres, risas como oscurecidas y gestos que eran igual que caricias exageradas por el intento mismo de disimularlas, hasta que el agua puso en la piel de ella un algo que empujaba más hacia la ternura, más pendiente ella de protección, despeinada como estaba, y de nuevo a lo alto del caballo, así, unidos por un beso largo, sueltas las riendas sobre las crines, nunca tan libre el caballo del heredero, hasta que llegaron ante la fachada principal del caserío. Bajaban ya la gran escalera de mármol blanco don Calixto con Lorenzo el capataz: Al veros venir desde el mirador, me ha dado lástima el caballo, tan triste, y he sentido envidia de mi hijo... Hizo una señal don Calixto hacia la galería y aparecieron los otros seis capataces. Uno por uno expresaron a los novios sus felicitaciones y enhorabuenas, y Lorenzo, el padre de Miguelita, al ser abrazado por el mismísimo hijo del amo, echó unas lagrimillas. Después, los novios se dijeron un adiós de manos contra manos, que, más que estrecharse, eran manos que se abrazaban y que se besuqueaban. Ninguno de los dos podría intentar dormir siquiera. Quince días después, se celebró la boda. Camilo Cal y Miguelita viajaron con su miel hasta el extranjero. A la vuelta, se quedaron en Olivoloco, donde sobraban habitaciones para vivir con independencia. Pero, mucho antes de llegar el año, doña Miguelita consiguió de su esposo que comprara casa grande en la capital, con patio de muchas flores en torno a un macetón verde con palmenta enana. Fue como si, una vez terminada la obligación de pasar desapercibida, se decidiera a desarraigarse de una vez para

siempre del paisaje al que todos los suyos estuvieron atados por el quemante sudor de la servidumbre. La capital le atraía a doña Miguelita no por los encantos de la capital en sí misma, sino porque la capital era lo más opuesto al mundo en que ella había nacido entre vejaciones. Y no lo hacía pensando en liberar a quienes todavía estaban sometidos, sino con la única intención de irse, de fugarse hacia el olvido... Y tú, Fernando, estuviste allí la tarde aquella en que doña Miguelita le puso a su hijo Carlos Cal estas doradas espuelas que tú tienes ahora entre las manos y que nunca te pondrás sobre los talones de tus botos, porque son espuelas que sólo pueden servirles a los hombres que montan caballos suyos, sobre campos que también son totalmente suyos y en presencia de otros hombres que apenas tienen cosas suyas, aparte de la vida, y, eso, también según se mire.

De don Calixto, el abuelo de Carlos Cal, se guardaba en Olivoloco una memoria entre quimérica y odiosa. Relataban sus cosas los camperos viejos como quien cuenta con tono legendario historietas de tiempos antiguos y fabulosos, aunque los detalles malsanos abundaban mucho más que las referencias agradables o elogiosas. Porque don Calixto Cal estaba incrustado en el recuerdo de aquella comarca como una ambición desmedida de poseerlo todo por completo, no sólo plantas y animales, sino también las personas todas de Olivoloco y sus aledaños. Por eso dejaron dicho quienes le conocieron que, hasta cuando practicaba la caridad, tenía puestos los ojos, más que en ganarse el cielo, en acrecentar su dominio sobre cuántos recibían sus auxilios y limosnas. En aquello mismo de casar a su hijo Camilo con Miguelita, la hija del capataz Lorenzo, vieron muchos gañanes un nuevo modo de hacer aún más grande y hondo el fundamento de su poderío, mediante aquel inesperado injerto de sangre de servidumbre en las venas mismas del señorío. Y, con el tiempo, no faltó en el pueblo la ironía sarcástica de un médico que llegó a decir, poco después de nacido Carlos Cal, que, como hijo de Camilo y Miguelita, era una especie de hijo de dios vivo, el hijo del dios de Olivoloco que se había hecho hombre por puro designio de aquel dios padre don Calixto, que, durante toda su vida, cada viernes, sentado en el zaguán de la puerta grande, imponente el sillón frailuno de cuero claveteado en bronce, aguardaba la llegada de los veinte o treinta mendigos que la comarca producía sin remedio en los yermos baldíos de la miseria, lloviera, hiciera frío o asara de calor el sol, en trabajosa caminata, improvisadas muletas, llagas mal escondidas bajo andrajosos vendajes en pies y manos, los ojos por el suelo, en llegando ante el todopoderoso de Olivoloco, que los entretenía con preguntas más meticonas que interesadas por entusiasmarle

enfermizamente unas formas de malvivir que, a veces, no parecían sino inventadas. Sobre todo, la cochambrosa vida de la Juliana, vida de covacha en los bordes rubios de los alcores, carozo de maíz para mantener alzados en pimpante rodete los pocos cabellos encenizados, maquillaje de pimentón y tizne, polvo fino de senda entre juncos, para los cachetes, y cerezas colgadas a pudrir, como zarcillos. Llegaba siempre con su taleguita de mágico tabaco de colillas curado con vinagre del fuerte y puesto a la vera de candelitas alimentadas con resecos trozos de chumbera, un tabaco de lujoso aroma para los pudientes de la comarca. Don Calixto Cal la 'embarcaba habilidosamente en su disparada fantasía, con la que hilaba interminables evocaciones de un pasado en el que ella se transformaba de putilla barata de pueblo en vampiresa de palacios, para paladear, una y otra vez, entre sonrisitas de regusto, las más picantes anécdotas compartidas con príncipes y poderosos. Era ésta una latosa predilección del amo que habían de soportar los demás necesitados, puestos en cola que no guardaba jamás la Juliana, a la espera de llegar hasta el sillón y recibir de las manos del rico la telera de pan, el cuartillo de vino y la perragorda. Menos mal que, como el vino era de los buenos y con grados, el regreso al pueblo se les hacía muy corto por lo alegre, mientras la Juliana, achispada al primer trago, ponía la fantasiosa grandeza de sus mentiras en las últimas luces de cada viernes, hasta que, ya bien de noche, iban llegando al pueblo los mendigos, entre canturreos y gritos de júbilo, sin gota de vino en el verdor enternecido de las botellas.

Paco Cal no pudo disimular su extrañeza al descubrir sobre el tocador la ya amarillenta foto de boda de sus padres. Chachalola, señalando con el gesto hacia el cadáver de Carlos Cal, aclaró que, unos meses antes, cuando el amo decidió regresar al dormitorio matrimonial, guardó la foto enmarcada en el ropero, puesta boca abajo tras la luna grande, donde ella la había descubierto entre olores picantes de naftalina y aromas de sedas durante mucho tiempo guardadas. Pero, pocos días después, había sido el mismo Carlos Cal quien la puso de nuevo sobre el tocador y en postura ladeada, lo justo para poder verla desde la cama. Paco Cal sostuvo entre las manos el marco de plata que bordeaba el rígido cartón color canela de la vieja fotografía, con sus alejados rostros de medio siglo atrás, lívida y espolvoreada la expresión de la madre, chisporroteo moreno el padre, con sonrisa de muchacho picantón y granujilla que estuviera ideando en aquellos instantes sabe Dios qué picaronas sorpresas para un par de horas después, salvadas ya las cursilerías del banquete y acabado, por fin, el rápido viaje en el charré, sin cocheros, por supuesto, empuñadas las riendas por el mismísimo

Carlos Cal, que atizaría el galope de los caballos con zurriagazos de látigo y palabrotas como escupidas sobre el movimiento poderoso de cabezas, lomos y grupas, tímida y miedosa ella, todavía de blanco, en cinco o diez dobleces la enorme cola mantenida al brazo, y quizá también encandilada por su total ignorancia sobre los modos que Carlos Cal estaría preparando para, nada más llegar, quién sabe si dispuesto a poseerla en el descansillo de una escalera o al viento libre de mayo que cruzaría en aquel atardecer por los veinte arcos del mirador más altanero de Olivoloco, o, tal y como alguna vez le había anunciado entre sonrisas muy serias, allí en la cuadra de sus caballos mejores, entre olores a estiércoles y piensos, junto a la semioscuridad donde se presienten animales adormilados, hecho trizas el vestido gaseoso y tontilindo de la novia, para asegurarse así, en tal sitio, de que el hijo primero que viniera no tuviese relación alguna con el mundo relamido y endeblucho de la tía Gertrudis, ansioso de que el hijo fuese carne de campo como él, desde el principio, desde el momento de empezar a hacerlo, entre ruidos de cascos de caballerías bien comidas y cansadas... Recordó Paco Cal la silueta de su madre, al anochecer, reza que te reza por las altas galerías del patio grande, siempre como si estuviera delante de Dios para pedirle sin descanso perdones y trocitos de gloria eterna para el marido que sólo veía desde lejos, y un miedo muy especial si el hijo iba con él, a pie o a caballo, en la delantera de la silla, unos años antes del mordisco de la polio, camino del río para encariñarlo con la caña de pescar, con los brillantes coletazos de los barbos, con el garabateo plateado de las anguilas o con aquello de adentrarse en los trigales crecidos, para atrapar, en redes tan verdes y tan amables como las espigas, los atolondrados revoloteos de unas codornices enceladas por la falsa incitación amorosa de los reclamos. Y, a la vuelta de aquellas aventuras, de nuevo en los dominios sombríos de la madre, se repujaba la imaginación del chiquillo con los miedos gigantes a la otra vida, cientos y miles de veces repetidas las temibles profecías de los pecados muchos que a Carlos Cal le quedaban todavía por cometer. Y, al cabo del tiempo, en una de esas noches de largo llover en que al padre parecían rebosarle los cántaros de la intimidad, hombre ya, Paco Cal supo que él nunca quiso llevarla a una clínica, y no porque fuese mucha la pena que sentía por ella, sino porque era su mujer, porque era persona suya, parte de su mundo, y no podía consentir que algo de su pertenencia pudiera depender, allá lejos, de médicos, enfermeras y loqueros. Carlos Cal hizo venir a Olivoloco los mejores especialistas y nunca protestó ante los insultos de estilo religioso que su mujer le enviaba con frecuencia, manuscritos casi todos, en picuda letra de niña educada por monjas especialistas

en sangres azules, sin que faltaran en tales cartitas acusaciones que daban en el clavo más por intuición que por conocimiento, a cuenta de las otras mujeres que a partir del año de casado se le fueron metiendo a Carlos Cal por las ventanas anchas de sus calenturas solitarias... Porque, no hay que darle vueltas, a los veinticinco años, con toda la salud del campo sallándote al encuentro, desde muy temprano, a ver lo que haces, cuando, al cruzar a caballo el aroma pegajoso del pinar, se te encara la muchacha, todavía distancia, rojo el vestido de la Toña, la chiquilla de Luis el Resinero, que te tapa la salida al trote y a tu respiración inquieta por el perfume bravo de las pinas nuevas, fija y por derecho la mirada al entrecejo en el que se te van grabando los dieciséis años que le estallan brillantes en la boca, en los labios y en los dientes, juguetones los pies descalzos sobre la yerba nueva recién parida ayer, poco después del aguacero, y, como en un torrente, brisas, y troncos de árboles y piedras y remolinos de luces y de olores y de espantadas lagartijas y los relinchos del caballo, suelto junto al revoltijo de la muselina colorada y del cuero brillante de los zahones, hasta que el jadeo casi animal de la chávala te devuelve a la montura y al camino. Pero, días después, otro pinar bastante lejano necesitó con prisas la sabia experiencia de Luis el Resinero. Y allá que se fue el hombre con la mujer y con sus hijos, menos una. Porque Toña se quedaba allí, en la vieja cabaña familiar, de día en día más bonita y cómoda por dentro. Y, al primer susto de embarazo, se quedó Toña sin esperanzas de hijos para los restos. Un buen montón de billetes grandes contaron las cirujanas manos nada más terminar aquella refinada y definitiva siega de fertilidades. Y, lo que son las cosas, Carlos Cal se arrepentiría, muchos años más tarde, por haber dejado seco el vientre de la Toña, con lo bien que le hubiera venido a su hijo único, tan del todo negado para el campo, la compañía obediente y agradecida de un hermano bastardo, que, bien metido en los detalles de tierras y animales, le hubiera ayudado a soportar el exagerado peso de tanto poderío.

A la cabaña de Luis el de los pinares le habían adornado el contorno con albero. Pensativos se quedaban los gañanes al pasar por la cercana senda del carboneo: allí donde llega con su calentura el amo, allí que aparece la arena distinguida y rubia. Hacia la resina de los pinares, muy al otro lado de Olivoloco, se había marchado Luis con su puñado de chiquillos. Pero la mayorcilla. Toña, diecisiete años cantudos, abierta y desplegada provocación en el tono de voz y hasta en el aliento, se había quedado en la cabaña, sin otro trabajo que adornarse el pelo a la caída de la tarde y ponerse a presentir los pasos de un caballo en la hondura piñonera de los pinos. Desde bien lejos entreveía Carlos Cal la mancha

dorada del albero en mitad de aquel panorama de una tierra que era negra además de sombría. Alegre trotaba su caballo, porque todos sus caballos sabían que, allí, donde estaba presente un terrizo de albero, se cuidaban caprichos y querencias, porque el generoso derroche de Toña no podía prescindir de sus mimos detalles en los piensos, sin descartar sorpresas de nueces, castañas pilongas y chocolatinas, y hasta caramelos, porque los chulos cabalíos de Carlos Cal no parece sino que miran a los pobres de reajo con la intención de irle contando al rey del campo las traiciones y rencores de su gente campera. Y, así, durante poco más de seis meses, el tiempo justo para dar por recorridos los caminos todos de una carne nueva, rematada ya la ilusionada duración de las caricias que descubren y de las posesiones que estrenan. Y, después, tan sólo unos días más allá de los seis meses, unos cuantos días para ajustar el cicatero jornal que le resta a un cuerpo relegado al desecho por los aburrimientos que se amontonan cuando el deseo se sacia al son repetido de la costumbre. Tan sólo un poco más de seis meses, para que el caballo olvide los caramelos del pinar. Un poco más de medio año, para que, nada más largarse Carlos Cal, descargue la primera y furiosa lluvia del otoño y enfangue la engañifa del albero. Para que, poco después, acaso aquella misma tarde, pasaran los gañanes por la cercana senda del carboneo: Vaya... La cabaña de Luis está otra vez igualito que estuvo toda la vida...

Rodeada de escopeteros, más que enemiga ricachona, parecía doña Laura emperatriz que regresara a restaurar el orden en alguno de sus reinos levantiscos. Sin precipitaciones ni lentitudes, cuidadosamente medido el ritmo del pisar, la señorona de Rancho Espuma desafiaba al pueblo a lo largo de la calle principal, un sol de mediodía de julio en todo lo alto, más rotundo que nunca su blanquísimo rodete de canas vigorosas, canas extrañamente resistentes y tensas, canas atractivas y con su no sé qué de canas sonrientes y jóvenes. Toda ella enlutada, acaso expresamente enlutada, zapatos y medias negras, negras la falda y la camisa, negros también los zarcillos y la pequeña peineta que se ofrecía clavada en rigurosa vertical sobre la amable apretura del rodete, casi corona resumida, símbolo de una altanería que prefiere las consecuencias más contrarias antes que pagar perdones con las rastreras monedas de la humillación. Avisado por los revuelos y los silencios totales que se alternaban al fondo de la calle, Curro Blanco, para verla venir, se asomó a una de las ventanas de su despacho de alcalde y se volvió hacia uno de sus concejales: Fíjate en ella, lo girocha que viene, casi en plan de perdonarnos la vida... Desde los balcones de la calle

principal, le caían a doña Laura aisladas voces de odio, o más bien de rabia contra aquel gesto de una soberbia rodeada de escopetas, pero, eso sí, todos los improperios sonaban un poco antes de que ella estuviera a la altura de cada balcón o ventana, porque, una vez en su presencia, un enrarecido silencio se agrandaba a sus espaldas, sobre el espacio ya recorrido por sus elásticos andares de vieja deportista, habilidosa aún en el duro manejo de las velas de afilados balandros, allá en Rancho Espuma, imperio de la ola y de la arena, paisaje perfecto en su belleza de inutilidad total, campo de tenis en la meseta alisada sobre las dunas, lancha motora a punto en el pequeño espigón del puertecillo, expresamente hecho para los desprendidos caprichos de una familia que sabía de todos los cUmas, por la continua variedad de contrastes que vivieron con regusto en consulados y embajadas, coleccionistas de más experiencias que ganancias, raros objetos de países exóticos, refinadas costumbres de etiquetas mantenidas en jardines diplomáticos vecinos de poblados negros recién apartados de la antropofagia, y mucho contacto con bosques y con playas, fieros amigos del sol, auténticos artistas del tiempo libre y de sobra, sonrisas especialmente ensayadas para restarles importancia a los aciertos o conquistas de las gentes normales. Curro Blanco ordenó que hicieran subir a la madre de Julio Junco y se dejó caer en el historiado sillón de la alcaldía, de alto respaldo con remate de talla en rebuscados rizos, y se dijo, entre dientes, que te pasas años y años leyendo libros socialistas y te esfuerzas un día y el otro también para sentirte libre de blanduras sentimentales o de respetos absurdos y resulta que ahora estás ya de pie y nervioso, porque sabes que sube las escaleras doña Laura, y pierdes el control, no aciertas ni a preparar palabras que intenten aturdiría un poquito siquiera, aunque sólo fuese por evitar el ridículo que puedes hacer ante los tuyos, en cuanto ella entre, que ya está ahí, ya la tienes delante, qué poderosa, cuanto dominio en esa mirada que reparte por techos, paredes y personas... Señor alcalde... Lo ha dicho ella casi con dulzura, reverenciosa, incluso, en ligerísima inclinación de cabeza, con la que, más que demostrar respeto hacia la pequeña autoridad de un pueblo parece demostrar a los presentes hasta qué punto se puede ser superior por el simple hecho de ser una persona educada y distinguida. Contesta el alcalde con un buenos días tardío y mal pronunciado. Sonríe doña Laura, satisfecha quizá de comprobar cómo se cumplen al detalle sus calculadas previsiones... ¿Puedo sentarme, señor alcalde?... Sí, claro está que sí, por favor, siéntese usted... Al acercarle la silla has estado a punto de llamarle doña Laura o señora, pero lo has evitado a tiempo, tal y como te lo habías propuesto, aunque, de todas formas, en medio de tanto desconcierto, has hecho numerosas

inclinaciones, y lo han debido notar los escopeteros, y no digamos los concejales, que te acusan con los ojos: Con que tanto hablar de acabar con la soberbia de las clases dominadoras y mira por dónde te comportas casi como un criado ante la madre de Julio Junco, que se atreve a venir hasta la casa del Ayuntamiento que tú presides para repetirte en son de una amenaza que una embarcación llena de moros llegó anoche al embarcadero de Rancho Espuma. Primero había enviado una carta, con las primeras luces, de pocas palabras la noticia y un aviso de visita para el mediodía, para detallar la magnitud del peligro... Al igual que en Rancho Espuma, quiero que sepa el señor alcalde que también han desembarcado tropas moras en distintos puntos de la costa. En nuestra casa de Rancho Espuma se aloja el capitán Cerro, buen amigo de mi esposo que en la paz de dios descanse... Ha pronunciado la palabra Dios como queriendo llenar con ella el despacho hasta hacerlo rebosar por esas ventanas abiertas al griterío que, de cuando en cuando, rompe el silencio intrigado de la plazoleta llena... Y ha sido el comandante en persona quien me ha dado esta carta para usted... Se ha sacado el sobre de la manga con la elegante suavidad de un tramposo jugador de naipes. Destroza el sobre Curro Blanco. Inútil ha sido apaciguar los dedos. Es mucha la prisa en tan raras circunstancias: doña Laura aquí, los moros en su finca, a cinco kilómetros, y estas letras, pocas, del capitán... Le doy un plazo de dos días para que ponga en libertad a todos los presos. Después de hacerlo podrán huir si lo desean por la carretera de la vega, único flanco no ocupado hasta ahora por nuestra operación de cerco sobre el pueblo... Te indigna repentinamente la figura imaginada del comandante cristiano de la tropa mahometana, del militar experto en jugarse la vida contra unos moros iguales que esos otros moros suyos desembarcados en Rancho Espuma... Dígale al comandante ese que en este pueblo los tenemos muy bien puestos y que muchas gracias por querer perdonarnos la vida... Doña Laura se puso en pie y más derecha que nunca. Se llevó ambas manos a la pequeña peineta, tal y como si, al corregir su posición destacada sobre el rodete, quisiera demostrar la serena tranquilidad de sus manos. Después, tras unos buenos días, señor alcalde, volvió la espalda y, seguida de la silenciosa escolta de escopeteros, fue descendiendo la escalera principal del Ayuntamiento. Desde el balcón mayor, Curro Blanco y sus concejales presenciaron la salida de doña Laura, cercada de griterío al principio, hasta que las voces fueron cediendo ante la imponente indiferencia de aquella silueta que iba, sin apresurar el paso, por la calle Ancha, entre revoltosas carreras de chiquillos y aislados gritos de acusaciones y rencores, rumbo a las afueras, al terreno de nadie, allí por donde un bosque de

eucaliptos pone talón de incertidumbre en el camino que conduce a las tierras del rancho ocupado ya por gentes de turbantes y chilabas. El alcalde se dijo para sus adentros que nunca podría olvidar aquel espectáculo: Va doña Laura, rodeada de las escopetas, no como enemiga o presa, sino más bien como algo de muy alto precio que merece protección, no vaya a ser que cualquier atolondrado pueda destrozar de un manotazo su estética de jarra antigua, de minucioso encaje de platero, de exquisito animal predestinado en las granjas del poder, bicho finísimo y elegante especialmente elegido y enseñado para estar encima de los demás, siempre lejos, muy lejos del hambre, toda una vida hecha a las sinuosas artesanías del dominio... ¡Y qué contenta debe de ir la tía, después de haberte puesto tan nervioso!... La frase de un concejal ha sido como un puñal clavado en tus espaldas de alcalde revolucionario.

Las criadas de Rancho Espuma se veían acosadas por sus amigas del pueblo: Lo que yo daría por tener un vestido de los que ella desecha o por una servilleta suya de las de festón bordado o de ganchillo o aunque nada más fuera un par de zapatos viejos. Doña Laura era envidiada con tanta devoción como inquina, imagen distante en la casi divinidad de una elegancia que rentaba reliquias y fetiches para unas mujeres que, por otra parte, la tenían colocada sobre los altares mayores del odio. Porque, según ellas, digan lo que digan, el señorío hay que mamarlo en la categoría que dan la abundancia y el derroche, durante años y años y hasta siglos. Los domingos de primavera acudía doña Laura al pueblo, misa de doce, pamelita pajiza circundada con cinta azul marino, calesa de charol y caballito inglés de patas delgaditas y mimosamente vendadas, espera bulliciosa en la puerta de la iglesia, a tentebonete de curioso mujerío el atrio porticado, runrún de admiraciones para sus encajes, frunces, pliegues, plisados, pinzas, dobladillos. Y, ya dentro del templo, que hay que ver el estilo con que se persigna y qué me dice usted de la solemnidad con que se arrodilla o de esa forma que tiene de volver del altar cuando comulga, lento el paso, erguida la cabeza y los ojos gachos, lo mismito que si fuera haciendo su entrada por los zaguanes del cielo... Ahí donde la ves, con sus setenta años, juega al tenis todavía, con su faldita blanca, al aire unos muslos morenos que, según el decir testigo de Claudio el fontanero, son muslos todavía capaces de ponerte chiribitas en los ojos... Terminada la misa, subía a la calesa, arreaba el caballito con un ligero zamarreo de riendas y se iba por la calle Ancha sin volver la cabeza a izquierda y derecha, fija la mirada en un más allá de los pueblerinos, igual que si supiera desde niña que de nada hubiera servido intentar simpatías con una gente que nunca jamás le perdonaría tan claras distancias y diferencias.

Es curioso: a fuerza de ver cómo colocan un muerto y otro en los ataúdes, llegas a pensar que todos los muertos dejan de ser personas para convertirse en muñecos. Suena a madera contra madera la colocación del cadáver de Carlos Cal en la caja forrada de terciopelo gris, lo que son las cosas, Fernando, nada menos que terciopelo alrededor de su cuerpo hacia el último viaje, con la manía que siempre le tuvo a los terciopelos, a las púrpuras, a las sedas, a las telas todas de postín y rango, sin olvidar la irritación que sentía contra las pieles, muy bonitas y suaves y todo lo que tú quieras, pero arrancadas de la naturaleza a tiro limpio y con puñales carniceros, pieles y tejidos tontilindos de llevar, no como pasa con el cuero, el buen cuero, duro, sencillo, con el brillo elegante de lo práctico, de lo que es noble y sincero. El cuerpo de doña Miguelita llevó la caja recubierta por dentro del bien curtido cuero que tanto le agradaba a su hijo, Carlos Cal, aun a sabiendas de que, si su madre hubiera podido elegir su propio ataúd, de fijo que lo habría forrado con un terciopelo exactamente azul turquesa, por lo mismo que en las mandas de su testamento dejó dispuestos los detalles más nimios de sus funerales: cortinajes rojos con ribetes gruesos de tafetanes dorados, para las columnas, alfombras de solemne misa mayor, en el presbiterio, y túmulo funerario bien alto y recubierto de terciopelo brillante sin adorno alguno. Carlos Cal te comentó la misma noche del día del entierro, delante de la tercera botella de vino caro: Mi madre no quiso ser toda una reina de Olivoloco, porque siempre había preferido ser cola de león en la capital... Pero tú, Fernando, has podido llegar bastante más lejos que Carlos Cal en el conocimiento de su madre. Porque doña Miguelita, al quedarse viuda con menos de cincuenta, se atrevió a pisar las lindes mismas de la escandalera, como cuando se presentó con aquel matrimonio, borrachos los dos, avergonzada la servidumbre de Olivoloco al tener que levantarlos una y otra vez de las alfombras. Todo aquello, y más, resultaba doloroso en el mundo de Olivoloco, y fueron muchos los capataces, aparaadores y manijeros que dejaron de ser tan buenos cumplidores, al saber que doña Miguelita, desde mucho antes de morir, había logrado convencer a su marido de que las gentes de su propia estirpe, de gañanes venidos a más en puestos de capataces, eran perezosos, hipócritas y con la silenciosa paciencia de quienes esperan la hora de la venganza, lentos y sonrientes mientras contienen y tranquilizan los tigres del rencor. Y, siendo así doña Miguelita, nada de extraño tiene que su hijo, por ser de la manera que era, acabara haciendo totalmente lo contrario que su madre. Sobre todo, a partir del día en que doña Miguelita, después de mucha estrategia de señorona rica del campo, simpatizara con la

parentela aristocrática de los Cal, hasta el punto de encontrarle novia al muchachote aquel de bachillerato dejado a la mitad, buen caballista y lo bastante moreno como para impresionar desde la primera tarde a una Mercedes de transparentes brazos de porcelana cara, linda muchacha rezadora, cuerpo atractivo, incluso por lo endeble y blanquecino. Nunca podrás olvidar la pregunta de Carlos Cal, un lunes por la noche, después de haberte dicho que iba a casarse: ¿Qué te parece, de verdad, Fernando, qué te parece ella para mí? Y tú tenías que mentir, sin remedio, aunque la mentira consistiera sólo en aplazar una opinión que ya tenías más que formada, pero que jamás le dirías a un hombre que no tuviera en cuenta tus razones para decidir en las cosas más serias de su vida. Tú presentías que doña Mercedes no era cuerpo bastante para apasionar a Carlos Cal. Pero doña Miguelita se encargó de convencer a su hijo de que la verdadera femineidad era precisamente la que tenía su novia, tan nacarada y lánguida, cuello largo y ojos enormes de mirada lenta, dedos afilados, pecho liso y caderas suaves, voz como muy ensayada expresamente para dar buenos consejos o para castigar a los demás con los latigazos blandos de su quejumbre, entre lloriqueos infantiles y medios desmayos de flores blancas en florero sin agua. Tal era el ideal de novia que doña Miguelita eligió para alisar la aspereza de su hijo, un hijo que parecía haber salido más a los abuelos gañanes de la madre que a los soberbios antepasados del padre, entreverados de noblezas más o menos secundonas. Nunca olvidaría Carlos Cal el modo que tenían de mirarle en las distinguidas fiestas que daba la tía de su novia, tan quemado él por los vientos y los soles, muy raramente bien colocada la corbata, sin pasadores los puños de la camisa, sin sonrisa posible, ni por puro disimulo, cuando algún remilgado contaba un sucedido o chiste con la irónica finura de la cursilería. Y si no abandonó cualquier tarde, de improviso, el asfixiante mundo de su novia, fue quizá porque se encontraba enganchado a ella mucho más de lo que él mismo suponía, engolosinado por la misma rareza de aquel cuerpo de mantequilla, encaprichado por aquella boca fría que siempre tuvo a Dios entre sus labios lisos, intrigado por el comportamiento que habría de tener aquella mujer, una vez acosada en la noche de boda, con qué grititos, las manos abiertas por delante, muy cerrados los párpados hasta sentir dolor en las pestañas. No, no podía ponerse en duda que doña Miguelita había acertado al elegirle al hijo una novia de cierta alcurnia, poco tentadora durante el noviazgo, casi totalmente inútil para provocar un casamiento con prisa y misa de velaciones al amanecer. Tanto fue así, que doña Miguelita no llegó a vivir el año y medio más que le hubiera permitido ser la madrina y dar el brazo a un Carlos Cal que, en frase de una

parienta de la novia, era como un tizón del infierno al lado de la inmaculada blancura de su preciosa sobrina. Murió doña Miguelita dos días después de conocer los tres juegos de cama que había bordado Merceditas con sus propias manos. Dicen que sus familiares dejaron de visitarla desde un poco después de su casamiento con el hijo del amo y que ella sintió alivio cuando las distancias fueron tomadas por ellos, antes de que doña Miguelita se viera obligada a cortar por lo sano, porque, según confesaba a sus más distinguidas amistades, aunque nunca había intentado ocultar la humildad de sus orígenes, sí hacía todo lo posible por alejarse, cuanto más mejor, del mundo de la pobreza. Por eso odiaba como odiaba casi todas las cosas de los campos, sólo a salvo la cacería y la merendola del verano con baño improvisado y pícaro en el arroyo, un poco antes del anochecer. Le irritaba, en fin, todo lo mucho que en el campo era rentable: los surcos nuevos, la poda del olivar, los acarreos de la vendimia, las azadas que tronchan y desvían las acequias del regadío, el esquileo de las ovejas, la siega, la era y la molienda de las aceitunas negras. A la madre de Carlos Cal le atraían del campo los detalles más inservibles, las cosas que, por su misma inutilidad, no podrían recordarle los sudores y los sufrimientos de sus más lejanos abuelos. Su hijo Carlos no logró comprenderla jamás, aunque lo cierto es que tampoco hizo esfuerzo alguno por entender algo en aquella especie de traición que la hija de un capataz había cometido contra sus propias raíces. Pero, sin embargo, sí que se sintió ligeramente atormentado por una duda que una mañana le planteó sin rodeos, al pasar los dos a caballo muy cerca del cementerio de Olivoloco: Más de una vez, Fernando, me he preguntado si mi madre, ya viuda, llegaría a tener algún amigo... Muy en su estilo, Carlos Cal se quedó a la espera de unas palabras mías que no llegaron... Yo creo que, de verdad, era muy alegre, pero no alegre en el mal sentido, ¿estamos?, sino alegre de reírse mucho y de querer espantar todo lo que fuera negro y triste, usted ya me entiende, sin esa alegría caliente que tienen las mujeres que se salen de los carriles... Nuevo silencio, y Carlos Cal, de nuevo a la carga, más en directo esta vez: Me gustaría que tú me contaras lo que hayas oído sobre el asunto, un asunto delicado, claro, pero ya sabes tú cómo valoro y aprecio tu sinceridad cuando llega la hora... Mal paso para la saliva. Fernando, enloquecida de movimientos la nuez por entre las primeras arrugas de un cuello curtido por el aire libre. No tenías más remedio que hablar, decir lo que fuera, con más o menos medias tintas, pero, ojo, sin caer en el descaro de la mentira, porque, entonces... Pues yo, como usted dice, ya verá, recuerdo que doña Miguelita era simpática, muy reidora ella, muy amiga de todo lo bonito y de todo lo muy agradable. Vamos a ver si me explico: que yo

nunca vi a su difunta madre de usted con la cara triste. Dicen que cuando se entristecía se encerraba en su habitación y se ponía a rezarle a no sé qué santos patrones de la alegría... Carlos Cal detuvo su caballo y lo colocó frente a ti, disparados sus ojos contra los tuyos, como si te advirtiera contra el riesgo que ibas a correr si te inclinabas al final por las cómodas salidas de la hipocresía: ¿Y qué me dices de la otra alegría, de la otra manera de ser alegre?... Imposible esconderse detrás de unas palabras que apenas dijeran algo nuevo... Pues ya verá usted, don Carlos: la verdad es que nadie en Olivoloco ha dicho ni tanto así en contra de la decencia de su madre. Y eso que, usted lo sabe mejor que yo, su difunta madre no gozó nunca de simpatía entre quienes trabajaban en la finca... Carlos Cal se dio por satisfecho y se fue a galope tendido hacia el caserío de Olivoloco. Tú, Fernando, picaste espuelas detrás de él. A la espalda del viejo edificio, se había detenido el amo y contemplaba con una serenidad muy pensativa los requemados restos del olivo gigante que, hacía ya más de un siglo, dio nombre a todo aquel imperio de bestias y vegetales. Carlos Cal se te quedó mirando muy mandonamente: Hoy estoy muy lleno de preguntas, Fernando, y quiero que me digas, si es que lo sabes o si te lo imaginas, por qué vino hasta aquí mi madre aquella noche de diciembre, con cinco criadas que traían brazadas de paja y bidones de petróleo, y por qué prendió mecha ella misma y lo pasó tan en grande, según dicen, cuando las llamas trepaban por las ramas altas del olivo más enorme del mundo, mientras cuentan que chorreaban convertidas en aceite las muchas arrobas que el olivo loco rendía en cada una de sus milagrosas cosechas. ¿Por qué hizo aquello, Fernando, por qué?... Tú, que tienes para casi todo una respuesta muy antigua, se lo dijiste sin rodeos: Por lo que yo he oído decir y contar, doña Miguelita le tenía una tirria muy grande a todas las cosas del campo, y, muy en particular, al olivo loco, por tratarse de lo más soberbio que el campo tenía en muchos cientos de leguas a la redonda... Y te pusiste a recordar los detalles sabidos por tareros viejos que, en mañanas lejanas, de chavales, disfrutaron la ocasión de cosechar las aceitunas del mismísimo cogollo, sube que te sube por las muchas ramas del olivo gigantesco, mientras abajo cantaban y bailaban las familias enteras que habrían de comenzar al día siguiente la dura recolección en el mar bravío de los olivares, moradas las manos por la humedad y el frío.

Aseguraba la servidumbre de doña Miguelita que jamás había conocido persona que se bañara tantas veces al día, verdadera maniática por colonias, jabones y perfumes, y también por las esponjas recias y hasta arañadoras, porque, según todos los pareceres, la madre de Carlos Cal se pasó toda la vida

afanando librarse de los olores camperos que tenía como incrustados en una piel más requemada que morena, piel de pobre que, según los gañanes, se hereda con las sangres castigadas por hambrinas de siglos, piel que suelta un sudorcillo oscuro que no huele ni mejor ni peor, sino de forma distinta que el sudor transparente de los de siempre bien comidos. Relataban entre remedos las criadas cómo doña Miguelita no paraba de olisquearse a solas, obsesa por matar mediante esencias caras el aroma aquél de aceite de oliva frito con ajos, en mezcla con pestecillas de gallinero, rastros que se queman, de muros dormidos en las honduras calientes de las cuadras y un poco, también, de ilusiones podridas en almohadas de muselina morena sobre los crujientes y ásperos jergones de la pobreza. Y, sin embargo, bien se sabía, por su propia cocinera, que doña Miguelita vivía verdaderos cielos cuando, a escondidas, pringaba con recordados apetitos de miserias las buenas rajadas de tocino, chorizo y morcilla de cocido, aunque, eso sí, la obligara el capricho, después, a redobladas y aún más furiosas friegas con verduscos jabones agresivos, antes de que el sudorcete campero apareciera con sus bravos aromas de viejísima protesta.

Cuando el coche fúnebre inició lentamente su marcha camino del pueblo, Paco Cal recordó el nicho que su padre había reservado inútilmente, desde hacía tanto, en el viejo cementerio de la finca, cuidadosamente mandado a blanquear, año tras año, mancha de rara y alegre claridad en el perfil de la loma entristecida por la decadente solemnidad de unas palmeras viejas, palmas hace tiempo olvidadas del verdor y troncos de marrón oscuro, color de la tierra que al cabo del tiempo tienen los restos de los muertos. Paco Cal hubiera preferido que las leyes permitieran el entierro de su padre allí en el hueco por él mismo elegido, no en la horizontal entrañada del suelo, como era de esperar en un hombre casi carnalmente apasionado por la tierra, sino en la altura amable de la tercera fila de nichos, quizá porque tamaño despegue tuviera algo que ver con la alzada mediana y dominante del caballo, casi calculada al milímetro la postura de su cadáver, a ras de su soberbia mirada de jinete. Al remontar la cuesta de las Pitás, Paco Cal se recordaba a sí mismo, ya en sus días primeros de hombre, de pie junto a un Carlos Cal sesentón y fuerte, todo su mirar echado hacia la mar, pura cinta azulina no muy lejana, y, sin embargo, tan apenas distinguida del cielo, que hasta parecía alejarse y disolverse en la distancia de cosas sólo soñadas o imposibles... A mí me ha gustado siempre tener la mar un poco bastante lejos, lo suficientemente lejos como para tener que echarla de menos igual que a una mujer por la que uno anduvo trapicheando en otros tiempos... Aquella tarde se

dio cuenta Paco Cal de que su padre no le hablaba a él, sino que más bien meditaba en voz alta, entornados los párpados, como si defendiera sus ojos de un sol de esos que soliviantan polvaredas al paso de la yeguada por las trochas amarillas de los eriales... No, no es fácil de dominar la finca que acaba en playa, qué-va, si lo sabré yo, porque es muy mala cosa esa que tiene la mar, que viene a ser como un exagerado manojo de caminos, millones de caminos sin vigilancia posible, seguro escondite para cobardías y traiciones. Sin embargo, raramente pasaba un mes sin que Carlos Cal fuera visto a caballo por la empinada senda del Cerrotorreón, potentes anteojos colgados en bandolera, o bien, ya en lo alto, dando espaldas a las ruinas renegridas, con los gemelos enfilados hacia el mundo aquel de los arenales y las espumas, vigorosamente empuñadas las redondeces del catalejo, firmes los pulsos a pesar de la emoción que devoraba con los ojos, hasta que, descendiendo entre los peñascos de la bronca ladera sur del cerro y por pendientes montaraces sin sendas siquiera, de lado el caballo en cuidadoso zigzag, alzada la cabeza de grandes ojos alertados entre altas cardanchas borriquetas, y, una vez en campo llano y libre, tras un par de trotes, allá que galopaba en dirección al pinar espeso y antiguo de copas anchas que sombreaban la tierra penúltima de Olivoloco en dirección al oleaje, especie de fortín vegetal que las posesiones de Carlos Cal tenían en su frontera con otro mundo tan distinto, más inútil y también más amable, menos complicado y también menos obediente, más incitante y también menos hondo y serio. Porque desde aquellos pinos entrelazados por crecidos matorrales, todo el campo se ofrecía cuesta abajo, largo y suave, no más de kilómetro y medio en declive hasta poder pisar la arena mojada por el agua. Todo se volvía a partir de entonces más vistoso y alegre: naranjos y melocotoneros, vacas lecheras desperdigadas por los verdores de la alfalfa, los maizales gigantes, las redondas y embrujadas manchas de los girasoles y el frescor jugoso y llamativo de los fresales. Y, desde allí, escondido en el pinar que separa secanos y regadíos, Carlos Cal, ilusionadas hasta el nerviosismo las lentes de sus gemelos, disparaba el mirar hacia el caserío de Rancho Espuma, amplio y tendido como un cuerpo de mujer sobre la línea indecisa por donde la tierra de labranza se va pareciendo más y más a la belleza estéril de la playa, anchos y provocativos los ventanales, hecha para soñar con otros mundos la azotea bien encalada, enorme y un tanto inquietante en sus blancos solitarios, sin tan siquiera una sola maceta. Y, un poco más allá de un penúltimo reguero de alcauciles, la barca primera con que tropieza la vista, salada barca en postura marinera de echar la siesta, de darle tiempo al tiempo, mientras los peces crecen y las redes se resecan.

En el pueblo se daba como cierto que Rancho Espuma y Olivoloco fueron una sola finca hasta hacía cosa de siglo y medio, cuando la familia Cal habitaba aún en su casa palacio del pueblo, a espaldas de la parroquia, con diez grandes ventanas bajas de idénticas trazas, aunque cada una de ellas con herrajes de muy distinto dibujo, detalle éste al fin y al cabo de los de menos gasto, puesto que muchos, muchísimos eran los caudales que se le iban a la familia en su continua sangría de caprichos que, como puestos en inagotable competencia, trascendían de la comarca y llegaban a convertirse en asombrosos motivos de comidilla en las reuniones más encopetadas de la capital. Porque, en aquellos tiempos, los Cal llevaban a gala que hasta tres generaciones de la familia vivían bajo el mismo techo, si bien garantizada la independencia total de quienes ya cargados de años quisieran vivir sin los sobresaltos que normalmente provocan los jóvenes, y, mucho más, si los jóvenes son de familia bastante más que adinerada. Hasta siete patios tenía en profundidad el enorme caserón, todas las salas y estancias de la fachada ocupada por matrimonios, niños y mujeres solteras, además de los abuelos y alguna que otra bisabuela, pues bisabuelos nunca se dieron en la familia, por la sencilla razón de los excesos y vicios que se practicaban sin límites de sanidad o economía en los sótanos bodegueros y demás adentros del palacio, a los que llegaban los jóvenes Cal y sus alegres amistades por un hondo pasaje arqueado, especie de túnel alto y ancho por el que entraban holgadamente carruajes de briosos tiros sin inquietar el sueño de los mayores y sin resucitar las imaginaciones verderonas de los abuelos, a quienes más de una vez se les reservaban algunas de aquellas endemoniadas habitaciones del fondo para retrasadas aventuras amorosas, sin olvidar jamás una separación garantizada y absoluta que hacía del todo imposibles enojosas coincidencias e imprevistos encuentros de familiares separados por los respetos de la edad. Nunca hubo problemas por falta de espacio, pues se daba por seguro que la casa palacio de los Cal jamás se llenó del todo, ni siquiera en días de bodas o carnavales, así como tampoco se consideraba probable, ni posible siquiera, que la fortuna de la familia pudiera agotarse algún día, porque, hechos los cálculos pueblerinos, muy a la baja, sólo con las ganancias que recibían de sus numerosos colonos de Cuba tendrían para gastar el doble de lo muchísimo que dilapidaban. Y, por si fuese poco, allí estaba su gran finca, secanos y regadíos, viñedos y olivares, pinos y naranjos, bodegas y molinos, y un puerto pesquero a cuyo amparo se trajinaban caros alijos de contrabando que permitían al pueblo una vida exagerada en lujos y derroches. Y así, por lo que dicen, hasta que hacía cosa de un siglo y medio, se

presentó en la casa de los Cal un invitado elegante, de modales exquisitos y perfecta pronunciación tanto en español como en inglés, francés y alemán, hijo de embajadores en las capitales de Inglaterra y Austria, rico por casa de su madre y como teñido por el yodo de la mar desde su nacimiento, precisamente ocurrido en un paquebote, errados los cálculos de la señora embajadora respecto al primer vuelo de su cigüeña, un apuro muy serio para el capitán del buque, sin médico, ni matrona, ala, tric trac, el decidido oficial de máquinas que cercenó el cordón umbilical con las tijeritas puntiagudas de reforzar los dorados botones en su uniforme de gala. Jaime Jaro se llamaba aquel repeinado joven de bigotes alzados en afiladas guías que enamoró a Carmen Cal la tarde misma de su llegada, no sólo por el acicalamiento de su figura y por la armonía de sus modales, sino, sobre todo, por el desparpajo con que hablaba de las más distantes geografías y costumbres, nunca allá en los desenfrenados hondones de la casa, siempre en la parte frontera, en el respetable ambiente de las mujeres y los hombres mayores, cosa ésta que le granjeó no pocas antipatías entre los jóvenes de la familia, hasta el punto de provocar algunos comentarios demasiado ofensivos, especialmente el que hiciera Claudio Cal, veinticinco años, consumado calavera: Este Jaime Jaro me parece a mí todo un marica en varios idiomas... Hubo envío de padrinos y duelo con pistola a veinte pasos en el sotillo de los cipreses, amanecer con niebla, coche cerrado de cortinillas negras y final con herida en el hombro del forastero, más que herida, pasaporte de entrada definitiva en la familia, Carmen al cuidado del refilón de balazo y boda cuatro meses después, con Claudio Cal entre los testigos, suspendido por un día el libertinaje de la parte honda del caserón para ofrecer festejo y alojamiento adecuado a las empingorotadas amistades que acudieron al acontecimiento, que, por cierto, habría de marcar un punto y aparte en la historia de los Cal, puesto que Jaime Jaro, harto de soportar la alborotada cercanía de sus cuñados y demás parientes jóvenes, se fue a vivir con su esposa a una casita del puerto pesquero, en tanto levantaban otra más cerca del muelle, el viejo muelle de madera y piedras que Jaime Jaro haría volar con dinamita, en habilidoso y difundido remedo de venganzas contra el mar, a poco de haber naufragado, en violenta borrasca, quince de los diecisiete pesqueros que allí atracaban, aunque, en verdad, lo que el marido de Carmen Cal perseguía nada tenía que ver con un rapto de ira contra los encanallados oleajes, sino en agria enemiga ante todos los ruidos y malos olores de la pesca, y, si no, que se lo hubieran preguntado a los criados, que, durante dos meses, después de marcharse definitivamente a otro puerto los dos barcos restantes, estuvieron baldeando con exageraciones de lejía

las piedras y los ladrillos que hubieran tenido el más mínimo contacto con el pescado, porque la obsesión del amo llegaba al extremo de pasar el dedo por las juntas de piedras y ladrillos por ver si quedaban rastros de escamas, declarado enemigo de la batalla utilitaria de la pesca, verdadero sacrilegio de la grandeza de la mar, a la que hay que ganarla con el riesgo de los frágiles veleros deportivos, para los que mandó construir un bonito espigón expresamente insuficiente para el amarre cochambroso de los pesqueros. Rancho Espuma le puso por nombre al girón marino de la gran finca de los Cal y, como tal Rancho Espuma, la heredó de su esposa, Jaime Jaro, cuando la riqueza de los Cal no es que entrara en liquidaciones de ruina, pero sí en delicadas cuentas de fortuna que comienza a dejar de ser inacabable, muerto aquel abuelo Casimiro Cal que dejara hacer y deshacer deseos y antojos a todos los Cal de quince años para arriba, con oficina especial para saldar las deudas familiares, incluso las contraídas en amoríos o en juergas con bailaoras, cante y guitarra, o en los emhites más fuertes del bacarrá y el póquer o en el taparles la boca a las chavalillas embarazadas y en doblar los pujos de reclamación y revancha que aireaban los padres de la deshonra. Y hubo consejos de familia, sonó el hasta aquí hemos llegado, se repartieron propiedades, acciones y tierra y se fue deshaciendo poco a poco el mundo aquel del caserón, hasta que, abandonado del todo, sirvió durante años de paraíso de aventuras para los chiquillos del pueblo, además de escondite, donde los endemoniados espíritus de los Cal ya difuntos ocasionaban no pocos casamientos de los de antes del amanecer, con abrigo la novia, aunque fuese en pleno verano. Finalmente, cuando fueron vendidos como solares aquellos viejos muros, a más de quince metros de altura, se alzaba ya el tronco de olivo loco, y ya había muerto sin hijos Jaime Jaro, que dejó por heredero de Rancho Espuma, a su sobrino Juan José Junco Jaro, hijo de una hermana suya casada con un embajador, muchacho aquel Juan José recién salido de la Escuela Diplomática, y que, al día siguiente de tomar posesión de la finca, mandó desarraigar los naranjos dulces, para sustituirlos con otros de naranjas amargas, porque así los gañanes de Olivoloco dejarían de cogerlas y quedaría definitivamente a salvo la estética total de un naranjal entero. Que así de artístico era el abuelo de Julio Junco.

En el sorteo de la requisa, le tocó a Felipe, el hijo de Juan el Herrero, la escopeta favorita de Julio Junco, la misma que llevaba cuando le detuvieron, una verdadera joya que envidiaron todos, al remirla en las manos primerizas de un cazador con diecisiete años, menos de cincuenta zorzales a su cuenta, y todo lo

más, tres o cuatro liebres, y vete a saber si no las mataría encamadas. Y, con la escopeta, su canana, de badana canela y pelusona que enamorisca y recalienta los nerviosos dedos del muchacho, que no se cansa de meter y sacar en torno a su cintura las doradas cabezas de los cartuchos, relucientes al sol de las dos de la tarde como un oro barato que los ricos tienen para deslumbrar con engaño a la naturaleza durante la lujosa matanza de la montería, una vez acarreada por jaurías y criados la inocencia de gamos y gacelas hasta el acoso final del escopeterío de quienes llegan de lejanas ciudades con la vanidad dispuesta a oxigenarse durante la conquista de trofeos animales, que se pagan las pesetas que sean por sentarse a la espera de un jabalí, a la guarda del bulto peludo sobre el que descargar los balazos de las innumerables violencias antiguas y heredadas, que escopetas así, como esta que ahora palpa y acaricia Felipe, movilizan allá por los más escondidos rincones de la sangre. Como una señorona se queja la escopeta de Julio Junco en cuanto siente una mano encima. Se le empaña repentinamente el empavonado de los cañones, tal y como si se le ruborizara la aristocracia del metal, cada vez que el chaval la acaricia con disimulada admiración, mientras la apoya en el muro verdinoso de la azotea, en certero instinto de irla acostumbrando poco a poco a tomar contacto con materias humildes, bastos ladrillos por lo pronto, y quién sabe, de aquí a pasado mañana, en cuántos barroos o al lado de qué candelas, hasta convertirse en una escopeta cualquiera, en escopeta vencida que, al cabo de innumerables manos, llegará a sabe Dios qué otro muchacho de sabe Dios qué año y será disparada contra Dios sabrá qué contados conejos, si es que quedan conejos en un campo que quizá no será ya un campo del todo campo verdadero. Pero esas cosas del imaginarse futuros así de distintos se queda para la gente profesora, porque para Felipe, hijo de Juan el Herrero, el futuro que importa es que llegue, por fin, el primo Angelito con el bocado, pues el hambre rompe la fijeza de su vigilancia sobre esa estrechura de calle que tiene enfrente, allá abajo, entre pobres tejadillos y paredes pardas sin apenas memoria de la cal, por donde empiezan las afueras menos en cuesta, que son las más temibles en estos días de asustadas honduras olivareras, pues cuentan y no acaban las espantadas familias de los capataces sobre los modos que tienen los moros en el violar muchachas, guardando turno entre baboseos y rebuznos, piedrecilla de impaciencias bestiales contra el que tarde demasiado en consumir su ración de gusto, más allá del ribazo o en la bajura de los naranjos primerizos o en los hondones tibios de las cuerdas, después de haber crucificado piaras enteras de cochinos en las altas ramas de los olivos mayores en desatada venganza contra una tierra que no cree en el Alá de

Mahoma y que ni cría ni bendice la algodonosa divinidad del cordero. Y sigue sin aparecer el primo Angelito, de fijo que entretenido en el Convento de la Virgen, donde no sé lo que busca ni lo que encuentra, aunque sí debe de tratarse de algo que le llega hasta los tuétanos, pues bien demostrado está que no se cansa. Y es que el mismo Angelito se pregunta el porqué en el mundo aquel, abandonado a la fuerza por las monjas, la iglesia medio quemada le impone menos que los patios, y los patios, aún menos que las celdas, y las celdas, muchísimo menos que el blanquísimo retrete, encalado hasta lo imposible de blancura, casi milagroso de limpieza para los quince años de un muchacho que se las arregló para encontrar diez sábanas bien nuevecitas con las que cubrir las catorce momias que los borrachos del primer día del odio sacaron de los bajos macabros del trascoro, para sentarlas en grotescas posturas de burdel sobre los veinte escalones de la escalara del patio principal, cada escalón de un mármol distinto de color y procedencia, de vetas grises, verdes, malvas, insólita escalera que comienza en la arqueada galería del patio grande y se eleva así de principescamente hasta el absurdo que supone llegar a la espléndida anchura de un balcón desde el que sólo puede contemplarse un estrechito cementerio acorralado entre gigantes tapias, con sus fosas abiertas en hilera, fosas del todo disponibles, con tierra que, a la vista está, ha debido ser removida, día tras día, durante años y años, por las monjitas mismas que habrán de hallar descanso y principios de cielo en sus particulares agujeros, y pobrecillas las más viejas, sin fuerzas ya para empuñar el azadón y retocar los fondos de sus tumbas, aunque para eso estarían las juguetonas novicias, brazos jóvenes que, en presencia de las madres veteranas, cavan y cavan entre racimos de risas contenidas hasta que sube desde la hondonada el provocativo aroma de la tierra húmeda, olor feliz de sentirse mujer por vez primera allá en las afueras de algún pueblo, por caminos de tierra recién llovida. Sueña Angelito con alguna de tales novicias, peladitas al cero como los quintos, picarones los ojos como dos demonios renegros y jovencillos bajo el almidonado revoloteo de blancor que levanta la toca, quince o dieciséis años a punto de manicomio por la sangre con tan sólo respirar un poco de brisa en primavera repentina, contra la que de nada valdrían las frecuentes condenas que dictaba la madre superiora a ducharse con agua del pozo tenebroso que Angelito contemplaba, a la luz de manojos de papeles viejos encendidos, pozo de heladas aguas en meses de calor, un pozo extrañamente abierto justamente al final de una galería subterránea que sólo sirve para eso de llegar hasta el brocal de granito y asomarse a su fondo con llamas fuertes en la mano, como hace Angelito cada día, a ver si sorprende por fin el gris de acero de cañón

que, según dicen, tienen los grandes peces ciegos que las monjitas alimentaban con pétalos de flores, con recortes de hostias y restos del azúcar tostada que brilla sobre los redondos lomos de las morenas rosquillas celestiales. Y no podía rechazar Angelito la tristeza que la acongojaba al imaginar que la novicia de sus sueños podía haber muerto ya, meses o años antes, en uno de esos baños de celda antidemonio, ariscamente restregada con los jabones verdes, duros y baratos de limpiar suelos, aunque no desnuda, no, por Dios, que jamás una novicia esté desnuda, ni siquiera a solas, ni siquiera al bañarse, y menos, al dormir, y mucho menos todavía, si, muerta ya, hay que sacarla del disciplinario baño con agua de pozo donde crecen y crecen los grandes peces ciegos. Hay que vestir deprisa y corriendo a la novicia con sus rasposos hábitos marrones y llamar al capellán y que repare en el gesto sereno de la novicia que fue llamada por el Señor dos meses antes de los votos, dos meses antes de llegar a monja, porque se ve que Dios la quería cuanto antes para el privilegiado convento de su gloria... Y tengo que irme ya, porque bueno estará a la espera del bocadillo mi primo Felipe en la azotea, dale que te dale carantoñas y magreos a la escopeta de montería, de cartuchos que en lugar de la metralla menuda de los perdigones llevan dentro la escondida dureza de una bala triste como un niño muerto antes de nacer. Sonsaca la calor el olorcete del bocadillo de chorizo reliado en papel crujiente y parduzco, chorizo fresco, chorizo loco de especias que el primo Felipe presiente en la impotencia de la tardanza, maldito sea Angelito, puñetero niño enamoriscado de la más nuevecilla monjería, la monja niña, la monja más como él, que le cogería las vueltas a la mandamás del convento para huir hacia patios más pequeños y solitarios, donde poder recordar de lleno la luz dejada para siempre en aquellos trigales últimos de la despedida, en aquella mañana colgada para siempre igual que dorada cortina ante la puerta mayor de una memoria que ya no puede ser memoria de niña... Con un alto quién va le saludan al paso desde tejados y azoteas los entusiasmados centinelas de esta aventura que nace y crece entre sorpresas que serán cada día más terribles y bastante menos atractivas.

La cacería le gusta al pobre porque es ganancia que va derecha al puchero, porque no es moneda recibida de alguien que manda en tu sudor, porque es de los pocos regalos que te hace la naturaleza, si es que la naturaleza no ha sido acaparada como coto para que el amo y los amigos del amo se pongan morados de tanto matar, alineados por cientos los conejos y las perdices, al anochecer, en la explanada de Olivoloco, mientras suenan los ladridos carnívoros de la jauría

emperrada en la querencia de la sangre, lento y con regusto de triunfadores el reparto entre quienes visten prendas que intentan pasar por sencillas, sin renunciar al sello llamativo de los lujos, blanquísima lana de borrego por los forros de las pellizas caras y de los tabardos de panas verdes o negras o doradas y las suaves cananas de pelusina amable que envuelven y arropan los coloridos cartuchos de cabezas brillantes, y los botos que pisan los barbechos con tacones de dominio, y anchas petacas de cuero, con iniciales de plata cuando menos, y los alegres pañuelos de seda para que los vientecillos del amanecer no sorprendan las delicadas gargantas ciudadanas en los comienzos mismos del mancheo que levanta a gritos de gente pobre los revoloteos rollizos de las perdices y la viveza de peligro de muerte con que huyen los conejos. Algo de carne de caza queda para mancheadores y perreros y, en días de mucha pieza cobrada, manda Carlos Cal que se llevan liebres o palomas a las distintas casillas de Olivoloco, porque nunca ha llegado a saber que las mujeres de sus campos están convencidas de que las carnes mandadas por el amo se ponen duras y ya puedes tenerlas en la olla días enteros que no hay quien les clave el diente a las pechugas de los zorzales suyos, especie de maldición que se extiende y que también alcanza a las hermosas hogazas que ordena repartir el día de Pascuas, pues, recién salidas del horno, calentitas aún, y ya están duras, nada más pasar bajo el umbral de una casa pobre, por las mismitas leyes misteriosas que avinagran sus vinos en los viejos garrafones de las gañanías, malos fados que pondrían como piedras las más jugosas peras de agua, en el caso de que Carlos Cal las regalara, que no las regala, y como de cartón piedra se quedan los destripados conejos de Carlos Cal en la pared tiznada de la cocina, que ni los perros logran sacarles jugo, pero hay que dar las gracias y ponerle cara de menudo avío el que nos hace, que Dios se lo pague, bien sabroso tendremos el arroz con estos zorzales, y es que, por lo que se ve, como Carlos Cal y los de su rango cazan por cazar, por ser más y mejor que el amigo, también en esto, le dan al gatillo sin verdadero apetito, al revés que el gañán cuando echa la red verde fina sobre los trigos con ganas de comer codorniz, y pone liga en las ramas cercanas al bebedero, con hambre de pajaritos fritos, y mete el hurón en una madriguera con la boca hecha agua y el pensamiento puesto en la carne recién hecha de los gazapos asados en fogata de varillas olivareras.

El sol de mayo pega de firme sobre la desangelada blancura del cementerio. También calentaba lo suyo aquel mediodía en las marismas... La cosa tiene guasa, Fernando —te dijo Carlos Cal—. Debería estar contento de verme

rodeado por tanto caballo, y ya ves la mala leche que tengo... Un olor a vino del bueno parecía apoderarse del dorado polverío que levantaban los animales alrededor del santuario. Por un momento, se te ocurrió pensar que sería vino puro el sudor que chorreaba por las espesas patillas de los caballistas... Fíjate bien en toda esa morralla —añadió el patrón—. Están requemados por estos tres días de sol, pero nunca tendrán curtida la piel como tú y como yo, porque son gente que se aburre en el campo, gente que viene a la romería como si jugara al juego de hacer una amistad de mentirijilla con las tierras y los animales... Se había quitado el sombrero de ala ancha y se abanicaba con él muy lentamente, clavado el mirar sobre el giratorio revoltijo de caballos cansinos y jinetes de fachas torcidas, mal colocados los sombreros, desniveladas las chaquetillas, bruscos tirones de las bridas, cheposas las espaldas y enturbiados los gestos por el sofocado avance de unas borracheras en marcha... Ganas me dan de echarlo todo en la carreta y dejar ahora mismo este jaleo... Siempre se había resistido Carlos Cal a tomar parte en la gran romería, porque, según él, le bastaba conocer a unos cuantos romeros de toda la vida, sin idea de montar, finolis de oficina y despacho, andares de pasear por la lisura de las aceras, manos blanduchas, barriguitas de cuerpos que no se esfuerzan, miradas hechas a quedarse siempre en lo cercano, casi nunca alargadas hacia la enormidad del horizonte. Pero tú. Fernando, sabías demasiado bien que los veinte años de Carlos Cal arremetían contra los malos caballistas por motivos que poco tenían que ver con ellos ni con sus desgarbadas maneras de montar. Cerrado y corrido tenía el entrecejo desde la madrugada anterior, cuando, poco después de pasear por la carretera con la señorita Pili, la hija de don Leandro el ganadero, se acercó a ti con la voz ronca de coraje... El canto de un duro me ha faltado para pegarle un guantazo a la señoritinga esa, porque va y me dice que, de tanto convivir con los caballos, se me está poniendo la cara caballuna y que más de una vez ha llegado a imaginarse que yo me declaraba a ella con relinchos... Tu padre, niña, le dije yo, tu padre, que ese sí que tiene cara de toro por aquello de que los cría... Por allí empezó a dolerle a Carlos Cal el mundo todo de la romería, por la herida abierta en el desprecio aquel de la primera muchacha que él había llegado a mirar, por vez primera, con ojos limpios de una calentura que le brotó a poco de cumplir los doce años, niño que se avanzaba en rabioso besuqueo a las chiquillas mayorcitas, acosadas y sorprendidas por aquel muchacho que envejecía de repente, como si las ganas de mujer le quemaran por dentro los últimos restos de la niñez, dislocados los dedos en la caricia a mansalva, por la noche que se espesa por los siete caminos que recalán, entre pinos, eucaliptos y olivos, en la

gran explanada del caserío mayor de Olivoloco. Y tú, Fernando, cómo no, sabías que Carlos Cal había acudido a la famosa romería nada más que llevado por la querencia de la niña ganadera, morena y delgadita, ojos negros, grandes y brillantes, modales de princesa y con el orgullo como grabado en cada uno de sus preciosos movimientos... Me ha sacado de quicio, Fernando, nunca me dominaron de esta manera, oye, que hasta resulta que me pongo nervioso y no hilo bien las palabras, pura porcelana la muy puñetera, linda bocanada de perfume que parece que se me cuela toda ella por el olfato y me maneja los adentros, fíjate, hasta el punto de que, hace un rato, me llevó al santuario y me arrodillé junto a ella y recé una salve, cosa que ya ni me acuerdo de cuándo recé yo una salve la vez última... Para colmo, unas horas después de que ella le torciera la mañana, Carlos Cal la vio enredando manilas con las de un muchacho largo y delgado como un silbido... ¿Te acuerdas, Fernando de lo que te dije de la morenita esa del ganadero? Pues quiero que sepas una cosa: me equivoqué con ella, y ya no me volveré a encandilar con ninguna otra de aquella manera, la leche que mamó la niña, que soy más tonto... Y se fue a galopar por las anchuras lisas y yermas de la marisma, como si quisiera curarse la amargura en aquello de intentar un choque imposible a todo correr contra el paredón de un cielo que se combaba sobre la raya de la lejanía. Y tú, Fernando, dicha sea la verdad, dabas por buena la rabieta del amo joven, camino de Olivoloco antes de las primeras luces, todavía tres jamones y cuatro cajas de vino en el doble fondo de la carreta, un cante y otro y otro en la garganta de Roque el Picacho y, cada dos por tres, la voz astillada de Manolo el boyero, que razonaba la conveniencia de innumerables paradas con el hay que ver lo blanca que es la arenita esta junto a esa fuente de agua tan fresca y el arroyito claro ese que tanto entusiasmo a los bueyes de nuestra carreta, y qué le parece a usted, don Carlos, si nos sentamos un poquito sobre la hierba y le damos un tiento a las botellitas de fino, con sus tapitas de jamón, pues claro, don Carlos, pues claro que sí, que no hay romería que pueda compararse con la que pueda hacer una carreta sin prisa y por su cuenta, bien aviada de cosas de beber y de comer y de cantar... El sol de aquel mes de mayo pegaba en firme como este que ahora recalienta los altos muros blancos del cementerio, sitio final del Carlos Cal que ahora estáis despidiendo sin saber de verdad si habéis llegado a odiarle sin remedio o si, por el contrario, notáis que, a partir de ahora, desde el mismo instante en que volváis la espalda a su nicho, comenzaréis a pensar que quizá podréis recordarle como algo que no se prestaba al encariñamiento, pero no porque fuera demasiado malo, sino porque aparecía siempre como demasiado grande, como exageradamente seguro de sí

mismo... Alguien se te acerca y te dice casi al oído: ¿Qué tal, Fernando, qué me dices? Se acabó para siempre el dios del campo, y tú eres de los pocos que saben el agradecimiento tan enorme que yo le guardo. De repente, ante aquel rostro, se te ha venido a la memoria un recuerdo de los principios de la guerra. Don Carlos Cal regresó del pueblo y te mandó llamar. Acudiste a la habitación aquella tan revuelta, donde el amo de Olivoloco se encerraba para hacer cuentas importantes o para coger una borrachera solitaria en las noches que él escogía para darle marcha atrás a la vida y revivir las risas o los amargores del pasado: Hoy estoy contento ¿sabes? A las tres de la madrugada le he salvado la vida a Roque el Picacho. Un señorito de la capital, en venganza por la letra de una copla suya, se había empeñado en fusilarle la garganta.

Muy convencida está la gente del labrantío en cuanto a la predilección que la Madre de Dios siente por los campos. Que le expliquen, si no, por qué aparece siempre a pastores y personas de cortas luces, en lugares resacos donde hasta las piedras sueñan con una fuente, sitios donde los hombre de tan solos, necesitan hablarles a los animales. Y así como a Jesús le van la mar de bien las procesiones, lo que le viene superior a la Virgen es una buena romería, lejos, lo más lejos posible de las calles, denso el polverío que soliviantan caballerías y carretas, solemne como un candelabro el pino ese que te sale al encuentro más allá de una curva y el arroyo seco de las piedras con brillo de calentura y las sendas que salen y entran y vuelven a entrar en los caminos que van como engatusados por el horizonte y por unas oraciones que no se rezan, sino que se cantan, y todo el mundo que suda y todo el mundo que se pone al son del vestir sin lindezas de elegancia y al son del comer en cucharada y paso atrás, si es que no se tercia un darle permiso a los dedos para que descansen los tenedores a la hora del pollo o del pescadito frito. Y no importa que a las romerías acudan los noveleros de la capital, los caballistas de ocasión y los que no buscan más que librarse de sus aburrimientos, porque también ha sido inventada la romería para ellos, para que no se olviden por completo del campo, para que lo recuerden y sepan que en el mundo quedan todavía caminos sin alquitrán y con árboles y yerbajos y caballos y bueyes y gente amiga que se quita la gorra en el saludo y que no quiere dejarse arrastrar por la negra memoria de un hambre tan antigua.

Trudy Brot detuvo su coche junto al viejo torreón de la muralla. Ni un peldaño queda de lo que debió ser rápida estrechura de escalerilla en caracol, definitivamente gastada por los guerreros juegos infantiles de un siglo y otro siglo, sólo a salvo de tan lejana y poderosa soberbia el indiscutible dominio del

castillejo sobre una extensa tierra llana y como rendida a los pies de un pueblo de historia siempre enredada en zarpazos y caprichos de grandes poderíos. Únicamente tan anchísima panorámica ayudaba a olvidar los pésimos olores de este escondite que han convertido en letrina de paso para los muchos gañanes que van o vienen entre el pueblo y los caseríos del campo. Enorme y amable es el paisaje, incluido el cementerio mismo que levanta sus bien encalados paredones casi al pie mismo de la barraca defensiva. Y, por entre almena y almena, contempla Trudy la llegada del entierro, el ataúd a hombros de manijeros, trajes nuevos, los mismos de sus bodas, abrochadas tirillas, gestos serios, solemnes, no apenados ni tampoco propios de satisfacción escondida, como si no necesitaran del disimulo, porque llevan por dentro la historia de unos rarísimos respetos y rencores que ni Trudy ni persona alemana alguna podrían comprender, ni siquiera a medias, por tratarse de emociones que se hicieron costumbre aquí, durante cientos y cientos de años vividos en esta tierra, en la que Carlos Cal fue dueño de cosas y de vidas, y amo también de admiraciones y odios. Y Trudy Brot presiente que ella misma, al igual que aquellos hombres retostados por el sol, echará de menos a Carlos Cal, precisamente a partir de ahora, a la vuelta de la esquina de su muerte, cuando cada cual puede recordarlo a su manera, en la plenitud de libertad que se logra a la muerte del personaje temido. Y, en efecto, Trudy Brot se siente invadida ahora por el recuerdo de muchos días más intensos que dichosos, olvidada repentinamente de su amarga memoria de mujer ofendida, para evocar sus más angustiosos momentos vividos junto a Carlos Cal, como si en realidad los hubiera vivido otra persona totalmente ajena a ella, quizá con la intención instintiva de recuperar el saber de prodigiosa rareza que aquellos días tuvieron, hace ya tantos años... El chalé era más bien pequeño, amable, sin jardín, pero con macetas de todos los tamaños y, todas ellas, con muchas y diversas flores. Trudy misma lo había elegido sin salir siquiera del coche de Carlos Cal, después de dar unas cuantas vueltas por aquel barrio distinguido de la capital. Verdaderamente, eligió aquel chalé sin detenerse demasiado en contemplar su fachada, porque Carlos Cal no dejaba de abrazarla y besarla, y porque los dos tenían prisa por encontrar esas cuatro paredes que ella se atrevió a llamar nidito de amor, aunque sólo por una sola vez, ya que a Carlos Cal le dio por soltar carcajadas y más carcajadas a cuenta del nidito de amor, valiente cursilería, nidito de amor, pero a quién se le ocurre, por favor, querida... Y, sin embargo, lo que son las cosas, Trudy estuvo a punto de llamarle cursi a él cuando una de sus mejores noches se le ocurrió decirle que como tu padre es aviador y tú también llegaste por el aire, pues ya verás, me siento yo un poco así

como un caballo que quisiera hacerle un hijo bien hermoso a ti, que vienes a ser una preciosa avioneta... Trudy se recuerda a sí misma regando las macetas del chalecito y pensando precisamente en aquella extraña relación del caballo moreno que se presentaba de improviso, a pleno sol o a cualquier hora de la noche o ya de madrugada, para hacer el amor, a todo correr, como a galope, con su rubia y dorada avioneta. Y, ahora, al cabo de tanto tiempo, descubre Trudy que en aquel amor de Carlos Cal por ella había mucho más de furia que de ternura, y que el amo de Olivoloco no mentía, sino todo lo contrario, cuando se declaraba caballo cubriendo a una avioneta, porque, en realidad, también ella, recién llegada de las nevadas de Alemania a las solaneras del sur, encontró en Carlos Cal el ardoroso poderío de los instintos animales cuando se enfrentaba con la eficacia calculada y fría de las maquinarias. A Trudy Brot, hija de comandante de la aviación alemana, le ilusionaba, de un modo bastante loco y contrario a su estilo propio y familiar, aquella posibilidad de ser fecundada por un Carlos Cal al que ella acostumbraba a imaginar juguetonamente durante sus largas horas de aguardar la sorpresa de su visita, besándola entre seductores relinchos al oído, crespas y suaves a la vez sus bien peinadas crines de caballo semental caídas por la espalda. Y llegó el embarazo y sonaron las frases esas tan tontamente felices que repiten los hombres y las mujeres del mundo todo, cuando van a ser padres y madres, y Carlos Cal le prohibió a Trudy que regara las macetas y colocaba su oreja gran-dota sobre el abultamiento primero del embarazo y con carbones de la chimenea dibujaba avionetas con rabos y caballos con alas y ruedas por las paredes claras de la salita de estar, y hasta inventaba nombres de pila totalmente nuevos para escoger entre ellos el día del bautizo, nombres que sonaban a alemán y a español, y a caballo y también a avioneta, y soñaba despierto, porque ya presenciaba la caída del hijo a sus quince años con ancho y celeste paracaídas en el jardín frontero de Olivoloco, donde ya libre de cintajos y correaes, montaría en un hermoso caballo que sería la envidia de los aviadores todos que cruzaran los cielos del mundo. Y así, hasta que, meses después, llegaron los primeros dolores, nada de reparar en gastos, un médico de los caros, y una matrona para que te tranquilice en el momento del aterrizaje. Y, por otra parte, al doctor, las cosas claras, amigo, si hay que salvar a uno de los dos, ni dudarle, el hijo por delante, sin descuidar los intentos que hagan falta para salvar a la madre, pero cortando lo que haya que cortar para que el hijo salga con vida y bien sano, muy rubio y con el alma muy morena, ya lo veo, aunque quién sabe si no será muy moreno y con unos ojos azules la mar de alemanes... Amanecía cuando terminaron las angustias del parto. Trudy, todavía

adormilada por el cansancio, escuchó la voz del médico —ha sido un niño, don Carlos, ha sido un niño muy rubio— antes de abrir los ojos y ver cómo Carlos Cal, sin mirar hacia ella, se había ido como loco hacia el niño, desnudo y a medio limpiar todavía. Le palpaba los cojoncillos: éste viene bien macho... y, en esto, que la matrona termina de lavar del todo al recién nacido y, quizá en busca de una buena propina, se lo pone delante de los ojos a Carlos Cal. Trudy fue la primera en descubrir la mancha morada que cubría del todo la mano derecha del niño y quiso taparla con una caricia, horrorizada al pensar que Carlos Cal estrellaría a la criatura contra el suelo. Pero no. La mirada de Carlos Cal había sido tan rápida como la suya. Volvió la espalda al recién nacido y le dio a ella una bofetada rabiosa, menuda ramera, tiorra puta alemana, por cuánto dinero te compró Julio Junco, y eso que sentías lástima, nada más que lástima por él... Todavía le dura a Trudy la sorpresa, si parece imposible, estaban solos en la playa, que no, Julio, que no, te lo suplico, pero él la abrazaba con más fuerza, daño le hacían ya sus dedos clavados en la espalda, que no, que no, porque todo acabó entre ellos unos meses antes, pocos días después de acudir por vez primera al caserón de Olivoloco, embrujada para mucho tiempo en la madrugada de un Carlos Cal que la acariciaba toda, de cuerpo entero y en todas las posturas, de sala en sala antigua, rueda que te rueda los dos por las blandas alfombras, botellas de champán en cubos de hielo detrás de los ancianos cortinajes, besos largos, casi dolorosos, besos animales con más dientes que labios al visitar el calorcillo agrio de la cuadra, empernacada desnuda del todo sobre el caballo rey de la caballeriza, de bellísimos arcos de ladrillos granates, cuadra iluminada hasta la exageración, con incitantes luces rojas por debajo de los pesebres de cedro y caoba, y allí, el primer amor cumplido casi entre las patas mismas de las bestias, sobre un suelo de piedras pulidas de muy distintos colores, y vuelta de nuevo a repasar las salas y los pasillos y las botellas de champán que aguardaban detrás de los pesados festones de terciopelo, hasta llegar al que fue algún día dormitorio de Carlos Cal y de su esposa, presentes los dos sobre la consola, fotografía del día de la boda, qué cara de pillo tienes tú y qué pena me da de ella, pobrecilla, ha debido sufrir mucho contigo, pero Carlos Cal puso boca abajo la fotografía de novios y la convenció para que se probara los anticuados vestidos que todavía llenaban el gigantesco ropero y la fue abrazando una y otra vez como si sus cuarenta años abrazaran en ella los años primeros de su juventud, hasta que el suelo se vio cubierto de sedas y rasos de tonos azulinas, rosas, negros, amarillos, y de chafados sombreritos de principio de siglo, hasta con largas plumas de aves del paraíso, y, de abrazo en abrazo, lo fueron pisoteando

todo hasta que, entre tambaleos, quedaron tendidos en la cama enorme, como quemados y fundidos por una lujuria difícilmente conseguida al filo mismo del agotamiento... Que no, Julio, que no, que ya te dije que lo nuestro no podía seguir, y la soltó por fin, de acuerdo, qué le vamos a hacer, y perdona, aunque sé muy bien que te arrepentirás, Trudy, te lo anuncio desde ahora, y se puso a llorar como un chiquillo y ella le pasó una mano por la cabeza y le besó la frente, compadecida de pronto por el niño mimado por la vida, buena presencia, fama de elegante, millones a la espalda, todo el tiempo libre para los caprichosos rumbos de su lancha motora, y de la frente bajó el beso a la mejilla mojada con lágrimas de niño bonito que acaba de perder su juguete de carne favorita, y, al final, labios contra labios y, en lugar del abrazo crispado que atenaza, la caricia lenta y despaciosa del chiquillo que corresponde a un mimo, y la playa entera para los dos y para el sol que caía como una deslumbrante locura, y eso, la mano esa que el niño tiene completamente cubierta por un mancha morada, la misma que Julio Junco tiene en su mano derecha, al igual que su padre y que su abuelo y su bisabuelo... Ni veinticuatro horas de vida tenía el hijo de Trudy cuando paró ante el chalecito una camioneta cargada de ladridos. Un criado de Carlos Cal abrió la verja a la jauría de mastines, galgos y podencos que parecían husmear por entre las macetas rotas el rastro de alguna alimaña, y no pararon de ladrar hasta que Trudy salió con su pequeño en los brazos, ante la intrigada sorpresa de los vecinos, que no lograban explicarse la escena, porque no conocían el estilo del hombre que había enviado aquellos treinta perros de caza y montería, perros sin fallo posible contra la liebre y el jabalí, perros que levantan zorzales y perdices y acogotan zorros y atosigan y ponen a tiro las finas siluetas de los gamos y las gacelas. Pero entre todos ellos, Trudy sintió un miedo especial cuando se vio rozada por el gran hocico del mastín color canela, porque Carlos Cal le había dicho una vez que era el más fiel de los animales de Olivoloco, hasta el punto de que gruñía siempre en presencia de quienes habían traicionado a su amo de algún modo o manera.

Recién llegada, los hombres de campo miraban a Trudy como a cosa lejana, algo así como demasiado nueva y no del todo verdadera, o, mejor dicho, no del todo mujer, niña grandona, dieciocho años, calcetines tobilleros, zapatos de tacón anchote y bajo, redondas y robustas las pantorrillas, trenzas doradas y un mirar azulado que la colocaba aparte y muy a distancia de la fiebre del macho, deliciosa blancura casi líquida que, en el momento preciso, seguro que acabaría apagando las caricias, el beso y las llamas todas del deseo, hasta el punto de que,

a muchos gañanes, los líos que Carlos Cal se traía con ella les sonaban un poco a perversión de vicioso cansado de gozar mujeres del todo hechas, hembras con carne de mujer, no con una carne así de infantil y rosada, carne no dolorida ni manchada todavía, carne como la carne de las muñecas, carne de muslos que aún se amoratan de frío mientras corren y juegan, carne de chiquilla fuerte recién llegada en avión desde una tierra extranjera y lejanísima donde se alimentan lo bastante bien como para poder hacer gimnasia. Y, de día en día, notaban los camperos cómo Trudy Brot se hacía más y más mujer, y hasta menos rubia, conforme se aficionaba a comer aceitunas gordales aliñadas.

Tres mosquetones para los tres atrevimientos de la torre. Agustín, el camarerillo, imaginación disparada por el roce diario con la fantasía que remonta el vino. Pepito, repartidor de pan, dale que te pego al mulo negro, grandes angarillas reforzadas con tiras de cuero amarillo, despabilado pellizcador de la clientela femenina más joven y palmaditas pausadas en las ancas de las jacas maduras. El otro, José Luis, hijo mayor de don Esteban, el jefe de la estación, chaval muy viajado y leído, labia de sobra a los diecisiete para apiñar ferroviarios a su alrededor, cuando se pone a bordar ideas revolucionarias en el aire ahumado de las entrevías. Bien a la vista tienen desde el campanario los trazos oscuros de la estación y sus raíles y bien a mano la banderola negra con la que, si llega el momento, avisar a los ferroviarios mediante largos banderazos la temida llegada de los moracos hasta la plaza principal, la plaza que contemplan ellos desde arriba como una moneda de cobre antiguo. Por la madrugada suele oírse el sonido a muerte de los tres mosquetones que se montan en rigurosos cerrojazos, nada más oírse un ruido que salpique los hondones del silencio. Eran tres de los mosquetones aquellos que los guardias civiles entregaron a cambio de víveres, mosquetones totalmente nuevos, de mecanismos embadurnados de grasa amarillenta y espesa, que aprendieron a manejar los tres chavales durante toda una noche en vela, sala de sesiones del Ayuntamiento, a tiro limpio contra los bigotudos gestos de los retratados alcaldes antiguos, en inacabable fusilamiento del pasado, aún retenida en la fantasía del odio la imaginada visión de unos chorritos primeros de la sangre, los mínimos chorritos de la muerte cercana y posible por la herida de bala, herida pequeña y limpia que habrían de inaugurar sin remedio los horribles chapuzones en las innumerables sangres de la guerra... Y qué emocionante el primer día de subir hasta la calentura veraniega de las campanas: Que son como mujeres, que te lo digo yo, y, si no, ve y abraza a la pequeña, aquella, la de la cintura de avispa quinceañera, abrázala y verás cómo

se pone picara y vibra y hasta suena provocativa si la besas... Y, allá abajo, los gritos, los aburrimientos, la admirativa mirada de las muchachas que habían oído hablar al alcalde del más arriesgado de todos los puestos defensivos, puestos en los que, si el enemigo invade el pueblo, toda la ventaja que la torre concede por su altura se volverá a la contra, si es que al final no queda tiempo para lanzarse escalera de caracol abajo, para unirse a los desbarajuste de la huida. Y, como Curro Blanco lo entiende así, no pasa día en que deje de subir como tal alcalde, siempre cargado de botellas y chacinas, molesto y quejoso por no poder quedarse en el campanario, echada la vida tan de una vez y tan en lo alto, tostándose de sol hasta el mareo, lento y detallista el giro del catalejo marinerio sobre el trípode, sin reparar en las pestañas que se parten durante el continuo rastreo del paisaje, para cazar mínimas señales, movimientos rápidos y bien escondidos, cortos principios de nocturna llamita que desaparece una vez encendido el cigarrillo o la cachimba moruna o la descarga que acarrea el vientecillo hasta el campanario, castigo de muerte, quizá, en el campamento enemigo, ejecución acaso de algún moro que se avanza al sargento con el rostro morado por el fustazo, juicio sumario ante un tribunal sentado en las raíces de algún olivo viejo, y pelotón que dispara contra el condenado al que atan, para ejemplo de la tropa, formada a la luz de la luna, en el lindo merendero de alguna de las fincas que quién sabe si volverán a ver esos hombres ricos que el cabo Tóbalo maneja, protege y mortifica en los calabozos municipales, durante raras tertulias que se alargan más allá del amanecer, hasta la luz abierta del día nuevo, del día que deja atrás las horas negras de las temidas liquidaciones junto a la verja trasera del cementerio, horas largas que los presos llenan de palabras y palabras, y hasta con sonrisas si hace falta, con tal de que el temido silencio no se adueñe de la bóveda húmeda y goterona del sótano, sin ventanuco alguno al exterior, carne de noche sin fin, tristeza fundidora de bombillas, con su poquito de catacumba, cuando don Antonio el párroco se arruga con su rosario en el rincón más oscuro y ratonero de la mazmorra, acaso para desagaviar al cielo de las verdulerías que Julio Junco y Carlos Cal intercambian con don Benito el médico, entre risotadas que asombran a sus mismos carceleros, puesto que, quieran o no quieran recordarlo, la muerte revolotea por aquellas oscuridades. Sobre todo, si se tiene en cuenta que son muchos los pajarracos que vienen de otros pueblos, ya cubiertos allí los cupos de la carnicería, desbocados los deseos de venganza tantas veces urdidos, cebados los rencores con los detalles más mortificantes y mínimos, elegidas, incluso, las palabras a pronunciar en el momento justo de tranquilizar la resentida locura del dedo que habrá de apretar el gatillo. Y por

eso, saben los presos que el mejor escondite para conservar la vida no es otro sino este de los calabozos municipales, hasta el punto de que don Benito, el médico, por nada del mundo aceptaría la puesta en libertad, porque fueron demasiados los años de presumir de hijos naturales por los cuatro costados del pueblo, exageradamente alargado el cachondeo durante treinta años de casino, al son de cada nuevo parto, que si tiene o no tiene el niño un lunar así de negro y peludo en la mitad misma del pecho, tal cual lo tiene el calentón del médico, que hablaba, incluso, de sus nietos callejeros, hijos de aquellos hijos suyos encargados en justificadas visitas a deshoras, por lo general, durante el verano, ausentes los maridos en los afanes de las cosechas cereales, fantasiosa descendencia, en fin, por los extramuros de un matrimonio que sufrió lo suyo a cuenta de la reseca y solitaria monotonía de una impotencia denominada simple esterilidad por la pobre Luisa, su mujer, tan candorosa hasta el último minuto: Que nadie se entere de que eres tú el estéril, Benito, porque de sobra sabes cómo se las gastan por estos pueblos, y más si se trata de un médico, porque, entonces, se aprovechan, que no veas, para echarle encima los mastines del desprestigio, como decía el bendito de mi padre, que en gloria esté. Y lo bueno de todo era aquella ingenuidad suya, que no faltaba ni mucho ni poco a la verdad, sino que, por el contrario, por purísima generosidad aliviaba el amargor absoluto de la impotencia con aquel referirse siempre a la esterilidad, desde aquella muy lejana noche, dos semanas justas después de su boda, al final de una gran borrachera dibujada en solitario al trasluz neblinoso de las dos botellas de aguardiente antiguo, que ya voy, Luisa, no te apures, mujer, échate un buen sueñecito, que ya te despertaré yo y ya verás tú lo que es bueno... Pero todo se quedó como anclado en la promesa de aquel ya verás que nunca llegó a cumplirse, de aquel ya verás tan dicho en promesa de placeres que nunca más se cumplirían, de aquel ya verás que volvería a escuchar por dentro de su memoria en carne viva, cada vez que le llegaba el más mínimo olor a aguardiente, porque era más que aroma agudo como un dolor afilado y quemante que le viajaba desde la nariz hasta la región resignada y triste de sus entrepiernas. Y nunca más probó el aguardiente ni licor que se le pareciera, aunque sí que se emborrachó con frecuencia, vinos blancos y tintos, hasta dejarse arrastrar por los torbellinos de la lujuria, en estampida de besuqueos y caricias que nunca pudieron desembocar en los profundos y serenos agotamientos del deseo satisfecho. Por todo eso, don Benito a la semana siguiente de haber llorado tanto por la muerte de su esposa, llegó a dormir noches enteras seguidas, libre ya de la cercanía de un cuerpo tan sólo disfrutado durante quince días, cuerpo de mujer muy religiosa, seguro,

segurísimo que a salvo de tentaciones vulgares, pero sin dejar de reconocer que sólo Dios sabe hasta dónde y a partir de dónde puede comenzar una traición. Y, de día en día, fueron a más las floreadas aventuras de boquilla que don Benito relataba durante las tertulias nocturnas del casino, incitando la imaginación de quienes le escuchaban durante el invierno junto a la ampulosa chimenea de mármol rosado, troncos en llamas perezosas y lentas de castillo habitado hace más de mil años, y que si él llegó a ver al niño con fiebre alta, y que si a la madre, en camisón de telilla barata y transparente, y que si el marido estaba fuera, ay, qué apuro, doctor, y que si el olor que ella tenía a belleza relajada, perfume de sueño muy hondo, allí, en la misma cocina, al hervir la jeringuilla... Y, así, el nombre de don Benito, tantas veces desprendido en el cobrar poco o no cobrar nada, por tanta y tan cochina habladuría, llegó a convertirse en silueta predilecta de quienes ponían nombres y apellidos en las primeras listas de la revancha, y gracias a Curro Blanco, el alcalde, sigue vivo, y ve la luz del sol de cada nuevo día cuando sube a la sala de sesiones a pasar consulta, ahora obligadamente gratuita, limpia ya de fantasía su relación con el mujerío y algún susto que otro cuando algún escopetero le apunta un poco así como de broma, a la vista de los fusilados retratos de lejanísimos alcaldes, a ver la garganta, póngase el termómetro... Y su catalejo marinero, en manos de los muchachos de la torre ¡con lo que alcanza! lógico es que hayan cazado rostros mahometanos, hay que ver, lo que son las cosas, pues don Benito lo compró bajo pretextos astronómicos: Mira, Luisa, yo desde niño me siento atraído por el planeta Venus y por el Carro de Santiago y por todo ese universo tan inconmensurable en el que somos mucho menos que granitos de arena... Pero no. Don Benito lo había comprado para vigilarla a ella, para adivinar, desde lejos, en cualquier gesto mínimo de cuerpo insatisfecho, la posibilidad de una traición. En especial, cuando Luisa salía sola de paseo por las afueras, o, cuando a la hora de la siesta, se iba a la plaza a tomar el sol, para ponerse morenos los brazos y las piernas.

La guerra acababa con la monotonía, destripaba el muñeco de la normalidad y esparcía sus entrañas de aburrimiento por los suelos salpicados de sangre. Todo era como hacer girar una ruleta en la que podría tocarte la muerte. Pero, como no hay muchacho joven que considere probable, ni posible siquiera, la muerte propia, la guerra se ensañaba como un par de garras poderosas que abrían hueco en el horizonte y lo descorrían a un lado y otro para que los muchachos pudieran soñar con tierras del todo nuevas y con aciertos y admiraciones que se logran en días, incluso, en minutos, sin la lenta constancia que la vida corriente exige para que los mayores te den por fin una palmada en el hombro y te digan eso de muy

bien, muchacho, ya sabíamos que tú eras de los buenos. Y con la guerra, no. Con la guerra, ellos, los mayores, quieren llevarte a los rincones donde se amontonan con espanto, no sólo para protegerte, no, puesto que, por otra parte, también quisieran que tú te acobardaras como ellos, aunque, después de todo, desean que tú llegues a ser el hijo o el nieto que les compense de tanta vida quemada en pijoterías, de tantos sueños perdidos a cambio de unos cuantos puñados de calderilla. Suenan las canciones, abandonas las comodidades viejas y arrugadas de tu casa, pasas bajo los balcones de las muchachas con un fusil cargado, alzada la cabeza en un gesto de soberbia que a ti mismo te sorprende y te impresiona, subes a la torre y contemplas los campos que rodean al pueblo y parece que te llaman, o mejor, que te prometen vida de verdad, vida apretada y espesa de emociones, en la que no serán necesarios los pasos prudentes de la paciencia.

Tú, Fernando, le veías de perfil, cercano a don Antonio el cura, la mirada por el suelo, quién sabe si haciendo esfuerzos por sentir una pena que quizá no le llegaría jamás. Y te pusiste a buscar en su cara los rasgos de su padre y de su madre, desentendido de las últimas oraciones y de la lenta labor de los enterradores que tapiaban el nicho con el pequeño tabique de ladrillos. Algo había en la mirada de Paco Cal que te recordaba la furia que el amo tenía cuando achicaba los ojos, un poco antes de hacer sonar su voz como quien suelta un latigazo, pocas veces en tono de riña, porque, según acostumbraba a decir él mismo, lo del reñir tiene en el fondo la blandura del consejo, la debilidad de quien corrige con la esperanza de que el de abajo se avenga a razones y cumpla como es debido. Su vozarrón era eso, latigazo o puñetazo de ofensa, superioridad que nadie podía poner en duda, abierto desafío del que manda contra el que obedece, y a ver si se atreve a levantar la cabeza... Pero no. Los ojos del heredero son los ojos de un hombre de la ciudad, de hombre educado, ojos hechos ya a la igualdad más o menos justa de los hombres que conviven en fábricas y oficinas, ojos sólo semejantes en el tamaño, en el color y en el dibujo de los párpados, pero bien se ve que contenidos y frenados en el momento en que la soberbia estalla en las espaldas del mirar, como le ocurría al padre, cuyas cejas pobladas y pinchosas eran cejas tan como hechas a la medida de aquellos ojos del poderío, no como esas otras cejas del hijo, cejas finas y tirando a rubias, de pelillo suave, igualito que las de su difunta madre, doña Mercedes, pobrecilla, toda ella muy linda, pero igual que es bonita una jarra de porcelana de palacio o lo mismo que es bonita una mantilla de encaje o por el estilo de ser bonita que tienen las cosas que están esperando a que alguien llegue a lo bestia y las rompa

de una vez por todas, sin que puedan volver a ser cosas preciosas que se acarician y se gozan. Y, a propósito de esto, nunca podrás olvidar la dura comparación que se te vino a la cabeza, nada más ver a doña Mercedes unos días después de haber llegado ella a Olivoloco en luna de miel, pues Carlos Cal había renunciado a la costumbre del viaje de novios, y ella se había mantenido apartada en sus habitaciones, temerosa sin duda de que alguien observara las profundas y moradas ojeras de sus grandes ojos, de pronto un poco así como empequeñecidos, aquel andar tan cansino, deshilacha-dos los cabellos y todo su cuerpo como de niña intimidada por amenazas de castigos. Y no, tú nunca podrás olvidar aquella comparación tuya, Fernando, tan de hombre de campo, tan acercadora de lo animal y lo humano, tan propia de quien, muy en lo hondo está convencido de que las bestias y las tierras, las lluvias y el sol, las plantas y los hombres forman parte de un amasijo de misterios que alguien muy poderoso maneja desde más arriba del azul del cielo o a muchos metros por debajo de las raíces de los árboles y de los endurecidos suelos de los caminos. Porque doña Mercedes, doblado el gesto y desangelada la figura, te recordó sin remedio la estampa de yegüillas nuevas durante la semana siguiente de aguantar el peso vibrante y bronco de los sementales, gachas las cabezas finas, pesados y doloridos los andares, desganas ante los piensos y lo mismo que si padecieran por adelantado los desgarros atroces del parir los potrillos. Y, por su parte, Carlos Cal también se prestaba a que tú, puesto ya a relacionar vidas de personas y caballerías, lo consideraras por aquellos días un poco así como caballo insaciable de la remonta que goza y desecha yeguas y más yeguas, en todo momento pendiente de las nuevas grupas jóvenes que le sueltan en los corrales intensivos y calientes de la cubrición. Algo que para ti no era exagerado, si te paras a pensar en lo que él te dijo, a la vuelta de su primera jarana después de casado, con la voz ronca y solemne que tenía al confesar las cosas que se le quedaban más clavadas en la hondura: Esta noche me he acostado con una putilla del pueblo, muy delgadita ella ¿sabes? y, no sé cómo decirte, muy crujiente y con el mismo olor que tienen esas casas que, aunque están muy limpias, siguen oliendo a días enteros de pasar hambre, y tú, Fernando, claro está que lo entendías, mezcla de olor a corral con pocas gallinas y a montón de estiércol que cae cerca y a carbón muchas veces apagado con agua y vuelto a encender al rato y a pan que nunca sobra y a ropa que se está secando al sol, al mismo sol que la empapó de unos sudores que dejan huella más allá del jabón y del restriego... Echada estaba, tan de pronto y para siempre, la suerte oscura de doña Mercedes, casi un fantasma detrás de los cristales de todas las ventanas y

balcones, con una barriguita quizá demasiado rápida que incitaba a la imaginación de las gañanías con las historietas más llamativas sobre el cómo y el cuándo embarró el amo, por vez primera, la blancura virgen de doña Mercedes, acaso unos días antes, un mes acaso, de todo el jaleo de azahares sobre el vestido inmaculado, sabe Dios en qué rincón, detrás de qué cortina de vieja casona aristocrática o en qué pajar de finca abandonada o en mitad de qué cacería mayor, a la guarda de un jabalí o un ciervo, muy juntitos los dos entre las piedras del puesto, qué difícil el silencio, oigan oigan, no se muevan, que espantan ustedes las piezas, con el trabajo que cuesta rastrear el monte espeso, la jauría por delante de unos perreros que, con toda la razón, caminan medio muertos de miedo hacia las privilegiadas escopetas que no se andan con chiquitas y disparan al primer bulto... Oigan, oigan, los de ese punto, por favor, no se muevan... ¿Lo ven? Ya nos han espantado ustedes dos ciervos y un jabalí, con el trabajo que cuesta acorralar a los bichos...

Así como allá por donde entierran a sus muertos en el suelo, dicen que los sepultureros echan a paladas los buenos recuerdos o las más sañudas memorias, aquí en esta tierra de encalados nichos alzados en solanera, los enterradores suelen acompañar el adiós a cada muerto cumpliendo la albañilería del tabique curvo con más o menos ruido, prisa o parsimonia, según fuera el difunto, bueno o malo, sencillo o soberbio, pobre de solemnidad o rico de los de mucho lujo y sobras. Y tanto es de tal modo, que algunos piensan, equivocadamente, que los empleados del cementerio ponen más y más lentos cuidados en la tabicación del nicho del poderoso, porque de esa manera será mayor la propina que les alcance, en tanto que aligeran el trabajo de tapiar los nichos de los pobres diablos, porque, a las familias de tales difuntos sólo les quedaron pesares, sin que la ilusión de una herencia les mueva la voluntad hacia el gesto generoso. Nada más lejos, en efecto, para la filosofía que los enterradores repasan muy en especial cuando se presentan sepelios así de sonados como el de Carlos Cal, pues desde un buen número de horas antes, una vez señalado el hueco para el amo de Olivoloco, lo encalaron entre exageradísimos cálculos sobre la millonada que valen sus tierras y picantes recuentos de queridas y amiguitas, con un aparte detenido y puntilloso para Trudy, la hija del comandante alemán de aviación, la de las carnes igual que el terciopelo rosado de los melocotones, carnes que muy difícilmente podían ser imaginadas en cadáver, como ocurre con las carnes morenas, que apenas si cambian desde que están vivas hasta que se quedan quietas en la definitiva postura de los cuerpos presentes... Y, ya en el momento del entierro, parten los ladrillos con mucho alboroto y rebañan los restos del

cemento, entre chirridos metálicos, como si quisieran hacerle ver al muerto que ya se le acabó su paraíso de la vida, igualado por fin con los demás que murieron, pobres y ricos, santos y juerguistas, beatos y mujeriegos, uno más, con su número, en las ordenadas filas de los paredones, sin poderte llevar ni una sola de tus muchas millonadas, fría para siempre tu larga y bien harta calentura de caballo garañón, todo dicho y repetido entre labios, mientras redondean los ladrillos del arco en golpes secos y se mueve la mezcla entre opacos ruidos de palaustres que restriegan por las paredes latonerías del cubo de la mezcla, en una especie de riña y castigo de sonidos desagradables, que vienen a ser como voces o gritos o silbidos contra la vida que vivió el muerto, este muerto al que no tiene más remedio que pasarle algo muy desagradable allá en el otro barrio, un buen disgusto que no podrían precisar los dos sepultureros, aunque sí que adivinan, como casi seguro, que tendrá mucho que ver con un quedarse como criado caballista de algún santo o quién sabe si no terminará convertido en caballito peludo y enano del otro mundo.

Le pesan extrañamente los ornamentos sagrados, cuánta tiesura en la capa pluvial, luto brillante que se convierte en lujo de elegancia con la ayuda de los anchos y dorados ribetes. En todo lo alto, el sol de junio, siente don Antonio que el pelo le chorrea de sudor por los adentros del bonete, y qué lento el albañil del cementerio, rezadas ya las preces que predicán otra vida en este adiós al muerto, cada nuevo ladrillo llevado al pequeño tabique con los bordes recubiertos de cemento en cuidadosa lentitud, y ni siquiera el sacristán se contiene en sus deseos de hablar, giran los monaguillos mientras se alzan las sotanillas coloradas, y un espeso rumor que se abulta más y más, hasta el punto de que parece amenazar con charlas en voz alta si el albañil no remata pronto la pequeña pared que habrá de tapar el ataúd y la memoria de este muerto de hoy, aunque muy difícil será que todos puedan olvidarse de las cosas de Carlos Cal, por muy en cadáver que se haya quedado. Y, ante tales dificultades para el olvido, seguro que nadie sabrá tanto como don Antonio el cura, puesto que sus relaciones con Carlos Cal se dieron en circunstancias muy distintas, aunque nunca cómodas para el alma mística de aquel curita que rezaba y rezaba en los más tenebrosos rincones de los sótanos municipales, mientras el amo de Olivoloco intercambiaba recuerdos libidinosos con la disipada mentalidad del aristócrata Julio Junco y con el malhablado del médico, don Benito, cuando ninguno de ellos pensaba en la muerte y, mucho menos, en los riesgos eternos de la otra vida. Y qué bien recuerda don Antonio la noche aquella en que se llevaron para siempre a don Fidel, todo comido de piojos. Le sacaron del

calabozo más hondo y, al pasar por delante de la reja donde estaban ellos, levantó la voz, una voz muy entera, nada de sollozos, voz como de loco, voz que hablaba de Dios y de las miserias de este mundo, como si leyera un discurso frío y muy preparado de antemano, con ruego final de bendiciones que don Antonio le fue echando sin descanso hasta que desapareció por los peldaños más altos de la escalera, siempre rascándose entre contorsiones de cintura, insuficiente la velocidad de las manos para acudir a todos los puntos de su cuerpo martirizados por la guerrilla de los piojos. Y Carlos Cal repetía que no, que no pueden matarle, don Antonio, que no, porque don Fidel, por muy usurero que haya sido, que no, hombre, que la vida de un hombre es la vida de un hombre, y es seguro que se lo llevarán a darle un mal rato, a base de interrogatorios, o, todo lo más, a darle un susto o una paliza... ¡Carlos Cal! Su muerte ha llegado muy lejos ya de todos aquellos días tan amargos, tan duros y tan peligrosos... Vaya, por fin, ya ha sido colocado el último ladrillo del nicho. Sonríen de alegría los monaguillos, disminuye el runrún de los asistentes al entierro, alivia don Antonio su cabeza al quitarse el bonete con una habilidad tan natural como litúrgica. Adiós, Carlos Cal, duro y complicado, personaje que estuvo presente en la vida de don Antonio, el párroco, por muchas y constantes razones, siempre jugueteando con las dos barajas del cielo y de la tierra, pero nunca dispuesto a facilitar soluciones intermedias con la hipócrita mansedumbre de lo acostumbrado. Ni una sola mentira al confesarse, ni tanto así de rodeos al declararse partidario absoluto de la lujuria. Generoso en pesetas para arreglar el retablo del altar mayor y cicatero al pagarle los gastos del entierro de alguien de Olivoloco. Comprensivo al dejarle que fuera un día y otro también a consolar los pesares de su mujer, doña Mercedes, devota de reclinatorio acolchado en terciopelo lila. Temible Carlos Cal, bestia campera, que no desperdiciaba la ocasión de hacerle las preguntas más atrevidas, cuando se quedaban solos en los silencios del campo o rendidos ya en los cansados finales de una cacería: Pero vamos a ver, don Antonio, cuando ve a una chávala de veinte años que está como hecha por los mismísimos ángeles ¿no siente un hormigueo por la sangre? ¿Que no? Vamos, vamos, don Antonio, por favor... ¿que eso se evita con la oración? ¿que eso se puede borrar con sacrificios y ayunos? Pues si es así, me parece a mí que a usted lo que le pasa es que no le gustan demasiado las mujeres. No digo que usted sea más o menos marica, vamos, pero eso, que no tiene usted las carnes muy calientes... Y cuando se liaba con alguna otra nueva muchacha de sus campos se presentaba en la sacristía de la parroquia, después de la misa de doce, no para desmentirle los rumores que iban de boca en boca, sino para reconocerlos como reflejos de la

verdad: Si se fija usted bien, don Antonio, se podrá dar cuenta de que yo no complico la vida matrimonial de nadie. Es más, don Antonio, más de una vez, por no enredarme con las mujeres casadas que clavan sus ojos en los míos, salgo a caballo muchos días, a la busca de chavalitas nuevas, a ser posible, sin novios todavía, y no me duele la conciencia, ¿qué quiere que le diga?, no me sale arrepentimiento alguno, porque yo las saboreo como frutas silvestres del campo... ¡Carlos Cal! El hombre que le daría a don Antonio la más profunda lección de su vida, aquel amanecer de julio: Venga, levántese, puñeta, cura del demonio, y vaya al Ayuntamiento, porque el capitán de los moros quiere fusilar a veinte muchachos por cada moro muerto en la toma del pueblo... ¿Cómo que no, señor cura? ¿quién le ha dicho eso? Venga, venga, deprisa, en nombre del Dios que usted predica, a la cárcel, a todo correr antes de que acaben con ese montón de vidas...

Ocurre que, precisamente ahora, en la mojada oscuridad de un calabozo, comienzas a ver ciertas cosas con alguna claridad, acaso porque el miedo se te mete como una palanqueta por las junturas de tantos disimulos y te desbarata la serena fachada de la hipocresía. Ocurre que, por vez primera en tu vida de superioridades y petulancias, no sólo te han humillado, sino que tú mismo te humillas, y, al humillarte, lejos de sentirte mortificado, catas y valoras una especie de liberación, más humanizado tú, mucho menos poseído de tus latinajos y sentencias, y, sobre todo, más dispuesto que nunca a entender a los demás, a esos otros que te hacen burlas desde la parte de allá de los barrotes, porque ellos fueron de esos niños desarrapados y llenos de churretes que tú sueles echar de tu templo, porque te ensucian de barro las losetas o porque se dejan los mocos en la gutapercha de los reclinatorios privados. Ocurre que, ante tantísimo terror a la muerte, a tu muerte, se te amontonan en la frente los consabidos consejos tantas veces dados por ti a tus feligreses en los desquiciados espantos de las agonías, por Dios, hermano, que no se trata de morir del todo, sino pasar a otra vida, mejor y eterna, donde nos esperan nuestros santos difuntos, pero qué va, nada de aquello te sirve, ninguna palabra de aquellas te tranquiliza, y te vas y te arrugas en un rincón y es entonces, mientras se ríen de ti los de más allá de la reja, cuando notas el paso de la mano de Cristo sobre tu espalda vibrante de pavor y regresa el silencio a la mazmorra y te quedas adormilado y olvidado de la muerte, igual que un niño en brazos de su madre, al cabo de mucho correr perseguido por los perros del huerto en el que habías robado las maduras manzanas del egoísmo.

Los tres muchachos de la torre le han pedido al alcalde que mande colocar un cerrojo de los duros en la puerta de abajo, puerta pequeña y rolliza, cuyos goznes, a pesar del mucho sebo que cada año les echa Bernardo el sacristán, rugen y graznan cada vez que giran entre las frías tinieblas de la iglesia y esas otras oscuridades que suben impacientes y como enroscadas por la escalera de caracol hacia las soleadas alturas del campanario. Duro cerrojo quieren para cerrar por dentro esa puerta que cruzan tantas chávalas con el pretexto de llevar vinos y comidas, aunque casi todas ellas acaben recalentadas por el mal de las alturas, mucho más que perdido el miedo a la barriga, hasta levantando la voz cuando recitan sus deseos de tener un hijo de algún padre así de valiente como estos tres chavalones que, al pedir cerrojo fuerte para la puerta de la torre, han imaginado ya la conquista del pueblo por la tropa mora, calles y plazas dominadas por sus largos fusiles, y ellos viéndolo todo desde arriba, enemigos cercados en tan espigada defensiva, temerariamente solos en los niveles desde donde se contempla el pueblo a vista de aguilillas y cigüeñas, racionados de pronto el pan, los restos de chacina, el agua de la oronda tinaja que el alcalde ordenó elevar hasta donde ellos, bien amarrada por cuerdas, sube que te sube rozando por la parte exterior y recta, ojo, mucho cuidado, porque al menor descuido, al más mínimo penduleo, va y se destroza en estallido de agua... Pero ellos prefieran no ponerse a adivinar el final de semejante aislamiento, porque más que a la muerte misma, le habrían de temer al escozor de presenciar la desbandada de los suyos, muchos de ellos rodando por las empinadas cuestas, hasta encauzar la atropellada huida por los caminos lisos de la vega. Y tener que soltar un disparo solitario y seco y agitar la bandera negra hacia el trazo oscuro de la estación, en amarga señal de alerta que don Esteban, el jefe ferroviario, solicitaba para poner en marcha la locomotora de la fuga con tres vagones llenos de mujeres y chiquillos, a tiempo de alejarse por las vías aún libres, el mismo jefe de la estación en el manejo de los mandos, que habría que volver repentinamente la cabeza hacia la trampa mortal de la torre donde estarían disparando en esa misma hora los tres atrevimientos de la torre, uno de ellos su hijo, diecisiete años, el mismo que hace unos días, de madrugada, recién alcanzada la fiebre de la cuarta copa de coñac, se encontró con la entrega desmadejada y tibia de Marcelina, y, justamente al tiempo de tocar fondo en el angosto remolino del placer, sonó el balazo sobre la panza de la campana mayor, en una vibración que jamás podría borrarse de su memoria, metálico sonido que se le grabó para siempre, seguro que incluso hasta más allá de la muerte, porque

se le quedó registrado en las profundas y delicadas entretelas del placer, en la parte del alma que está más cerca de la carne que padece o que disfruta. Y también fue aquél un ruido delgado y largo que aumentó los insomnios de un pueblo dormido a medias, sólo un ojo cerrado, como las liebres, abiertas al máximo las puertas por donde se adentran los sustos. Pero sobre todo, el balazo aquel de la campana se coló por los cuatro balcones del salón del casino, de par en par abiertos sobre el intranquilo sopor del pueblo, más agazapado que dormido, desde el que llegaron inmediatamente los rumores de un despertar con sobresalto, preguntas de ventana a ventana, carrerillas veloces por escaleras y callejuelas... Eso no ha sido golpe de badajo por descuido... Curro Blanco dejó caer las palabras sin cambiar de postura, apoyado pensativamente el brazo en la repisa de la grandiosa chimenea de mármol azulina, ante la cual, al segundo día de ponerse a oler a pólvora las cosas y las personas, se le ocurrió decir al cabo Tóbalo, muy fija la mirada en los bien cortados leños que permanecían apilados desde el invierno anterior: Es una pena que todo este jaleo se haya organizado en pleno verano, con lo bonito que hubiera sido pensar bien las cosas, puestos alrededor de la chimenea bien encendida y con muchas llamas... Curro Blanco le mandó callar con un gesto y contempló los pequeños troncos de leña, para caer también en la cuenta de que aquella lucha les debería haber llegado en pleno invierno. Y no para sentarse él como un labrador rico del pueblo en las cercanías de las distinguidas y lujosas llamas de una chimenea francesa, sino porque estaba convencido de que toda aquella estampida de rencores y venganzas podría haber sido contenida en sus principios, si todo hubiera empezado en un mes de aguaceros y fríos, en lugar de comenzar con los calores de julio, atizados los rescoldos por las bocanadas ardidas de un mes que ni hecho a la medida de todas las violencias, preparado el mundo para arder en sequedades, todas las lindes como dispuesta en rastrojo para que las más mínimas chispas del odio acabaran quemando tierras y arboledas, pura metralla de amenazas antiguas y de justicias pendientes, la vida toda desquiciada en cóleras triunfales, puestas las ilusiones en los estallidos de la revancha, en el sudor de tigres que a los hombres les chorrea por los cuellos en este sofocante mes de julio, cuando todo el calor de la fiereza se reconcentra en el dedo ese que, como un niño encanallado, juega su endemoniada querencia sobre el acero perverso y curvo de los gatillos.

Se las quiere dar el pueblo de tranquilo, de acostumbrado a las sorpresas y recelos de la guerra, pero, nada más llegado el anochecer, y eso que es verano, se cierran y se abren y se vuelven a cerrar muchas puertas de balcones y ventanas,

suben las mujeres a la azotea, hacen como que van a recoger alguna ropa puesta a secar, y dejan caer el mirar hacia las calles, tan vacías, tan asustadas y asustadoras, nadie sentado a la puerta en espera del airecillo que gatea de tarde en tarde por las costanillas del campo, porque ya no se nota ni el calor, aunque se sude a chorros, abre el balcón mamaíta, que nos asamos, pero qué dices niño, para que a lo peor lleguen los moros y nos maten, dormidos, desde la misma ventana, y la madre imagina cosas aún peores que matarla, mientras la abuela tiritita de aniñados miedos bajo dos mantas gruesas que la defenderán si vienen los hombres tostados de barbas largas que violan niñas del todo niñas y viejas la mar de viejas. Los hombres se han ido a murallas y callejones que dan a caminos de labranza y beberán más de la cuenta porque los miedos suelen ser más bien borrachines y sólo si se ven empapados en buen vino se quedan calladitos y quietos, y con el mucho vino, ya se sabe, levanta el escopetero su escopeta como queriendo comerse el mundo, y menos mal que siempre habrá algún viejo soldado de la guerra de África que relatará, con la parsimonia impotente de la experiencia, que, llegado el momento de verse las caras con el enemigo, se te largan del cuerpo las alegrías valentonas de la botella y, de seca que se te pone la boca, ni te sale el grito, porque la voz y el alma toda se te han ido de cintura para abajo, en aniñada y traviesa diarrea.

Antes de abandonar el cementerio, te has desviado hacia el tercer patio, allá en los más hondo de los callejones que forman altos muros encalados hasta la exageración, en busca de la negra lápida de mármol negro con letras en blanco, nicho casi a ras del suelo, porque hasta en eso le tocó lo más humilde a la pobre de tu mujer, siempre, Pepita, sin poder jugar cuando niña, Pepita siempre sin tardes libres de cansancio para hablar con su novio, contigo, Fernando, y Pepita que también tuvo la desgracia de llegar a vieja con las muchas punzadas que dan unos años más vacíos que libres, años sin hijos que los llenen de lloriqueos, de crecimientos y problemas, la sonrisa cada día más torcida y la soledad cada anocheecer más espesa, del todo inútil la ternura que tantea nuevos cauces en los gatitos recién nacidos o en el echar afrecho a las gallinas o recoger los huevos durante los primeros escalofríos de la amanecida. De nada sirvió que la llevaras a médicos especialistas en mujeres secas, como tampoco el acudir a beber el agua de la ermita de la vega, agua famosa en eso de lograr que las mujeres se queden engalladas, al cabo de mucho tiempo de matrimonio sin descendencia. Y eso que Pepita, desde los quince años, era musculosa y ancha de caderas, de sobradas hechuras para parir un montón de hijos. Pero, por desgracia, todo aquel

cuerpo se quedó como campiña que se labra y siembra con esmero y constancia, y no, que no, que no agarra el grano allí dentro del surco, que no llegan los mareos y los vómitos esos que anuncian en la barriga de la mujer las raicillas primeras que dan tallo a la soñada espiga del hijo. Y, cómo no, tampoco faltaron las bromas en torno a la simiente: ¿No será, Fernando, que el grano que tú le echas está podrido y vano?... Y de poco te servía que los médicos dieran por buenas tus partes, después de examinarlas con un detalle que a ti te ponía colorado de vergüenza, como tampoco te consolaban que fueran siempre positivos y muy machos los resultados de los numerosos análisis que hicieron de una semilla tuya conseguida en amargos placeres de soledad, cada vez más fracasados, con los tubos de laboratorio a la espera de unas gotas blancas que brotaban del cuerpo sin amor, pero que, según los doctores, pues sí, llevaban dentro trigo de sobra para poder sembrar y cosechar toda un hermoso trigal de hijos. Y, de este modo, una vez a salvo tu garantizada categoría de varón, toda la tristeza de una cosecha perdida sin remedio cayó, a peso, encima de la respiración de ella, encima de sus modales, encima de su forma de andar, encima de sus momentos más cercanos a la alegría. Te miraba a ti como desde la hondura de la tierra labrada podría mirar al grano que le echan miles y miles de veces, sin que nunca pueda responder con un brote de verdor y vida nueva... Y, para colmo, Carlos Cal, recién asqueado de las carnes blancuchas de doña Mercedes, andaba más en caballo desbocado que nunca, y a ti. Femando, reconócelo, te entró miedo, un miedo la mar de hondo que a ti te gustaba mantener alejado en lo profundo sin echarle cuenta, sin permitir que el miedo ese te pareciera probable, ni siquiera posible. Porque Carlos Cal, después de confiarte minucias de su fracaso matrimonial, se atrevía a preguntarte por cómo te iba a ti en el asunto tan difícil del casorio, y hasta se entusiasmaba sin rodeos al elogiarte a Pepita, guapa como su madre, piernas rollizas de mujeres que subieron hasta las copas de los árboles cuando niñas, y no como mi mujer, que no veas las piernas tan delgaduchas que tiene, oye, como palillos de dientes. Total, que le prohibiste a Pepita que fuera al caserío de Olivoloco y que le abriera la puerta de tu caserío a persona que no fueras tú mismo o su padre o su madre, con lo que pronto se dio cuenta ella de que tú le habías cogido pánico a la fiebre famosa que le quemaba al amo desde las cuatro o cinco semanas después de su boda, de nuevo en cama de soltero, sin cuerpo de mujer con el que tropezar en mitad de los requemados sueños de la madrugada, medio enloquecido por los relumbrones del insomnio, hasta que, en un mediodía de los pinares, se le cruzó la chavalilla Toña, hija pequeña de Luis el Resinero, rojo el vestido, los pechos

duros como dos piedras dentro de una talega, dieciséis años que salpicaban de aromas y brillos las piernas, los brazos, la nuca y los labios, y relinchó el caballo al bajarse de él un Carlos Cal que tanto tenía de potro deseoso, de macho animal cuyo cuerpo retemblaba, como relleno de los calambres que despliegan la fiereza de las garras, los mordiscos de los colmillos, las coces de las patas de los mulos maleados por los carreros que exigen lo imposible en las cuestas mayores, con las galeras cargadas hasta los pinchos, de costales pesados y grandones como cuerpos de hombres dormidos. En la ciudad, se ve acompañada la mujer estéril por el panorama de metales y cementos, mundo aterido por los fríos de la prisa, calles por las que no pasan mujeres con niños de pecho en los brazos, plazas jamás cruzadas por rebaños de cabras con sus chivillas, jardines cuyas bonitas plantas ni rinden la redondez jugosa de los frutos.

Todo lo contrario que en el campo, donde la mujer de vientre seco se ve rodeada de gallinas con pollitos, cerca del abrevadero al que llegan felices de cansancio las yegüitas preñadas. Se caldean de maternidad los dedos de la mujer baldía cuando hunde sus manos entre los perritos de la camada. Un rubor de envidias animales se le remonta desde el vientre hasta las sienes, el día que rompen a piar los huevecillos en el nido casero de las golondrinas. Llega el verano y hasta las brazadas de los segadores le traen al recuerdo los ademanes hondos y anchos de las matronas al sacar los niños desde el vientre a la vida, lo mismo que las eras le parecen como madres dichosas y serenas después de un parto muy largo y sudoroso. Todo incita aquí en el labrantío a la mujer que no podrá amamantar hijos suyos, a la mujer que ve cómo el sol y el aguacero ahondan hasta llegar a los ovarios mismos de la tierra para sacarle a destajo hijos de trigo y de maíz, hijos de huertas y de viñas, rollizos hijos que los frutales paren, savia arriba.

Doña Cristina, la señora de Paco Cal, nada de luto riguroso, vestido gris de rayitas negras, andares de elegancia dominante, recorría las estancias del caserío con una lentitud que a Chachalola se le antojaba solemne regodeo de toma de posesión, largura contemplativa ante los muebles más antiguos, jarrones tomados a peso y ansiosa la lectura de marcas en los bajos de las cerámicas, puertas de balcones y ventanas abiertas del todo, para valorar en una primera ojeada los oscurecidos lienzos, y una intriga avariciosa al pasar con estudiada y difícil indiferencia ante los altos armarios, las alacenas anchas, mientras que Luis y Roberto, los dos nietos de Carlos Cal, subían y bajaban escaleras con la prisa de quienes vuelven a un lugar echado de menos en los años de la niñez, muy

borrosas ya las gesticulaciones del abuelo la tarde en que los mandó al demonio con sus ciclomotores, nietos afeminados que se tapaban las narices al cruzar las caballerizas, nunca jamás empernacados en la vibración de una montura, hijos de la ciudad, desgraciados esclavos de las máquinas, pájaros en jaulas de cemento, pulmones tiznados de gasolina quemada... Los quince años de Luis se quedaban parados de improviso al contemplar el campo desde uno de los balcones o al cruzarse con aquellos criados, que se quitaban la gorrilla con un respeto en el que, lejos de ofrecerse con humillación, se notaba una finísima forma de hacer ver que ellos no renunciarían jamás a un señorío que de ningún modo dependía de fortunas o pobreza, aunque no faltó, eso sí, de la rara compasión que los hombres del campo dedican a esas otras vidas condenadas a cumplirse en el nervioso amontonamiento de las capitales. Y, por su parte, Roberto Cal, doce años, de cejas peludas y agresivas, se sabía, desde siempre, repetición física de su abuelo, de un abuelo cuyo entierro se estaba celebrando este mismo mediodía, de aquel abuelo que apenas si era nombrado en una casa donde el poderoso dueño de Olivoloco estaba definitivamente descartado, ni una sola foto suya en la paredes, prohibido su rostro en el grueso álbum de familia, acaso por evitar que hiciera saltar chispas en sus mínimos roces fotográficos con el semblante tan bondadosamente aburrido de la abuela Mercedes, cuyas fotos con su hijo Paco daban la irremediable sensación de que era una mujer arrepentida de innumerables cosas, de su matrimonio, antes que nada, y casi también por el niño pequeño que fue teniendo ella misma de pañales, y en brazos, y después, siempre a su lado, muy protegido por ella, en esas muchas fotos en las que cualquiera podría pensar que la abuela Mercedes era sorprendida siempre en mitad de un miedo enorme a que se presentara de pronto el abuelo Carlos Cal dispuesto a llevarse al hijo hacia su mundo de caballos y pecados. Y no, Roberto no estaba de acuerdo con sus padres, aunque jamás puso resistencia a las órdenes aquellas de silencios y olvidos para el abuelo viejo y soberbio que había extremado su descastada actitud de una tarde dura en la que mandó montar a los dos nietos en sus endemoniados ciclomotores, a la porra, niños, que no sois mis nietos, que no lleváis de verdad sangre mía, hale, hale, y bien deprisa, si no queréis que os aguzen por orden mía los mastines blancos del portón... No habían pasado desde entonces ni dos años, pero aquellos dos años eran mucho tiempo para estos dos muchachos que ahora estaban acabando de salir de la niñez, precisamente cuando recorrían los interminables corredores, salas, patios y corrales de Olivoloco, aquella especie de palacio campero que los dos miraban y remiraban con la anticipada nostalgia con que se contemplan las cosas a punto

de precipitadas desapariciones. Pero, sobre todo, para Chachalola fue emocionante la escena que presencié en la cuadra de los ladrillos granates, cuando fue en busca de los nietos de Carlos Cal, para avisarles que su madre los esperaba en el comedor. Estaban Luis y Roberto acariciando el caballo Trono, animal preferido de un amo que ya estaría en su nicho. Persona parecía el caballo blanco por su forma de mirar a los nietos de Carlos Cal, como si fueran dos traidores, aunque en edad todavía de poder ser recuperados para la grandeza del campo.

Para los gañanes, antes que nada, la familia del amo de la finca era una ropa cara y de colores vivos frente a la campera telilla gris de una blusa con tirilla extrañamente abotonada siempre, agobio inexplicable si están como están desabrochados los demás botones, negros, menudos y baratos botones de madera teñida, con brillos ligeramente tétricos de madera malamente pintada de luto en la mañana misma de un entierro. Y dinero abundante era también la familia del amo del campo, dinero de sobra para cambiar de sitio en cualquier instante, lo más envidiable de cuanto puede alcanzar la gente rica, poder estar o no estar aquí o allá, poder volverle la espalda al paisaje o a la persona que te desquicia y te emberrenchina, dichoso dinero que es el coche, el tren y el avión, la voluntaria huida, aunque nadie se resiste tanto como un gañán a cambiar de sitio, a que le pongan el tajo un poco más allá de las cumbres, a que le arranquen de los trigos para llevarle a los viñedos. Porque los gañanes son en el paisaje como plantas y nunca se cambiarían por el amo, sino que sólo desean tener los dineros del amo, pero sin dejar de ser ellos mismos, y con todo, algún miedo sienten al imaginarse ricos, pues se temen que venderían las tierras y se alejarían de ellas desconcertados y enloquecidos, al aire las raíces como una pelambrera erizada y terrosa, diarios visitantes tristes de los jardines en las ciudades grandes y quizá sembradores de trigos y maíces en los macetones mayores de sus terrazas, allá por los altos pisos de los rascacielos. Pero, como eran pobres y bien pobres, los gañanes se quitaban la gorrilla al saludar al amo y a los suyos, más que con un respeto profundo, con cierta compasión hacia quienes viven sin tomarle regusto a la tierra, porque nunca pisan un mismo suelo, porque tienen los pies acostumbrados a la lisura monótona y desangelada de las aceras.

La idea de los corderos a caballo se le ocurrió a don Esteban, el jefe de la estación, cuando le sorprendió la amanecida sentado bajo el reloj de los retrasos ferroviarios, en tanto que Felipe, el hijo de Juan el Herrero, con su lujosa escopeta de montería llevada en bandolera, le daba detalles sobre el balazo que

había dejado sobre el bronce verdinoso de una de las campanas parroquiales, aquella especie de arañazo que bien podría interpretarse como señal de un inmediato plan de ataque desde las profundidades ya mahometanas de los olivares o como raro y escueto aviso de que la calma tenía sus días contados, si es que no sería cuestión de horas o quizá de minutos el estampido inicial de acompasados tiroteos al fondo de la callejuela tan fatídicamente elegida para recibir sobre los brillos del empedrado los terrores primerizos, las primeras sangres y quién sabe si no también los desatados miedos que agarrotan dedos y acobardan piernas y hacen que el hombre huya en angustia rastrera como lagarto a la busca de escondite entre las piedras. Miedos que se disimulan mal en estas vísperas alertadas por una bala que no apareció por los bajos de la torre ni aún después de mucho rebuscarla, nadie sabe de fijo para qué, acaso como reliquia de las profecías más negras, puesto que hasta que esa bala hizo el rasguño a la campana no eran los moros sino pura amenaza imaginada, poco menos que imposible por lo exótica, reducido el temor a la categoría de los malos sueños, incluidos los minuciosos relatos que repetían mil veces los hortelanos que lograron alcanzar el respiro del pueblo, después de haberse escondido en el fondo oscuro de los pozos bien sombreados por viejos árboles de copas bajas, remojados de angustia y con el espanto hormigueando por los huesos, al más mínimo chirriar de un cangilón de noria, o escondido entre las hojas anchas de una higuera, hojas gigantes que inquietan al tacto las yemas de los dedos y empalagan el olfato y adormecen al hombre cuando más despierto debe estar, porque los moros se están bañando en la alberca, ahí mismo, bajo la ramas, y los que no, charlan a gritos, abrillantan los cerrojos de sus fusiles con el mimo que derrochan los artesanos sobre los lomos de sus herramientas, sin que falte, de cuando en cuando, la visita del sargento, fusta larga, cimbreante y dura, sin tanto así de artículo de lujo, según pudo demostrarse a partir del segundo día, cuando los moros comieron carne sin que ninguno de ellos presenciaran el sacrificio de las terneras que decían, por lo que pronto descubrieron que habían comido maldita carne de cerdo y pisotearon el rancho del día siguiente, muy estirados sus lamentos, manos alzadas en petición de castigos celestiales contra los cristianos cocineros, por el suelo las enormes perolas, encendido el fanatismo en el brillo afilado de los puñales curvos, hasta que el oficial y los sargentos manejaron sin piedad la disciplina de los vergajos, tiros de pistola al aire y promesas dichas a voces de traer aquella misma tarde unos cuantos cientos de gallinas, de gallinas vivas para que ellos mismos las vieran matar y desplumar, a falta de corderos en una tierra de rebaños muy escasos. Y don Esteban se acordó

de las doscientas ovejas que habían llegado por tren, quince días atrás, con destino a los corrales de don Leonardo. Más de cincuenta corderillos se movían entre las patas del rebaño acorralado. Horas después, bien sujeto quedó un cordero lechal sobre la silla, y hasta cómodo, mientras el caballo se inquietaba después de cuatro días de encierro riguroso, enloquecido por unos cuantos puñados de sal en el bebedero, y, como último preparativo, un par de madroños metálicos bajo la silla, al tiempo mismo de abrir el portón para que saliera como un chorro de furia el galope loco hacia la calle de adobes blanqueados, rumbo a la verdad de los olivos... ¿No lo dije?...

Don Esteban saltaba de alegría. Tiros, tiros contra el caballo... Y ese disparo último, en seco, el que ha rematado al animal, sobre cuya silla suena la quejumbre del corderito al que deben acercarse en este momento, unos diez moros, quizá veinte o cien, vete a saber, pobrecito, besos en el morro como a un niño, de mano en mano el animalejo blanco, hasta que alguno de los mahometanos cese en sus carantoñas para decir que el cordero es suyo, y vendrán entonces los golpes y los navajazos y seguro que más de un soldado moro morirá a tiro de pistola de sargento, y ya tendrán para entretenerse durante unas ceremonias de enterramiento que serán interrumpidas por otra nueva galopada de caballo con su cordero atado a la silla, y otra vez los disparos, caballo detenido sobre la tierra reseca, y los moros que vuelven a coger al corderillo entre sus brazos, carantoñas en el morro, apasionados los paladares y abiertas las navajas en los bolsones enormes de las chilabas. Pero llega el oficial y aparta a los turbantes. Que sean los sargentos quienes se encarguen de cuidar de los animalitos... Y otro galope y otro y otro. Y cada caballo con su cordero encima, y así, durante cuatro días seguidos, cada mañana, seis o siete veces, hasta que los sargentos tengan que imponer su disciplina a tiros en la sien y sin que, en tales circunstancias, les resulte prudente lanzar un ataque contra la bien parapetada escopetería del pueblo.

Rojiza, como empapada en sangre antigua, la tierra del olivar sobrecoge y amedrenta la imaginación de los rifeños, viajeros en avión, enrolladas alfombras voladoras por encima de las aguas, así de pequeñas, al otro lado del mar, las casas de los pueblos blancos, abrazados ellos a sus metálicas teteras, talismanes admitidos con reparos por los cetreros del pajarraco que vibraba en zumbidos de abejorro gigante color ceniza. Todo ha sido para ellos como milagro relatado por las jarchas en zocos y plazoletas de Tetuán, Xauen y Larache o quién sabe si no será que han muerto ya y se encuentran camino del cielo de Mahoma, aunque

detenidos de momento entre huertos y olivos, a las puertas de un pueblo de musulmana blancura, desde cuyas puertas ojivales de murallas moriscas les llegan corderos atados a sillas de caballos al galope y quién sabe si mañana mismo no les llegarán miles de hermosas y desnudas huríes a lomos de corceles que jamás disfrutaron ni los mismos sultanes en el orgullo de sus cuadras. Pero, a pesar de todo, un raro frío recorre las espaldas sudorosas de estos barbudos gañanes del Rif, en el verano de una guerra que nadie les explica, salvo eso de que, en caso de muerte, conseguirán una eterna vida mujeriega en el ardiente paraíso del profeta.

El hijo de Carlos Cal ha hecho una señal con la mano y tú has acudido hasta él, dispuesto a subir en su coche descapotable: Si no tiene inconveniente, le agradecería que viniese conmigo hasta la finca... Atrás quedaron los cuchicheos del pueblo, las miradas anchas y como encandiladas por extrañas luces que tienen los hombres cuando entierran a otro hombre, y mucho más, si se trata de un muerto como Carlos Cal, tan distinto y tan difícil de conocer. Y, ya con todo el blancor del pueblo en la ventanilla trasera, te dijo el heredero: Mucho tenemos que hablar, Fernando, porque, como usted sabe, mi desconocimiento de la tierra no puede ser más absoluto, y estoy más que convencido de su honradez y de su eficacia. Así es que... El sol, aún muy en lo alto, iluminaba en el volante las manos finas de don Francisco Cal, manos de hombre de estudios, y, sobre todo, manos tan diferentes de las de su padre, manos de alargados y brillantes dedos que nunca gobernaron riendas ni pagaron el capricho repentino de una hermosa naranja con el pinchazo casi venenoso de las púas naranjeras. Manos de pasar hojas y hojas de libros y libros... Porque de aquí a un año, más o menos, todo este mundo de Olivoloco tiene que llegar a ser un mundo completamente nuevo, empezando por el caserío mayor, tan enorme como innecesario, con esa cantidad absurda de salones desmesurados, y nada digamos de las cuadras, las famosas cuadras, verdaderos palacios que mi padre destinaba a unos animales muy bellos y todo lo atractivos que se quiera, pero sólo animales, al fin y al cabo... No te mira don Francisco Cal, no puede hacerlo, atento como tiene que seguir a las continuas curvas que llevan hasta Olivoloco entre viñas y pinos, eucaliptales, olivos y almendros... Porque usted, que sabe sobre mi padre bastante más que yo, habrá de reconocer que su apasionamiento por los caballos llegó, incluso, hasta límites enfermizos... Tú, Fernando, sin saber exactamente por qué, te sentías apenado por el peso de aquellas palabras, y no por lo que pudieran tener de ataque a Carlos Cal, sino por el desprecio con que su hijo escupía la palabra

caballo, seguramente mordido por el rencor del niño con polio, imposible amigar la silla de montar con el armatoste metálico de la pierna inútil... Porque mi padre, y usted me dará la razón, llegó a olvidarse de que las bestias han perdido su pelea con las máquinas desde hace casi medio siglo... Se acercaban a la gran explanada del caserío, cuando el sol alcanzó de lleno el rostro de Paco Cal, y tú, viejo capataz, te dejaste ganar por el alivio de la memoria, por la medianoche aquella de llamarte Chachalola, que la señora está a punto y hay que llamar al médico, gritos de horror contra los altos cielos rasos de Olivoloco, sin que nadie supiera por dónde estaría buscando carne cruda de mujer el tigre insaciable del amo... Y le digo más, Fernando: el caso de mi padre llegué a consultarlo con especialistas en psiquiatría, y todos ellos se mostraron interesados por el tema, hasta el punto de certificar como muy probable la extraña identificación psicopática de mi padre con el caballo fuerte, con el caballo grandote, llamativo y capaz de cubrir varias yeguas en una sola jornada... Chachalola y la matrona te hicieron pasar al dormitorio de doña Mercedes. El médico se lavaba la sangre de los brazos en una palangana celeste. Chachalola, después de saber por ti que Carlos Cal seguía sin aparecer, te llevó hasta la cuna: Ahí tienes al heredero de Olivoloco, mitad doña Mercedes, mitad don Carlos, la frente del amo, los labios de la madre, aunque vete a saber si más tarde no se volverá todo del revés... Has subido junto a don Francisco Cal hasta el despachito con olor a vino bueno que Carlos Cal tenía para encerrarse con sus cuentas de campo y con sus cuentas de seguir viviendo... Por lo pronto, una cosa, Fernando: que los yeguarizos valoren los animales uno por uno, para ponerlos en venta cuanto antes. Necesitamos mecanización y tenemos que conseguirla a todo correr, sin vacilaciones, adiós al carro tirado por mulos y también adiós al caballo de postín. Los capataces, desde ya, tienen que ir de un lado a otro de la finca en coches de a todo terreno, para que no se repita aquello, que fue de risa, y usted. Fernando, estaba delante, cuando a un ingeniero se le ocurrió traer aquella cosechadora a Olivoloco y, al verla mi padre segar y engavillar espigas con tan rápida facilidad, le echó el caballo a las talanqueras de la máquina y hasta le metió un poco de miedo al técnico que la manejaba, por la manera tan amenazante y tan loca que tenía de moverse alrededor con su caballote, mientras el hombre engrasaba los ejes de la segadora.

En cuanto a maquinarias, Carlos Cal había transigido lo justo, a trancas y barrancas, acorralado por la prontitud con que las segadoras levantaban la cosecha de trigo un poco antes de que el vendaval se presentara a desgranar espigas, lo mismo que cerró los ojos al tener que admitir la conveniencia del

tractor porque araba en un santiamén y le quitaba a la siembra el miedo a que llegaran las pajoleras lluvias que pudren las semillas. Pero nunca pasó de una sola segadora ni consintió que más de dos tractores traspasaran sus lindes. Mandó construir un garaje escondido en la hondura sombría de un viejo eucaliptal y daba rodeos por padrones y trochas con tal de no toparse con unos motores, que, según él, acabarían por cambiarle el sabor al pan, al aceite y al vino. De la capital vinieron mecánicos y tractoristas, a los que miraban los gañanes como a intrusos que acudían a la tierra para ordeñarla, para hacer del campo una fábrica de comida, con obreros en mono azul y manos pringadas de grasa. Eran seres llegados de otro mundo que iban y venían, pero sin quedarse a vivir cerca de los surcos, alejadas sus familias de tantas soledades y silencios, jamás encariñados con los cuatro trazos del paisaje. Y, para Carlos Cal, fue motivo de disgusto a lo grande cuando se enteró de que Currito, el hijo de Frasco el manijero, se había empeñado en aprender a manejar los mandos de los tractores... No me extraña, cómo me va a extrañar, después de aquello, cuando, siendo un chaval, quería el niño ese que yo echara peces de colores en los abrevaderos.. Carlos Cal mandó llamar al padre: Frasco, lo siento mucho, pero tu hijo Currito jamás trabajará aquí como tractorista, porque a los tractoristas los traigo yo de la capital, lo mismo que también compro allí el jabón de afeitar y la pestosa gasolina de la segadora...

Cerca de Rancho Espuma, a la vista ya el naranjal acosado por las arenas de la playa, Trudy Brot pensó que le hubiera interesado acercarse al cadáver de Carlos Cal, ver y quedarse para siempre con su fisonomía peor, con su rostro más envejecido, con el gesto más definitivamente derrotado de aquella especie de emperador del campo. Y no dejaba de sorprenderle el hecho de que ella, la misma mujer que había presenciado miles de cadáveres por los barrios extremos del Berlín conquistado por los rusos, se hubiera quedado sin poder cumplir aquel extraño deseo de extirpar los recuerdos mejores de sus relaciones con Carlos Cal, contemplando por última vez la figura enmudecida de su soberbia, incapaz de inventar crueldades nuevas de niño perverso, ya ni siquiera a punto de echarse a llorar arrepentido de lo que hizo y hasta de lo que estaba dispuesto a hacer. Medita Trudy Brot sobre la rareza que supone eso de que haya sido el de Carlos el único cadáver de persona muy cercana que no haya tenido ella bajo su mirada de pena, de compasión o de odio que se prolongue hasta mucho más allá de la muerte de un ser que le afiló en su contra las uñas del rencor más inevitable. Porque el cuerpo de su padre, aunque muerto en batalla aérea, nada más

comenzar la segunda guerra mundial, no quedó destrozado y ella pudo besarle la frente, sobre las cejas chamuscadas, cuando, con su uniforme de comandante, la Cruz de Hierro sobre el pecho, recibió solemnes honores, de militares y de nazis, en un salón de bóvedas altas y mármoles negros que tanto impresionaban en sucesivo contraste con los muchos apliques dorados. Vino hasta ella, un año después, el cadáver de Julio Junco, el padre tan casi casual de su único hijo. Había recibido un balazo en el cuello y, según le explicaron, su cuerpo, congelado, estuvo a la intemperie cerca de un mes a orillas de un lago del frente ruso del norte, larga agonía entre dos fuegos, como otros muchos cuerpos que fueron recuperados en contraataques fortuitos, porque, para entonces, se habían acabado ya aquellos románticos gestos de generales que organizaban localizados combates para recoger restos de soldados y llevarlos hasta el dolorido horror de sus madres, esposas y novias. Trudy recuerda que no sintió emoción alguna ante un Julio Junco que ofrecía la crispada sonrisa de quienes agonizaron a muchos grados bajo cero. Acudió entonces doña Laura a Berlín y no derramó ni una lágrima, porque, según había descubierto Trudy años atrás, la anciana de Rancho Espuma estaba hecha de unos materiales muy fríos, dominada su cabeza por los más gigantescos desprecios que persona alguna pueda sentir jamás contra las blanduras del corazón o frente a cualquier modo de intentar la igualdad de las personas todas. Vieja de cuerpo derecho como el de una gimnasta, sus peinados imponían un respeto inexplicable de cosa mucho más significativa que los cabellos y las delicadas peinetas que sujetaban aquellos altos y macizos rodetes de brillantísimas canas. Era negada para la ternura y más negada aún para el perdón. Pero resultaba simpática en su trato, porque le rebosaba la imaginación y porque se refrenaba su peligrosa sinceridad mediante los refinados disimulos que sólo pueden heredarse en una familia de secretarios de legación, cónsules y embajadores. Poco antes de morir, la encontró Trudy Brot tanto más humanizada en las proximidades de su muerte. La guerra mundial terminó unos meses antes y Trudy había aprovechado su pasaporte español para huir de una Alemania en la que ahorcaban por entonces a los jefes de la trágica aventura hitleriana. Estaba de pie en la terraza, acariciada por el sol de un mediodía de octubre, cara a cara con el mar que, desde hacía años, se quedó sin lanchas motoras ni balandros. Y, en contra de lo que Trudy había imaginado, doña Laura la besó al llegar, en la frente, con unos labios raramente cálidos, además de una doble apretura de las huesudas manos en sus hombros. La llevó hasta donde el pinar iniciaba su libertinaje de ramas y yerbajos, para pedirle que apartara tres piedras a la orilla de una senda. Doña Laura misma retiró la tierra con el repaso lento de su pie

expresamente descalzo, y allí estaba la pequeña lápida de mármol azul, muy claro, casi celeste: Aquí yace el niño Julito Junco. Laura, su abuela, no le olvidará jamás... Le explicó a Trudy la macabra jugarreta. Allá en el cementerio del pueblo enterraron una cajita blanca ocupada por una talega llena de arena y con el poco peso exacto que convenía... Trudy Brot detuvo su coche al pie de la escalinata de mármol verde. Nunca le había pesado tanto su cuerpo. Pensó que así, como aquel profundo cansancio, debería de ser la primera fatiga de la vejez, cuando la existencia se dé por vencida, sin el menor intento de reacción, desmoronado el coraje, entregadas las ilusiones todas en el deseo de poder dormir un sueño interminable. Miró hacia la playa desierta por la que tantas veces imaginó corriendo al hijo que moriría, nadie supo fijamente de qué, aunque no faltaran insinuaciones populares a cuenta de la sífilis que la familia Junco arrastraba desde unas cuantas generaciones atrás, como trágico tributo que hubieron de pagar los diplomáticos jóvenes durante sus primeros pasos por delegaciones exóticas con hembras negras o amarillas o cobrizas, mujeres al alcance de la aburrida calentura de los trópicos o de la fiebre aventurera que padece el europeo en su primer contacto con las rarezas raciales... Con todo detalle recordaba Trudy Brot aquella forma de consumirse la vida pequeña del hijo y la forma tan lenta con que doña Laura acariciaba la mancha morada de la mano pequeña, mientras Julio Junco parecía amurallarse más y más tras un silencio que, de tan duro, se parecía demasiado a la indiferencia. Años, muchos años habían pasado desde entonces. Algo de panteón junto a la mar tenía el caserío de Rancho Espuma, dejado a solas en compañía de su propia memoria de grandezas perdidas, mordido el atracadero de los balandros por las salitrosas dentaduras del oleaje, podridos los yerbajos que acabaron con las plantas del jardín, quebrados los macetones azulinos de la terraza, conquistada por la arena hasta más de la mitad su solería, agrietadas y grises las puertas y las ventanas, igual que cortezas de olivo muerto.

Se admiraba la alemana del apego con que estas gentes del sur despiden sus muertos. Los dejan tendidos en los lechos hasta momentos antes de colocarlos en los féretros para llevarlos al templo de los funerales. Se pasan las mujeres horas y horas, un día entero, alrededor del cadáver entre rezos y silencios contemplativos. Y, por si fuera poco, allá en el cementerio, abren el ataúd por última vez, para que familiares y amigos contemplen el rostro del difunto. A Conrad Brot, el padre de Trudy, le chocaban aún más aquellos acercamientos de los vivos a los muertos, porque, a pesar de ser piloto militar y de haber sido

condecorado un par de veces durante la guerra del catorce, jamás había visto un cadáver de cerca, siempre a distancia, como bultos sobre el paisaje que se pisa o igual que tachaduras aspadas sobre el panorama que se abarca desde el bombardero que repite sus ataques en picado. Ni siquiera a su esposa llegó a verla de cuerpo presente, porque deseaba retener su bella imagen de mujer todavía joven, y porque no sabía hasta qué punto podría evitar un gesto cruzado de repugnancia y espanto. Por eso le resultaban inexplicables aquellas aproximaciones tan estrechas de estos hombres morenos del campo hacia sus muertos, sin cesar de mirarlos y remirarlos, como si esperaran que pudieran resucitar de un momento a otro o igual que si intentaran leer en sus rostros de cera los enormes misterios de la muerte. Todo lo contrario, en fin, que los hombres rubios del centro y del norte de Europa, que llevan a sus difuntos flores y más flores, no sólo en homenaje y a modo de amable despedida, sino también quizá para iniciar con aromas y colores el primer distanciamiento de la muerte, colorida frontera para el sereno olvido que necesitarán cuanto antes los que siguen en lucha con la existencia, florida manera de taparle la boca al horror de la muerte, casi invisible el ataúd bajo el peso de las coronas, en ensayo inicial del entierro definitivo, amontonadas flores en vísperas de ponerse a recuperar las razones de vivir perdidas.

En Olivoloco, según pasaban los días, hasta los chiquillos, tan ilusionados al principio con aquel amontonamiento de familias, comenzaron a preguntar, cansados y tristes, que cuándo podrían regresar a sus caseríos, al campo todo por delante, hacia la descubridora travesura de los nidos y la sorpresa encalabrada de los peces que muerden el anzuelo, de nuevo hacia los emocionantes desafíos del trepar hasta las copas bamboleantes de los árboles y en busca de las muchas ocasiones en que la piel estrena rasguños y cardenales. Todo lo contrario, en fin, que Chachalola, cada día más adueñada de aquella vida, porque le agradaba que el mundo continuara así, lejos del amo, quién sabe si fusilado cualquier amanecer, que sea para bien, si Dios así lo dispone, y se lo imagina con el rostro muy encarado y chulo frente a quienes van a dispararle a dos metros del pecho, más espinosa que nunca la dureza de su entrecejo, aunque vete a saber si, en llegando el momento, no se le vendría a los pies el valor al muy soberbio, cosa difícil, aunque ya es sabido que las más altas torres se derrumban, y, para Chachalola, Carlos Cal era torre muy alta y mandona, humildes tejadillos quienes le rodeaban, torre levantada en provocación continua del rencor y el odio, a hierro y fuego grabadas todas sus fechorías, para que las personas humilladas jamás pudieran olvidarlas, como le pasaba a ella, desde

aquella noche, los ojos de él sobre los suyos, el corpachón vibrándole en un minuto no de pasión, sino de furia, ni una caricia ni un beso, toda la conquista pronta y dura como un zarpazo, más que por placer, como si la castigara de antemano por el asco que habría de sentir a renglón seguido. Pero eso: inolvidable el hombre que la hizo suya, el hombre de los diez retratos cogidos del armario más antiguo y olvidado de doña Mercedes, fotos en que Carlos Cal está serio o sonriente, a pie o a caballo, de perfil o de frente, solo o acompañado, fotos que ella besuquea aún con rabias o ternuras, según le dé o no por pensar que el amo pudo ser el padre de un hijo suyo. Fueron días en que los diez años del niño Paco Cal, continuo cazador de unos asombros que le llegaban por manojos al mirar y a los oídos, no eran, no podían ser los diez años normales de un niño, porque, en aquel atolondrado mundo de Olivoloco, ni siquiera a doña Mercedes se le ocurrió evitar que el hijo estuviera entre los mayores durante ciertas conversaciones, como la del atardecer aquel, cuando la señora se reunió con capataces y aperaores, a los diez días justos de encastillarse las familias en salas y corredores del caserón, pues, mientras el niño se hacía el distraído, cruzados los brazos atrás, en postura de admiración para los lienzos de la salita, o, a ratos, como muy pendiente de las voces que llegaban desde el patio mayor por los anchos balcones abiertos, doña Mercedes y los hombres hablaban de asuntos que Paquito Cal había entrevisto tan sólo muy a medias... Porque yo le digo una cosa, señora, y no sé, la verdad, de qué forma decírselo... Hablaba tímidamente el capataz Fernando... En fin, señora, allá que va, sin más rodeos: la vida esta de tanta gente revuelta en los pasillos no puede traer buenas consecuencias, y a mí me da el corazón que, a la vuelta de nueve meses, pueden llegarnos niños de esos que nadie quisiera que nacieran, y quién sabe si no tendremos para la primavera madres de catorce o quince años, y quién sabe si no serán algunas más jovencillas todavía... Doña Mercedes, horrorizada, abrió muchísimo los ojos y, con el rosario de plata entre los dedos, fue de aquí para allá, con un algo de virgen de procesión, por entre las familias que la saludaban con un respeto distanciado y frío, para detener sus agudas miradas de acusación en el escote de alguna muchacha sofocada por la fragua creciente del verano o con advertencias muy afiladas para las madres de unas niñas que, según ella, buscaban pretextos para acercarse de noche a los puntos de vigilancia o a las cuadras, en busca de besos y contactos tan pecaminosos como arriesgados y degradantes... Por favor, Fernando, por favor, que yo no duermo desde el otro día, cuando me dijo lo de esas niñas que, dentro de nueve meses... Era la guerra lo que apretaba a los seres en apiñamientos provocados por la amenaza de morir,

y no sólo para defenderse mejor acompañados de los otros, sino también por el terror instintivo a soportar a solas los grandes y prolongados miedos, nunca tan humanos, jamás como entonces tan dispuestos a entrañarse en una familia grande compuesta de muchas familias sin los lazos de la sangre, y nunca tampoco tan definitivamente arrastrados por la ternura animal de unos acercamientos que parecían especialmente dispuestos ante la muerte general de la guerra misma, para compensar, mediante tanto nacimiento imprevisto, las negras cuentas de los balazos. Al anochecer, Paquito Cal, allí por las oscuridades más recalentadas de cuadras y corralizas, sorprendía los angustiados jadeos de unos cuerpos que, por fin, chocaban casi dolorosamente, después de repetidos encuentros de mirada y mirada, al cabo de tantos descuidos de manos que se rozan y de labios, rodillas, codos y hombros que no siempre tropiezan por pura casualidad. Y, por si fuese poco, también estaban allí los animales, casi como personas ya, a fuerza de tanto compartir con ellos los días y los espacios, aunque los bichos lleguen hasta el final de la apretura sin leyes ni prohibiciones posibles, con el descaro libertario de la naturaleza. Sobre todo, las perras y los perros, para los que doña Mercedes debía imaginar un infierno especial, cuando los encontraba dolorosamente unidos por donde pecaron, ante los ojos de los chiquillos agrandados como ventanas abiertas de par en par, roto y acabado el misterio del nacer de los perritos, y, de paso, la primera noticia sobre la llegada de los niños al mundo, por carriles que nada tenían que ver con los trenes y las carreteras de París.

Entre el anochecer y la medianoche, recorría doña Mercedes patios y azoteas, corredores, desvanes y descansillos de poco transitadas escaleras, corta que te corta el hilo quemante de la tentación que el diablo de la lujuria iba largando por los innumerables recovecos de Olivoloco. Se adentraba por las oscuridades con el punzón de su tosecita por delante y enfriaba besos y abrazos con su salmódica presencia de avemarías a media voz y golpecito de mano en la espalda del hombre si es que hacía falta. Lo hizo al principio acompañada por Chachalola, pero la señora cayó pronto en la cuenta de que los treinta años de la criada regresaban en caldeado desbarajuste, más brillantes y como hinchados los labios, fatigoso el respiro y repentinamente torpe en el andar. Pronto comprendió doña Mercedes que Chachalola se enredaba en los mismos apetitos que se pretendía combatir y, aunque insistiera en acompañarla durante aquellos repasos de oscuridades, la señora decidió cumplir a solas los recorridos, sin temor alguno a sentirse contaminada, porque, según se decía a sí misma, el turbión de obscenidades que su marido desencadenó sobre ella, la había macerado la

nervadura completa de toda posible concupiscencia, cauterizadas para siempre las venillas del placer por los hierros machos, candentes y atosigantes del esposo.

Como todos los mediodías, desde hace un montón de años, Chachalola tiene sobre la mesa de la cocina la taleguita llena de almendras sin cascara. Ni palabra te dice al verte llegar en busca del capricho que Carlos Cal había creado entre sus caballos. Almendras blancas recién peladas que el amo de Olivoloco iba poniendo sobre la palma de su mano para ofrecerlas a los animales como premio de golosina por la satisfacción que ellos le regalaban con sus altivas presencias. Y, ya cerca de las cuadras, recuerdas la insistencia con que Carlos Cal te repetía el encargo aquel para después de la muerte: Que no me falles, Fernando, oye, mírame de frente y no bajes los ojos, porque me haces pensar que, a última hora, te puedas sentir blando y no matarlos... Tú, como todos los días, te vas hacia la cuadra con la talega de las almendras. Sabes que, en el cuarto de los arreos, encontrarás el cianuro... Bien mezclado con azúcar, lo echarás dentro de la talega. Y, lo demás, como siempre, el montoncito de almendras en la mano abierta. Ha llegado el momento. Se han vuelto hacia ti las hermosas cabezas, desentendidos ya los piensos que rumiaban, fijos los enormes ojos en la talega gris que tú mantienes temblorosamente con ambas manos ante la puerta de los arreos... Ésta será la primera vez que alguien de la familia Cal ordene una matanza de caballos. Mi hijo, ya sabes, no es que no sepa manejarlos, es que los odia, porque nunca pudo llegar a dominarlos y porque, las cosas claras, yo he querido a mi hijo bastante menos que a mis caballos... Se mueven impacientes los remos poderosos. Protestan los cascos grises y brillantes con sus monótonos golpes de herradura sobre las piedras cercanas al pesebre de madera noble, en tanto tú, Fernando, imaginas las convulsiones de tan espléndidos corceles, salpicadas de espumarajos amarillos las paredes altas de ladrillos rojizos, asustante el amasijo de relinchos de muerte que tropiezan con las bóvedas y bajan y se reparten por una cuadra casi humanizada de repente por tan ruidosa tragedia... Hasta que te despierta de la desagradable fantasía un golpecito en el hombro y la voz de Paco Cal, todavía a tu espalda: ¿En cuánto podremos vender estos caballos? Porque compradores no faltarán. Hoy, en el cementerio, sin ir más lejos, me hablaron del tema unos cuantos labradores. Pero, por supuesto, cuento con su conocimiento, Fernando, y créame, no faltará para usted alguna propina importante, si la operación se realiza con acierto... Se han crispado tus encalladas manos de capataz antiguo sobre la telilla rayada de la talega... Que

no me vayas a fallar. Fernando, por favor, que no te echas atrás a la hora de matarlos, no esperes al día siguiente de mi entierro, oye, porque te echaré maldiciones desde la otra vida, si tengo que ver cómo el vaina de mi hijo va vendiendo uno a uno, con desprecio y sin prisa, los caballos de mi orgullo... Paco Cal pasa revista a prudente distancia de las grupas... ¿Valdrán millones, Fernando?... Tú te has adentrado en la semioscuridad del cuarto donde se amontonan sillas de montar, entre paredes cuajadas de cabezales, cinchas, bocados y riendas. Te diriges por derecho a uno de los rincones y echas el veneno al fondo de la talega. Lo mismo haces con el cartucho de azúcar allí colocado desde hace años. Cuando vuelves a la cuadra, Paco Cal se ha ido. Tú, igual que si obedecieras un mandato de Carlos Cal, en presencia del mismo Carlos Cal aún vivo, te pones a ofrecer las envenenadas almendras en la palma de tu mano, mientras con la otra acaricias las crines y los cuellos. Después sin atreverte a volver la cabeza, sales de la cuadra y cierras la puerta con la llave grandota y negra. Luego, mientras te lavas las manos en la fuente, haces como si no oyeras la voz de Chachalola que te llama desde uno de los balcones. Deseas alejarte del caserío cuanto antes. No podrías soportar los sofocados jadeos de la agonía completa de la cuadra. Te alejas a paso rápido en dirección a los eucaliptos, acaso buscando que la hojarasca te proteja de los sonoros estertores de los lujosos caballos de un Carlos Cal que, ni después de muerto, dejaba tranquilos a los hombres y a las bestias, en la caliente comarca de su poderío.

Nunca hubiera matado a un caballo con su propia mano, porque, para Carlos Cal, un buen caballo tenía algo de dios o de diablo, altiva la cabeza, donde los ojos tenían la poderosa y fija mirada de los monstruos convertidos en ídolos y un algo de ritmos de amenaza en la opulenta insolencia de sus braceos. Pensaba el amo de Olivo-loco que no se puede amar del todo a los caballos si no se tiene muy bien cuidada la soberbia propia, porque ninguna otra irritación los desquicia tanto como el saberse montados por jinetes sumisos, de mano blanda y botos sin espuelas. Tenían, según él, la endemoniada lealtad de los arrogantes para con los más arrogantes, y la encrespada docilidad con que se someten los rebeldes a los que son aún más rebeldes. Había comprobado que los caballos provocaban en los de a pie el admirativo temor que infunden los relámpagos y los truenos, las borrascas del mar sobre los acantilados y los vendavales mayores en el zamarreo de las arboledas. Y Carlos Cal los trataba con casi más respeto que cariño, porque, a veces, llegó a creer que llevaban por dentro los caballos un extraño poder para rencores y venganzas que acaso cumplirán en su nombre alguno de

los potros de simientes suyas, como ocurre a veces, cuando se preguntan todos ¿pero cómo pudo caerse del caballo un jinete tan completo o cómo ese potro mató a coces y mordiscos al amo que con tanto mimo lo cuidaba? Y por eso, jamás quiso presenciar la muerte de un caballo suyo y, mucho menos, mandarlos apuntillar por viejos. Él mismo, en persona, se encargaba de llevar al corcel agachado en decadencias hasta las primeras malezas del monte bajo, donde viven también los toros bravos que se escaparon de sus dehesas, abochornados por el acoso agresivo de otros machos, en plena ardentía de encelamientos, allí donde también gruñe su libertad bravía el jabalí, donde corre y brinca el gamo y anidan las águilas reales y se mueve suave la fiereza del lince y del tejón, en un mundo sin caminos, sin tan siquiera sendas, campo para vivir y morir del todo alejados de la trillada rutina de los hombres, libre para siempre el caballo anciano del peso de la silla y del redondo brillo con que brota del boto el espolazo.

Al salir del cementerio, Felipe, el hijo de Juan el Herrero, entra en la cercana tasca de Manolo el Fogón. Nunca podrá olvidar que fue allí precisamente donde se bebió el último vaso de vino un poco antes de huir, cuesta abajo hacia la vega, bien empuñada aún por la garganta la culata brillante de la escopeta. De sobra calculaba el peligro mortal que corría si las tropas moras le atrapaban con un arma en las manos. Pero él no estaba dispuesto a abandonarla como habían hecho con las suyas los compañeros de derrota... Una cerveza alivia la garganta de la sequedad que provocan tanto el calor como aquella media hora larga que ha durado el entierro de Carlos Cal... A poco le supieron las tres aceitunas gordales aliñadas muy a la campera, romero, comino, ajos, tomillo, allí en la vieja tinaja del rincón más oscuro... El tabernero, jovencillo, debe de ser nieto de Manolo el Fogón. Por lo menos, también tiene la piel muy morena, igual que ahumada junto a una candela gigante... Bien avanzada estaba la tarde cuando Manolo echó la llave a la puerta gris de su negocio, convencido de que ya jamás volvería a abrirla. Sonaban disparos de fusil por las calles más cercanas a la carretera, y, por los barrancos más inmediatos al cementerio, se desgajaban como racimos de uvas los grupos de hombres que emprendían la escapada final... Con el vaso de cerveza en la mano, Felipe achica los ojos para distinguir allá abajo la silueta del peñasco berroqueño que tuvo previsto para esconder la maravilla de escopeta que le correspondió en el sorteo de las armas requisadas. No se ha olvidado, qué va, de la media manta fina con la que habría de envolverla. Después, en el momento mismo de enterrarla, sintió ganas de llorar, pero no derramó ni una

lágrima, porque estaba seguro de volver pronto a recuperarla. ¡Pronto! Más de veinte años tardó en acercarse de nuevo al peñasco reseco y áspero, para escarbar con dedos nerviosos en la hendidura de traza inolvidable. Y sí, allí estaba, envuelta en la manta, tendida y en la misma posición en que él la dejara. Pero, por desgracia, después de permanecer intacta durante años y años, se ve que alguna tormenta poderosa había abierto un hondo canalillo hacia el entrecejo plateado de los gatillos, hasta dejar la escopeta toda herrumbrosa y podrida. Y decidió dejarla allí mismo, oculta para siempre, o mejor dicho, definitivamente enterrada como tantas ilusiones de aquellas de los años jóvenes. Agrandó fácilmente el agujero y dejó allí también las prendas negras de nazareno que le habían servido para regresar al pueblo y contemplarlo a placer sin ser reconocido, en un viernes santo, día en que sale todos los años la más antigua de las cofradías, gran oportunidad que él aprovechó en su deseo de volver a pisar las calles del pueblo y a repasar tantos y tantos rostros, más y más amarga la experiencia, acosado por la angustia de los recuerdos que se adueñaban de la oscuridad sofocada por la rasposa telilla del capuz, horas enteras, a paso rápido por callejuelas y plazas, en busca de su propia niñez y, cómo no, al encuentro de las paredes en las que fueron colocados amigos suyos, de madrugada, tan silenciosos ellos como quienes iban a matarlos, retenida su respiración de fugitivo tras el espesor espinoso de unas chumberas, y el tronar salteado de los disparos, no al unísono ni obedientes a voz de mando alguna, sino en desordenado trabajo de matar, cada cual pendiente de su hombre, después del monstruoso reparto de rostros a borrar de la existencia, y ahí queda eso, sin más, a veces, sin acercarse siquiera a rematar las agonías, sin que tampoco a pleno sol llegaran hombres a contemplar curiosos o vengativos el manojo de muertos, porque, según entendería Felipe algo más tarde, mientras los suyos no se cansaban nunca de contemplar los importantes cuerpos que ellos habían fusilado, los otros, no, los otros ni volvían sus orgullosas miradas hacia la basura humana que dejaron arrumbada en las afueras.

Fueron muchos los que ocultaron sus armas con el atropello de la huida. Algunos, sin tiempo para abrir hoyos profundos en patios y corrales, echaron a morir sus pistolas en la oscuridad tenebrosa de los pozos. Otros en cambio, con la imaginación puesta en regresos y revanchas, escondieron escopetas y revólveres en los renegridos cañones de las chimeneas, tras preparados tabiques de doble fondo en sótanos y alacenas. Pero los más, como Felipe, quitaron tierra a los pies de alguna buena peña de los alrededores, porque, así, los tendrían bien

a mano para la hora en que se volvieran las tornas y recuperaran el pueblo en contraataque. Pero pocos volvieron a tantear con dedos nerviosos de memoria el aire viciado y como de tumba antigua que tenían los escondites. Unos, porque sus vidas se quedarían detenidas para siempre en paisajes lejanos, desangrados al borde húmedo de un arroyo o boca arriba en el reseco ribazo de una trinchera. Otros, porque, al volver, se propusieron traspasar al olvido aquellas largas cuentas del dolor y la sangre, igual que si, todavía jóvenes, se hubieran declarado viejos prematuros, definitivamente jubilados para el trabajo de los sueños grandes. Y, así, innumerables armas quedaron ocultas bajo antiguos ladrillos o al amparo de vigas y de tejas, a la espera de que, al cabo del tiempo, las descubran los niños con sus juegos o los hombres llevados por sus más afilados instintos en el tiempo de Dios sabe qué guerras venideras, lo mismo que ocurrió en el verano aquel, cuando, de pronto, se vieron por la calle espingardas, trabucos y pistolones de otro siglo, igual que si hubieran reventado de impaciencia los escondrijos aquellos que no fueron tocados por quienes regresaron molidos y desengañados de alguna otra guerra de hermanos contra hermanos.

Al principio, momentos antes de aparecer los perfiles claros de la avioneta sobre los altos eucaliptos de la carretera, los tres muchachos de la torre habían guardado repentino silencio para escuchar con sorpresa el moscardoneo creciente que parecía acercarse hasta el nivel de las campanas. Después, instintivamente, José Luis, el hijo del jefe de la estación, se echó sobre el catalejo marineroy, en rapidísimo compás, recorrió el horizonte de las afueras hasta atrapar la silueta del aparato. Pronto comenzaron a disparar algunas escopetas desde las calles más amenazadas por la cercanía de los soldados moros, más que por considerarlo peligroso, por responder de algún modo ruidoso al envío de aquel juguete cuyos vuelos parecían a punto de quedarse sin la fuerza de un motorcito tan sofocado y como cercano a quedarse sin gota de gasolina. Pero no, qué va, la avioneta, lejos de emprender la prudencia del regreso, soltó un ronquido denso y serio, para elevarse ciento o doscientos metros más, un minuto antes de soltar varias bombas sobre la barricada levantada con adoquines en una de las bocacalles. Todo el pueblo pareció vibrar entonces con cada uno de los estallidos, y del silencio imponente y extraño del mediodía, brotaron los gritos airados de los heridos y la sucesión de disparos inútiles contra el vuelo de un cacharro que, de improviso, alcanzaba la importancia trágica de lo que se hace odioso y temible... Hijo de puta el aviador, hijo de la gran puta... José Luis buscó ansiosamente con el pequeño telescopio

la cabeza del piloto, y, como en aquel preciso instante se acercaba la avioneta hasta menos de trescientos metros de la torre, pudo sorprender el muchacho la satisfecha sonrisa con que el aviador festejaba su último acierto de puntería. A izquierda y derecha llevaba, entre las alas y la cabina, unas redes cargadas de granadas de mano muy parecidas a las pinas del pinar, sólo que muy renegridas y feas... Se está riendo el muy mamón, se está riendo... Pero por poquísimos tiempo, pues Agustín, el camarerillo, había disparado ya, después de apuntar con el arma en el punto de mira, y debió de alcanzar al piloto, no en la cabeza, sino en alguna parte inferior del cuerpo. José Luis pudo contemplar el retorcido gesto de dolor que multiplicaba profundas arrugas en un rostro cubierto por enormes gafas oscuras, y, de inmediato, el desequilibrio del aparato, que fue perdiendo altura en dirección a la vega como uno de aquellos aviones de papel que Pepito, el repartidor de pan, lanzaba de niño en mitad de la clase de don Aurelio. Finalmente chocó allá abajo en una alcantarilla, y, al incendiarse el motor, estallaron también las bombas de mano, elevándose la humareda hasta la altura blanca de las casas más cercanas al borde violento de los barrancos. Voces y disparos al aire parecieron festejar la cacería. Pero los tres muchachos de la torre se miraron unos a otros como si cada uno necesitara la orientación de los demás para decidirse a festejar o a lamentar aquella rápida forma de acabar con la vida de un hombre. Por su parte, Agustín elevó su fusil y haciendo girar el cerrojo lanzó lejos de sí el casquillo aún humeante que acababa de abatir la amenazante soberbia de la avioneta. Pero su mirada, de improviso apartada del borrón humeante que se elevaba sobre el paisaje de los trigos rubios, reflejaba una profunda tristeza... Vamos, Agustín, no pongas esa cara. El tío ese ha tirado quince o veinte bombas y seguro que ha matado o malherido a más de un compañero nuestro... Pepito iba a decir algo sobre el amargar que sentía al ver lo fácil que se podía morir o matar durante una guerra. Pero un ruido de disparos de fusilería llamó la atención de los tres muchachos. José Luis enfiló el catalejo hacia el extremo más alejado de la calle Ancha y pudo ver cómo unos veinte moros avanzaban poco a poco, saltado de puerta en puerta sin dejar de disparar un tanto a ciegas contra los escopeteros apostados en las azoteas. Poco después, sonaron aisladas carreras por la plaza, alrededor de los cimientos mismos de la torre, y, cuando los disparos de los fusiles invasores comenzaron a sonar más y más cerca, llegó hasta el campanario la voz del padre de Agustín que llamaba al hijo con angustiados gritos. Al asomarse, le vieron, muy nervioso, allá abajo, sobre uno de los tejados más próximos a la iglesia, alzados, muy alzados los brazos: Huye, hijo, no te quedes ahí, Agustín, mira que no hay quien los detenga

y os vais a quedar atrapados ahí arriba como en una ratonera... Sonaron aún más cercanos los disparos y el padre de Agustín bajó la pendiente del tejado en un dejarse resbalar hasta la seguridad encalada de una azotea. Los tres jóvenes se miraron entre sí, en silencio, y ninguno de ellos se dejó vencer por la tentación de volver los ojos hacia la hondura de la escalera de caracol que parecía esperarles para la escapada. José Luis habló en voz alta: Nos quedaremos aquí hasta el final... Y, con un gesto, les señaló a sus compañeros el hueco de campana desde el que habrían de disparar como nunca hasta ahora lo habían hecho. Agustín apuntó su arma hacia el fondo de la calle principal. A la izquierda, se extendía la grandeza plana de la vega, cruzada en diagonal por la recta enorme de la carretera, desde siempre trazada como una invitación a los encandilados alejamientos de la aventura. Pepito arrimó a un rincón las dos cajas de balas, exageradamente doradas por el sol de las doce, hasta convertir la munición en una apariencia de tesoro de cuento de piratas, y José Luis dirigió el catalejo hacia una de las calles que desembocaban en los principios del olivar y vio cómo pasaban, de uno en uno, hasta quince moros, sudorosos y sucios, pantalones de gigantescos fondillos, brillantes de sudor unos rostros que asustaban, más que por su rareza, por el mismo terror propio que expresaban sus labios abultados y por la forma de aplicar el oído y recorrer en redondo con mirada nerviosa las fachadas bajas de la callejuela, por la que avanzaban muy pegados a las paredes recientemente encaladas, como de chocolate las manos que agarraban nerviosas los largos fusiles, como si fueran tablas de naufragio, pringosas las rizosas barbas y resudados los turbantes descoloridos... Ya están entrando por la costanilla de Las Cabras... José Luis dejó de mirar por el catalejo y empuñó su mosquetón. Comenzó a disparar hacia el recodo de la distante callejuela y Pepito y Agustín concentraron también su tiroteo contra aquel mismo punto. Las blanquísimas azoteas parecían devolver hacia el campanario el eco de las detonaciones. Pero, al fondo, por donde avanzaba el enemigo, habían cesado los disparos. Como hormigas asustadas corrían los hombres hacia la parte más alta del pueblo, abandonadas ya las escopetas en el fondo de algún pozo en mitad de la calle donde se impuso la primera carrera del desconcierto. Pepito se acercó al catalejo y fue revisando con él la amplitud del panorama. Allí estaban los hombres de la estación y sus familias al lado de la pequeña locomotora con su humo y los dos vagones durante tantos días preparados por el padre de Agustín para emprender la retirada. Todos, hombres, mujeres y niños, estaban pendientes de que se les hiciera desde la torre la señal temida del banderazo negro... Creo que ha llegado el momento de avisar a los

del tren... Agustín no dijo palabra. Cogió la vieja bandera improvisada con un retal de terciopelo de luto y lo agitó en dirección al ferrocarril. Pepito contempló el efecto de la señal... Ya se enteraron y están subiendo a los vagones... Agustín, tu padre nos saluda con las dos manos abrazadas... El muchacho se puso a mirar por el aparato, pero ya no llegó a tiempo de verlo. El jefe de estación estaría montado ya en la máquina. Desde aquella parte del pueblo, el silbido largo de la locomotora parecía acuchillar los costados de un silencio tan enemigo. Poco después apareció el primer moro allá abajo en una de las esquinas de la calle Ancha, cerca ya de la redonda amplitud de la plaza... Ahí tenemos a uno de esos bichos... José Luis hablaba con una extraña serenidad... Supongo, Pepito, que dejarías bien cerrada la puerta de abajo... El panadero hizo un gesto tranquilizador, y Agustín, por su parte, envió tres balazos hacia el lugar por donde presentía escondido al moro aquel primero de la avanzadilla. José Luis enfiló el catalejo hacia la planicie imponente de la vega y reconoció a innumerables compañeros que huían... Esto está perdido y todos huyen, pero nosotros tenemos que darles todavía mucha guerra a los canallas esos... A lo lejos, un cornetín dio un toque largo y desafinado. El silencio se hizo aún más espeso. De noche parecía, a pesar del sol grandioso de la una de la tarde.

No se acercaron del todo hasta que la avioneta quedó reducida a un abultado rescoldo, cada vez más delgada la columna de humo que se estiraba en un intento inútil de tiznar los azules del cielo.

Un agrio olor a gasolina que se quema parecía enmascarar el hedor macabro de la vida recién acabada entre las llamas. Sólo la hélice, se ve que desprendida al chocar en tierra, conservaba intacta su silueta de velocidad frustrada. Pero nadie miraba con orgullo y desprecio el montón aquel de cenizas, porque los pueblerinos adivinaban que la avioneta había sido algo así como un primer aviso de superioridad que la capital enviaba para achicar valentías y reducir atrevimientos. Ni palabras ni gestos celebraban la extraña cacería, porque la gente del pueblo sabe, por dolorosa experiencia, que los de la capital llegan siempre con algo que los hace invencibles y poderosos: máquinas, palabras imponentes y sonoras, armas y modos que doblegan, razones que se inventan allí donde administran la riqueza que los pueblos sacan a los campos. Y notaban también los pueblerinos que se enfriaban más y más los cañones de sus escopetas, porque las escopetas, al igual que el resto de las cosas de los pueblos, sabían, desde ya mismo, que jamás ganarían aquella guerra, porque, nada más empezada, les habían enviado estallidos de bombas desde las soberbias alturas

del aire.

El heredero de Olivoloco te ha ofrecido asiento ante la mesa del despacho que tan contadas veces usaba Carlos Cal... Menos mal que usted lo reconoce... Y, al contestarle que sí, Paco Cal se levanta del asiento, con las manos cruzadas a la espalda, y se pone detrás de ti... Lo que no me cabe en la cabeza es que, siendo usted como es tan amante de las cosas del campo, y, sobre todo, de los caballos, haya podido decidirse a matarlos, y usted, en persona. Fernando, el capataz que tanto había mimado a aquellos animales, increíble, aunque lo haya hecho por cumplir una orden dada por mi padre, porque, si le digo la verdad, de todo lo ocurrido, sólo me explico el hecho de que usted no haya querido verlos muertos, con las patas en las más raras posturas, cubiertos de espuma los hocicos, fuera de sus órbitas los ojos, amontonados los cuerpos junto a la puerta, por donde se ve que quisieron salir en busca de aire libre o quizá deseosos de echar a correr, como si al galopar pudieran alejarse de la muerte... Sobre la estantería de libros, delante de gruesos tomos antiguos, hay unas cuantas fotografías. Tú, Fernando, desentendido de las palabras de Paco Cal, fijas tu atención en aquel cuerpo joven de Trudy Brot, que sujeta un caballo por la brida, y recuerdas aquello que te decía Carlos Cal, poco después de conocer a la alemana: Es rubia, pero se vuelve morena cuando monta a caballo o bebe gazpacho o mordisquea el jugoso verdor de un higo chumbo... Paco Cal se ha sentado de nuevo en el sillón frailuno de alto respaldo... Y quiero que sepa una cosa, Fernando: si yo le denunciara, de fijo que le costaría unos años de cárcel, independientemente de la importante indemnización que habría de satisfacer por el alto valor que alcanzarían tales caballos. Pero quiero respetar la voluntad de mi padre y no tendrá que preocuparse por lo que ha hecho, puesto que he determinado echarle tierra al asunto, aunque, a cambio, me agradaría que usted me explicara las razones que mi padre le dio para que usted, después de su muerte, llevara a cabo tamaña matanza. Porque yo estoy seguro de no equivocarme al pensar que esa liquidación fue decidida por él sin perderme de vista a mí, o, dicho más claramente, para fastidiarme a mí, acaso para evitar que lograra un par de millones por unos animales que yo aborrecía y que para él supusieron tanto... Paco Cal se ha sorprendido al ver que te ponías de pie, sin pronunciar palabra, sin responder a los vacíos de su intriga... Don Francisco: usted mismo lo ha dicho todo y no hace falta que yo le explique nada... Te has dirigido hacia la puerta del despacho y el hijo de Carlos Cal te ha seguido silencioso y pensativo... De todas formas, sepa usted que todo lo ocurrido ha

perdido ya su importancia, porque, a partir de ahora mismo, lo único que interesa es elevar la producción de la finca, mediante una rápida mecanización... Has llegado a la gran rotonda de los viejos olmos y te vuelves para enfrentarte, de cuerpo entero, con la ancha y alta fachada de Olivoloco. Algo te dice que tú, al igual que el poderoso caserío, estás cansado y que debes empezar a tomar las cosas con calma. Tienes que hacerte a la idea de que todos los caminos mayores de la finca estarán dentro de poco oscurecidos por el alquitrán hirviendo y que echarán cemento sobre las brillantes piedrecillas de la cuadra, porque, dentro de unos días, bajo sus arcadas de ladrillos granates, descansarán las altas ruedas de los tractores y serán arrancados de cuajo los bien barnizados pesebres de caoba.

A mitad de camino entre el gañán y el amo, se movían los capataces, restallaban sus voces de dominio con rigor aprendido en las tardes peores de los sueños, se dolían de las lluvias que encharcaban, y se pasaban horas y horas aguardando nubes por los cerros, cuando los dientes de la tierra reseca roían las raicillas de los trigos. Porque más que serviles eran criados que tenían para la tierra una ternura que casi nunca tuvieron los amos y un raro estilo de ponerse alegres con las cosechas grandes, sin esperanza de ganancia alguna. Eran gañanes que vinieron a más, aunque nunca a ricos, a quienes los de abajo llamaban esclavos distinguidos, por el amén a cuanto salía por la boca del poderoso y raramente comprensivos para la enloquecida dejadez que tenían unos hombres sin apenas ilusiones más allá del gazpacho. Al igual que Fernando, los capataces, hijos de capataces viejos casi siempre, sabían ponerse el sombrero de ala ancha desde jóvenes, el sombrero gris de grueso fieltro y cinta negra que les hacían destacar entre gañanes, entre los otros hombres que por nada del mundo cubrirían sus cabezas con un sombrero de tanta elegancia señorita, prenda que aligeraría demasiado las protestas de su presencia, mondas sus cabezas de pelo muy cortito, porque los sudores del sur no consienten el refinado capricho del dejarse crecer la cabellera.

La mañana se había presentado en nubarrada y triste. Trudy Brot se sintió atrapada por las paredes claras de Rancho Espuma, coloridas paredes que ya no lograban ofrecer la alegría de otros tiempos. El mar se adentraba por los amplios ventanales, mar agrisado y como quejoso por los prolongados olvidos que le dedicaba el blando caserío de la familia Junco, desaparecida del vivir sin dejar otro rastro que esta extraña presencia de Trudy, tan sólo unida a la distinguida estirpe por el hijo de un instante de amorío tan sólo consentido un poco más allá

de la curva primera de la playa, al amparo de la avanzadilla del pinar espeso hacia las olas, casi por piedad para un Julio Junco frío que repentinamente vibró de fiebre, todo un verano en sus brazos durante el atrevimiento de aquel baño en la playa arisca de pleno otoño, niño de mano manchada, de mano que evitó la confusión para siempre en cuanto a la paternidad ya dada por segura en Carlos Cal. Y cómo había cambiado todo por culpa de aquella mañana en la que sólo hubo un poco de placer y, eso sí, mucha sorpresa al ver a Julio Junco tan extrañamente ardoroso, tan ansiosamente insatisfecho en cada beso largo, tal y como si todos los deseos carnales que jamás habría tenido se le agolparan de pronto en la mano de la caricia, en los labios y en el cuerpo todo, tan hoguera. Se recuerda Trudy Brot a sí misma, después de salir del chalé aquel de la ciudad, olisqueada por los chatos mastines de Carlos Cal, con el lloriqueo de su recién nacido entre los brazos, quemante aún la huella del bofetón en la mejilla, rotos de improviso los propósitos largamente saboreados de noche en noche, cuando Carlos Cal llenaba el dormitorio con aquella mezcla de fragancias que traía su presencia, de aromosos yerbajos en los botos altos y de pámpanos de viñas en los pantalones recios, perfumes naranjeros en los hombros, olores agresivos de caballo en las manazas peludas, y una mezcla de humanidad y paisajes y pájaros y árboles y toros y racimos de uvas y leña que arde en la chimenea mayor de Olivoloco, cerca la botella de coñac y la sala como muy llena de la sensación de poder atosigante que daba su presencia, en todo momento dispuesto a romper la monotonía del tiempo y de la gente, mortal enemigo de todo cuanto se plantara con descaro frente al campo y sus cosas, y, sin embargo, no tan fuerte como podría pensarse, pues bien pronto se apercibió ella de que el cuarentón no se encontraba muy seguro de sí mismo, y no por su clara debilidad ante cada mujer que deseaba, sino por su extraño miedo a sentirse solo, por su encontrarse igual que un niño huérfano en cada momento de vacío, en cada trozo de tarde sin algún motivo que le hiciera entusiasmarse con la vida. Por eso amaba tantas extravagancias y, por lo mismo, hacía tantos revuelos y ruidos casi siempre en horas de tener ganas de llorar sin razones concretas, compungido y dominante, aunque una vez que se desahogaba con lágrimas, se ponía como endemoniado por la vergüenza que sentía al imaginarse que alguien le viera llorar, porque es casi seguro que también estaría acostumbrado a hacerlo con frecuencia en su mundo aparte, durante sus clausuras de borrachera nocturna, cuando no lograba distraerse ante las tristezas que le atacaban entre las cuatro paredes de su silencio, sin nadie cerca a quien mandar con gritos en su acostumbrado método para librarse de obsesiones y aburrimientos. Pero, al mismo tiempo, Trudy se

sintió atraída, desde un principio, por aquella fuerza de vendaval, torrente o trueno que Carlos Cal derrochaba en cada momento de su vida, sin distinguir entre circunstancias que valían o no valían la pena, toda la vida por la borda, porque sí, o, mejor dicho, porque era ésa la única manera que él conocía de evitar los acosos agrios de la soledad, de una soledad que se le volvió gigante desde que ocurrió lo del parto, a raíz de venirse Trudy a vivir en Rancho Espuma, entre los mimos con que doña Laura le agradecía el improvisado regalo del nieto, a pesar de que bien de sobra sabía la vieja señora que tal nacimiento había sido extraña consecuencia del azar, como tantas otras cosas de la vida, pues para la madre de Julio Junco, la vida era un acarreo de sorpresas blandas o duras, sin que apenas podamos hacer algo por evitarlas o atraerlas, razón por la que, según ella, había dejado de llorar desde un poco antes de haber dejado de ser una niña, días después de morir su madre, aún joven, rubia, hermosa y ágil, a la que ella amaba con la exagerada admiración que los niños dedican a las personas que ellos consideran libres de las amenazas de la muerte, seres tan perfectos que no pueden ser imaginados en la vencida y grotesca quietud definitiva de los muertos, y sí, su madre sí había muerto, lo pudo comprobar ella misma al ver su cuerpo envejecido, tan sólo una ligera semejanza entre un rostro y otro, desfigurada la fisonomía tan bella de cuando viva. Y ya, a partir de entonces, todo lo malo era tan posible como inevitable y de nada serviría gritar o llorar ante cada una de las desgracias que tendría que conocer durante el resto de su vida. Entre otras, la más honda, sin duda, la muerte de su hijo Julio, en un paisaje helado de Rusia, qué entereza tan atroz la suya, allá en Berlín, nada de doblar ni por un momento la derecho imponente de su cuerpo, hasta el punto de ganarse la admiración de los generales alemanes que asistían a las honras fúnebres, qué señora, qué fortaleza de espíritu, cuánta elegancia en medio de la tragedia, con su vestido, no de luto riguroso, no, nada de eso, sino de tela gris oscuro que le caía divinamente a su modo de encararse con la muerte de los suyos, tal y como si, desde muchísimo tiempo antes, viniera preparando sus adentros para no descomponer su serenidad en el momento de cumplirse la temida amenaza, método este que, sin embargo, no pudo aplicar a la muerte de su nieto, quizá porque la muerte de un niño no es una muerte seria y consecuente, sino más bien un inesperado robo de la vida, un arañazo sobre la piel más fina y limpia del tiempo, sin que el ser haya llegado siquiera al principio del vivir, además de que, para doña Laura, la muerte del hijo de Julio significó el final, un final exageradamente adelantado, porque ella, tan previsora en estas cosas de la muerte, había calculado que el nieto la sobreviviría y que

ella no tendría que vivir la angustia mayor de saberse la última en morir de toda su familia, puesto que no consideraba como familia a Trudy, madre del nieto, pero no esposa de Julio a partir de cuya muerte, eso sí, le rogaba con insistencia que viniera a Rancho Espuma, y no para que le llevara al niño, pues el niño, desde un principio, había pasado a ser propiedad exclusiva de la abuela, sin que Trudy, a sus veinte años de alemana en guerra, le pusiera muchos inconvenientes a tal apropiación, sino todo lo contrario, porque de esta forma le era posible disfrutar al máximo las emociones de las batallas, hija ella y hermana de aviadores heroicos, secretaria de un alto jefe del estado mayor en el frente ruso, nunca demasiado lejos de la indisciplinaria botella de champán bien frío en el más silencioso y hondo escondite del bunker, corta la conversación con el oficial de noche, revoltijo de mapas arrugados y jadeos de placer mientras zumba allá arriba la tozuda cantinela que silban los bombardeos, y en los hospitales de avanzadilla, casi en montón los heridos bañados en sangre, aquello de curarse la depresión mediante un hacer el amor en unión pasajera y fortuita con un médico del que sólo conocía el rostro, ni el nombre de pila tan siquiera, sobre la marcha, ahí mismo, en una camilla manchada de sangre todavía fresca, entre enfermeras que se hacen las distraídas, y zas, salir media hora después en un avión de caza, rumbo a otra línea del frente, joven el piloto que no cesa de enviarle, por el megáfono, piropos requemados por la guerra, sin echar cuenta de los proyectiles antiaéreos que estallan a un lado y otro de la cabina, y de nuevo el amor, allí, al fondo del hangar, quizá sobre la seda grasienta de un para-caídas roto, ay si la pudiera ver en estos instantes el Carlos Cal que ahora estaría descorchando su segunda botella, de fijo que en compañía de alguna muchacha de la tierra, de las que él prefiere, delgaditas, crujientes, campo puro, según él, con toda la miseria y toda la alegría que el campo tiene por allí, amargo como la aceituna el sabor de sus besos y un olorcillo a candelita prendida al atardecer. Pero, dijera lo que dijera, jamás lograría olvidarla a ella, y qué bien que lo supo Trudy desde el principio, porque a Carlos Cal se le notaba, desde la caricia primera, que con ninguna otra mujer había estrenado tantas sensaciones, y tan del todo nuevas, asombrados sus ojos, tembleque en los dedos, continuo dentelleo sobre los labios, palabras dichas a medias como en sueños, confuso el poderoso Carlos Cal a la vista de una belleza tan distinta de la belleza morena que él acostumbraba a dominar y someter, belleza como de mármol, aseguraba sorprendido, pero mármol caliente, mármol hecho de azúcar y limones dulces, mármol muy fuerte y muy tierno, como columnas tus piernas y, al mismo tiempo, jugosas como carne de peras de agua... Y, al final de la guerra, con no pocas dificultades, la

llegada en primera visita indefinida a Rancho Espuma, con sus blancos de hospital de reposo para los nervios rotos por la derrota, su rostro lentamente estudiado en el espejo anchísimo del cuarto de baño, detenida la atención en las profundas ojeras, socavadas por tantas intensidades, por tantísimas experiencias de gozo afilado hasta el punto de hacerse doloroso en los aledaños de la muerte, y, al volverse hacia la ventana, junto con el sol temprano, recibió el aire que le traía los viejos aromas conocidos de Olivoloco, tan distintos a estos otros de Rancho Espuma, giro de tierra marinera, siempre a punto de subirse a un balandro y desplegar la vela y perder de vista los naranjos que, junto con el pinar espeso, hacen fronteras con los broncos terrenos de Carlos Cal, al que adivinó ya enterado de la llegada de ella, y dispuesto a verla cuanto antes, fuera como fuera, sin reparar ni en modos ni en medios, pero no fue a Carlos Cal, sino a su hijo, Paco Cal, dieciocho años, a quien vio primeramente, un día después de su regreso, en un café de la capital. Se le acercó, muy educado, pero casi jadeante de tan nervioso... Es usted Trudy Brot ¿verdad? La conocí hace unos años. Yo era entonces un niño, pero ya sabía yo valorar la hermosura de una mujer. Después, usted se fue a Alemania, y yo seguí admirándola, gracias a las muchas fotos de usted que hay en Olivoloco... Trudy no necesitó que el muchacho le dijera su apellido. Era el hijo de Carlos Cal. Suyos eran algunos de los rasgos de aquel rostro que tenía delante y no necesitaba explicación alguna para conocer las verdaderas intenciones que llevaba aquella presentación tan espontánea. De nada le sirvió a Paco Cal que, de momento, encubriera sus deseos bajo una simple apariencia de adoración platónica. La mirada del hijo era tan ansiosa como la de su padre, pero Trudy no se dejó llevar por los atractivos de la sorpresa, por aquella ocasión de recordar viejas cosas y de hallar la contestación a la guerra... Por los ventanales de la sala entró aún más apagada la luz del nublado. Trudy Brot se asomó a la terraza con un nerviosismo que exigía pronto remedio. Bajó las escaleras y llamó al casero de Rancho Espuma. Poco después salió a caballo en dirección a los pinares, en busca de una estrecha senda que sube hacia los altos cerros de Olivoloco.

Las gentes rubias de los altos de Europa se quedaban boquiabiertas ante la desencajada forma que tenían de entender la vida estas gentes camperas de piel y pelo oscuro, amigas íntimas del hambre, en continuo rodar por una desgana que va pendiente abajo hasta los llanos silenciosos de la tragedia. Trudy se sintió mirada desde el primer día como se miran las cosas que no están vivas del todo, igual que se contemplan las estatuas, lo mismo que se ve pasar un viento fuerte.

Levantaban la voz cuando le hablaban, más que como a sorda, como a persona que, estando al lado mismo, la creemos todavía muy distanciada, porque la gente rubia de los altos de Europa, una vez que había llegado, parecía que estaba por llegar, compungidos los rostros atónitos ante tantísima vida vivida del todo, al revés que la vida de ellos y frente al modo vivaracho con que los ojos negros se entendían en el instante grandioso de llegar a compadecer, desde la miseria de los gañanes, la existencia bien vestida y comida del extranjero, de ese niño grande y rubial que se pasa horas enteras mira que te mira la estatura de una torre o la curva picuda de un arco de muralla. Y es que eran aquellos gañanes de la tierra misma. No árboles ni frutos del paisaje, sino tierra, verdadera tierra que andaba y que vivía con la perpetua soñalera que la tierra tiene cuando la calienta así tan de lleno la fogata del sol. Y como Carlos Cal se sabía dueño y señor de aquella tierra, amaba a las mujeres de esa tierra con la apasionada indiferencia del arado que ara y de la mano que siembra. No como a Trudy, porque a ella la amaba como sólo se aman las cosas que inventa la fantasía, con la extraña fiereza que tienen los colmillos sobre la fruta criada en tierra muy lejana y muy ajena.

Le parecía mentira que los pasos de su carrera sonaran tanto por la alzada estrechura del callejón de las Monjas. Y eso que apenas sí ponía sobre el suelo el esparto de las alpargatas, ansioso como iba de llegar a la plaza y cruzarla camino de los amurallados altos del pueblo, todavía en su frente la silueta del moro, que, dorado por el sol de las doce, salía del Convento de la Virgen con la cabeza de una imagen entre las manos, fusil en bandolera y rostro de niño satisfecho por el botín, la algarabía de voces africanas que brotaba como de una fuente allá en los vericuetos de la clausura rota, cuando fue descubierta la presencia del muchacho, que echó a correr entre estampidos de pólvora y silbidos metálicos de balas, hasta lograr un alivio al doblar la esquina, aunque por muy poco tiempo, ya que, en su persecución, los del turbante repitieron, salpicadamente, su tanda de atolondrados tiros, sin tiempo de apuntar, nada más que medio apoyadas en el hombro las culatas, mientras Angelito reconocía la voz de José Luis, el de la estación, que le animaba a correr más y más desde la altura de la torre, no te pares, sigue, sigue, no te pares, y bajaban de arriba los balazos, camino del grupo de moracos, no te pares, corre, corre, y ya llegaba, por fin, a la anchura de la plaza, estaba a punto de lograr desaparecer tras la esquina de la iglesia, pero no, no pudo ser, porque tres pinchazos, tres puñaladas calientes agujerearon su espalda, y fue entonces el traspies final, enredadas las piernas, relámpago y

trueno el golpe de la cabeza sobre los adoquines, y la voz de José Luis, que no cesaba de gritarle, sigue, sigue, levántate y sigue, pero el cuerpo de Angelito sólo se movió para quedarse boca arriba, como si buscara una postura más ancha y entregada para morir. Agustín el camarerillo soltó el mosquetón después de enviar un nuevo y rabioso disparo hacia el tramo sin nadie de la calle Ancha y empuñó el catalejo para contemplar el rostro de Angelito, vivo aún, adormilados los ojos, hilillo de sangre por la comisura de la boca, pecho abombado en una respiración imposible, la leche que mamaron, y a Pepito le salió la voz medio astillada en llantos, quince años agonizantes sobre el suelo gris, todavía mueve los ojos, oye tú, y si le mandamos unas balas para que no sufra, y la mano de José Luis que desvía el cañón con que Agustín apuntaba ya hacia la cabeza del muchacho herido, no seas bestia, hombre, cómo has podido pensarlo siquiera, y así fueron pasando horas y horas, más y más angustiosas porque un silencio espeso había cubierto por completo las cosas todas del pueblo, y los muchachos de la torre no dejaban de contemplar la agonía de Angelito con el catalejo, detalle a detalle de convulsiones y estertores, y a ver si se muere por fin, pobre chaval, menos mal que ya no siente dolor alguno, qué va, ni se entera, y, sin embargo, comprobaban, uno después de otro, que el herido movía aún los ojos o los labios, y Agustín que volvía a insistir, oye, José Luis, mira, le podríamos disparar los tres al mismo tiempo, apuntando a la cabeza, y descansaría por fin el pobrecillo, y José Luis, que ni hablar, que quiénes eran ellos para disponer, sin más, de la vida de otro hombre, y a punto estuvo el hijo del jefe de la estación de repetir lo aprendido en la escuela, de que en eso de la muerte nadie debe sustituir a Dios, o cosa parecida, y se quedó callado, muy callado, los ojos fijos en los de Agustín, como si quisiera expresarle el cariño que sentía por sus compañeros de peligro y por el chaval que se estaba muriendo allá abajo en la plaza, con las últimas luces de una tarde calenturienta, a la espera de una noche que nada bueno podría traer para los tres muchachos de la torre, para los tres atrevimientos que empezaban a sentirse impresionados por aquel seguir en alto, rodeados de pueblo abandonado por los suyos, pueblo blanco de miedo, pueblo rendido ya a la voluntad del enemigo, menos los arrestos de ellos tres, que siguieron contemplando, hasta que se hizo totalmente la noche, la interminable agonía de Angelito, el morir primero que ellos conocían en carne joven, en una vida nueva, un morir con los años esos que se sienten definitivamente inmortales, hasta que llega el día en que comienza una guerra.

No, qué va, no era ni parecido a cuando un chaval de quince años se ahogaba

en alguna poza del río, ni tampoco podría compararse con la muerte de un chaval que, casi a punto de hombre, termina destrozado por el tren. Porque el morir a tiros con la edad más chispeante de la vida, nada tiene que ver con el negro sino de la mala fortuna ni con la provocativa vocación de la imprudencia. Muere a balazos un muchacho y se derrumban leyes y se pone que hierve la sangre de los suyos, porque tales balas matan, más que una vida, un jirón de hermosura de la vida, de la más limpia vida que se mueve aún entre pesares y desengaños. Termina a tiros la existencia de un chaval que ya tenía la cabeza poblada de muchachas y se ponen rabiosos los pueblos y muerden con saña y matan sin motivo.

Vaya con Fernando, hombre, que no hay quién le eche un ojo encima... Sin preguntarte, Aniceto te ha servido un buen vaso de vino blanco, sobre el mostrador viejo y oscuro, de madera herida por lejanas cuchilladas, remanchado de aceites y vinagres y con un rancio olor a bacalao y aceitunas zapateras... ¿Y qué? Buena muerte tuvo el viejo ¿no? Un bache en el corazón, y hale, al otro mundo, sin médicos ni nada, siempre fue hombre de suerte, y, si no, que me lo pregunten a mí, que me parece que lo estoy viendo sentado en el jergón, negra madrugada aquella, puro nervio yo, la docena de cafés choca que choca en la bandeja, al llegar y ver a un forastero que decía a gritos que lo que había que hacer era fusilar, pero que ya mismo, a los presos, porque los señoritos en la capital se habían hinchado de matar gente del pueblo y, a todo esto, los presos lo estaban oyendo todo, y hay que ver lo sereno que estaba don Carlos Cal, vaya tío, sentado en el camastro como si aquello no fuera con él, clavados sus ojos la mar de tranquilos en el forastero que seguía pidiendo fusilamientos, hasta que el alcalde llegó a los sótanos y dijo que allí no se mataba a nadie más y que si se habían cargado a don Fidel fue porque él no se enteró a tiempo de impedirlo... El tabernero Aniceto ha puesto cara de recordar detalles muy tristes y lejanos... Quién me iba a decir que aquel jaleo estaría a punto de costarme a mí la vida, digo, que si no es por tu patrón, no veas la de jaramagos que habría criado yo a estas alturas, oye, porque resulta que, cuando llegaron los otros y echaron a los presos, les faltó tiempo a un par de ellos para venir en mi busca, que te vengas ahora mismito con nosotros, a ver si tiene huevos de reírte como el otro día, y yo que no sabía lo que querían decir, ah, conque no ¿eh?, pues menuda risita te salía, sí, cuando te presentaste con la bandeja llena de cafés y estaba el cabrón aquel dale que te dale con que tenían que fusilarnos, y tú, claro que sí, que te reías, mientras nos mirabas, muy satisfecho, y a ver, a ver si ahora te ríes... Tú,

Fernando, deseas terminar de una vez con aquella avalancha de recuerdos desagradables y haces ademán de despedirte, pero Aniceto no te deja... ¿Sabes tú por qué quisieron liquidarme? Ni risitas ni leche ¿estamos? Para mí, que algunos de los señoritos no me perdonaron que yo les viera demacrados, sucios y cagados de miedo. Eso es. Y menos mal que don Carlos se presentó en los calabozos, porque mi mujer fue a buscarlo, ay don Carlos, por lo que usted más quiera, y él habló con éste y con el otro, y, como era un tío muy entero, le hizo cara a los empeñados en quitarme de enmedio, me sacó y me llevó hasta Olivoloco, que no veas cómo respiré al verme allí en el campo, donde, como tú sabes, me encontré con Roque el Picacho, al que una noche antes sacó don Carlos de la camioneta misma, y todavía me acuerdo de cómo lloraba sin parar, y venga repetir la misma pregunta, pero ¿por qué me querían fusilar la garganta esos hijos de su madre, por qué? y hasta que pasaron unos cuantos meses, a Roque el Picacho no le salían los cantos del cuerpo, porque, según repetía una y otra vez, el miedo le había dejado los pulmones así de chiquitos.

Fueron días de quitar a puñados la vida de los de enfrente, la vida de los que se atrevieron a presentar reclamaciones y demandas contra los dueños de la tierra o la vida de aquellos otros que siempre fueron hombres de corbata y misa de doce los domingos, sueltos en manadas los rencores de pobres y ricos, todo garras, panza arriba, el gato de los odios, de los odios espesos que recordaban miradas y palabras de amenazas o desprecio, para borrarlas con terror sobre los últimos paredones de los pueblos, por donde empieza el campo y terminan las cruces de los cementerios. Ristras aquellas de matanza que se agrandaban cada vez que alguno, de cualquier lado de la guerra, conseguía librarse por pelos de la muerte, y llegaba a los suyos, todavía en el aliento el humo de la pólvora, detonante su grito para la revancha, implacables sus cuentas de los charcos de sangre y de las uñas clavadas en la tierra.

Una vez terminado el rosario, la madre superiora se vio rodeada por la curiosidad de las monjas. Todas querían saber quién era aquel Carlos Cal por cuya intención había recomendado ella los rezos de la tarde. De todas, las más curiosas, las novicias, quizá porque en sus traviosos chismorreos de torno habrían oído campanas sobre la intensa historia del amo de Olivoloco, sin que fuese raro suponer que, en contra de las reglas, hubiesen llegado a conocer, sin rechazo, algunas de las picantes anécdotas que el pueblo recordaba con motivo de su muerte. Y, por supuesto, no se le escapaban a la superiora las habilidosas

martingalas con que las monjitas dejaban caer sus preguntas, por ver si, como el que no quiere la cosa, averiguaban el porqué nada menos que ella solicitaba oraciones para un hombre de fama tan libertina. Y no, no resultaba fácil explicar aquella decisión suya, tomada al cabo de casi una semana del entierro, después de vencidas no pocas dudas, como bien lo sabe Dios Nuestro Señor, pues consideraba que era mi deber expresar en nombre de la comunidad mi agradecimiento hacia aquel hombre, del modo más espiritual, y qué mejor que un rosario por la salvación de su alma, pues a nadie puede darse por eternamente condenado, y ya advirtió bien claramente Nuestro Señor Jesucristo aquello de que no juzgáramos, aparte, no lo niego, aunque jamás lo diré a persona alguna, que me impresionó muy profundamente aquel hombre cuarentón de voz opaca y modales duros que junto a otros señores se prestó a acompañarnos en el regreso a nuestra clausura, juntas como un hato de ovejas medrosillas, revestidas de nuevo con nuestros hábitos de marrón estameña y tocas blancas, muy remiradas por la gente del pueblo durante aquella travesía mañanera, en la que don Carlos Cal tuvo, entre otras certeras ocurrencias, aquella de mandar que, justamente a nuestra llegada, repicaran los finos campaniles de nuestra linda y entrañable espadaña, lo cual nos hizo llorar de una sana alegría que fue a más, inmediatamente después, cuando pudimos comprobar que el convento no sólo había sido cuidadosamente restaurado, sino que estaba aún más bonito que antes de su allanamiento, bastante más alegres los patios y los pasillos, menos tétricas y húmedas las celdas. Sólo el templo estaba muy dolorosamente cambiado, aunque con arreglo ciertamente digno, pero, claro está, huérfano de sus dorados retablos, desnudos de imágenes unos muros que ahora parecían más enormes y, sobre todo, siendo ya un puro recuerdo el bello artesonado, el vacío de la techumbre daba una impresión difícilmente soportable... Insisten las novicias, nerviosas y retozonas, en torno a la superiora, y cómo era, madre, díganos cómo era él en aquel entonces... Y la madre superiora, sin salirse del tema, elude las referencias que tanto la habían atormentado durante años y años, hasta el punto de considerar la estampa del amo de Olivoloco como verdadero trasunto de sus más enconadas tentaciones, auténtica cruz y motivo de ayunos y cilicios, de noches de pesadilla en invierno sobre el suelo desnudo, y también, eso sí, máxima ocasión de triunfo en sus batallas contra el mundo y la carne... Pues ya veréis: como nuestra sacra clausura había sido violada, don Carlos y demás señores pudieron acompañarnos en aquella primera visita al convento restaurado, y cuál no sería nuestra sorpresa al ver que en la cocina no faltaba absolutamente nada de lo que es más necesario para guisar de inmediato, y, en los corrales,

aquella sí que fue una gran sorpresa, había cien gallinas por lo menos y palomas en el palomar y no sé cuántos conejos en sus jaulas y un par de cerdos y nada menos que dos vacas que rumiaban ya un pienso abundante... Fue allí, en los corrales, no lejos de las gallinas y las vacas, donde Carlos Cal se acercó a ella, por entonces quince años y tan sin malicia, que no cesaba de mirar al labrador rico, tan fuerte, tan seguro de sí mismo, tan dominante y obedecido por los otros señores... Hermana, la verdad, no me explico yo que Dios haya hecho una cara como la suya para esconderla en un convento... A ella le salió una sonrisita incontrolada... Huy, por la Virgen Santísima, qué cosas dice usted... Y don Carlos la miraba muy serenamente, sin malicia, como se contempla los torpes movimientos de un animalito pequeño... Vaya, vaya, hermanita, retiro lo dicho, a cambio de que no deje de rezar por mí... Que no, que no, que las novicias no se dan por vencidas, que una de ellas ha llegado a preguntarle: ¿Y era guapo don Carlos Cal? Revuelo en el patio, carrerillas y carcajadas hacia el fondo de enredaderas iluminadas a medias por el último sol del día. La superiora no sabe si responder o reprender a la monjita. Se decide por reconquistar el orden roto, hace como que le quita importancia a la picara pregunta y, poco a poco, cesan los aspavientos... Lo cierto es que don Carlos Cal costeó a sus expensas la reconstrucción de esta santa casa, y que, además, durante el resto de su vida, nos siguió ayudando en cuantas situaciones difíciles hemos atravesado... Se dispersan las hermanas cuando la superiora hace un ademán de dar por terminada la conversación y se dirige hacia la campanita del patio, para dar la señal de acudir al refectorio. El silencio parece regodearse enredado por entre las columnas y las flores. La superiora, cruzadas las manos bajo la doble anchura de las bocamangas, se siente desbordada por unos recuerdos que, durante tantos años, le han venido hiriendo los costados del alma. Solamente en una ocasión estuvo a punto de perder la limpieza de sus pensamientos. Era primavera. Lo recuerda perfectamente, porque, al atravesar el patio, se sintió inquietada por el aroma de tantísimas flores. Iba, camino del locutorio, en busca de la superiora, y nada más abrir la puerta oyó la voz de don Carlos, una voz que no había vuelto a oír desde hacía cerca de diez años. Ni él ni la madre superiora habían reparado en su presencia. Tras la tupida reja se dibujaba la rotunda silueta del hombre. Se vio tentada de acercarse a ellos. No le faltaban pretextos para hacerlo. Pero no, no debía, no era bueno dar un primer paso. Volvió a salir con pensativa lentitud y cerró la puerta. Nunca como aquel día volvería a revivir sus sensaciones de exclaustrada, en aquel cuartito interior de la casa de don Fidel, junto a la habitación que le fue ofrecida a la que entonces era la madre superiora, que,

desde el primer momento, dispuso que ella, la novicia más joven, habría de ir en su compañía. A los dos días de acogidas en aquella casa, asesinaron a don Fidel. La noticia le llegó a su esposa por la mañana temprano. Había venido el enterrador a preguntar lo que deseaban que se hiciera con el cadáver. Toda la casa era un llanto y la madre superiora fue amansando la tragedia con aquella solemnidad ritual que sólo ella sabía imprimirle al rezo del rosario. Unos días más tarde ocurrió la llegada de los moros a las afueras del pueblo, lo de la avioneta abatida a tiros y, sobre todo, el horror que sufrió, cuando, curiosona, se asomó a una ventana, por saber de dónde llegaban los disparos, y vio correr a un muchacho joven, tan jovencillo como ella, más o menos, y sí, le alcanzaron los tiros debajo mismo de su ventana y estuvo agonizando durante toda la tarde y toda la noche, sin que nadie se atreviera a recogerlo. La novicia rezaba y rezaba, y desde entonces, todos los días, sin falta, ha rezado por su alma. Era casi un niño. También ella era una niña... Y, qué tonta, al amanecer, cuando ya se supo que había muerto, que Dios me lo perdone, pensé que el pobre muchacho podría haber sido mi novio, qué cosas...

Por algo recomienda la monja más anciana del convento que sean traídas de por allá arriba, del Norte, otras hermanas de la Orden menos temperamentales e imaginativas, porque de ese modo se vería compensada la fantasía de las de aquí, demasiado dadas a buscarle los tres pies al gato de la realidad, con el riesgo consiguiente de caer en tentaciones tan frecuentes como graves, porque, a la vista está la ligereza con que ocupan su tiempo en evocaciones mundanas, sin que falten, por desgracia, ciertas quimeras cuyos ribetes carnales suponen verdaderas claudicaciones ante las sugerencias del Maligno, cuyas tinieblas acosan y atosigan con especial insistencia a las novicias, cada día más dadas a fisgar en la calle por las ventanas altas, con muchas y herrumbrosas púas hacia el exterior, pero bien lisas y cómodas para pegar el ojo por dentro y ver pasar las cosas del mundo, sin que las repetidas advertencias hayan logrado poner coto al revuelo de risas con que festejan el paso de las apretadas parejas de novios y, lo que es mucho más intolerable, los contactos y besuqueos de tales parejas, al amparo que la oscuridad del callejón les brinda al anochecer. Razones éstas por las que no se cansa la monja más antigua de proponer que tapien y cieguen las ventanas que dan al callejón, puesto que buena y sobrada luz entra en nuestra clausura por la anchura de sus patios y corrales, así como también que les sea prohibido a las novicias subir a la azotea, bajo tan frecuentes pretextos de ropa tendida, para contemplar el pueblo desde lo alto, incluida la Alameda, principal

atractivo para sus miradas jóvenes en las tardes dominicales, cuando está llena de gente y suena la música de la banda municipal, música que también llega hasta ellas con especial intensidad si sopla el viento del sur, porque es de ver cómo se ponen de ruborizadas y saltarinas.

El casero los había divisado desde un buen rato antes de que llegaran a la fachada blanca del cortijo. Acababa de cargar el carro a tentebonete, con el mulo en varas, mientras descubrió a los tres hombres por la polvorienta distancia del camino, mantuvo en la mano el ronزال del burro, al que aún no le había echado el ancho serón de la palma. Desde el corralillo sonó la voz de la mujer, extrañada de su alargado silencio... Manuel, Manuel... Se dibujó sobre el muro encalado la figura regordeta de ella. Unas botas viejas de hombre rompían la gracia cierta de sus andares... ¿Es que pasa algo?... Él no contestó con las palabras. Apuntó con la barbilla hacia la profunda monotonía que mediaba entre ellos y el arranque bronco de las cuestas que se empinan hacia el pueblo... ¿Te haces una idea de quiénes pueden ser?... La luz del sol, ya bastante resbalado hacia el horizonte, daba luz al sesgo sobre las tres siluetas sofocadas, que forzaban el paso, cada vez con más prisa y esfuerzo, sin dejar de volver la cabeza en repetidos y nerviosos ademanes de gente en plena huida... Saca pronto un cubo de agua, bien lleno... No necesitaba el casero que los desconocidos llegaran hasta él, para medir la clase de sed que dan las atosigadas caminatas del miedo. Un par de chiquillos su pusieron a la altura del padre y miraron también hacia aquellos tres hombres cuya juventud se apreciaba bien desde que atravesaron la alcantarilla de las zarzas. Sonó la herrumbrosa carrucha del pozo y, finalmente, la contundencia metálica del cubo sobre el brocal de granito. La mujer no había quitado ojo del camino, ni siquiera mientras sacaba el agua del pozo... ¿Qué es lo que trae el de enmedio apoyado en el hombro?... El casero achicó los ojos, para lograr algún detalle que lo aclarara todo... No sé quizá sea un cañón de ametralladora, pero pronto lo sabremos... La mujer se acercó a su marido, un niño en cada mano, como si presintiera una extraña y desagradable sorpresa... Todavía te queda tiempo de entrar por la escopeta, Manuel, mira que esa gente no me gusta... El casero la miró con serena parsimonia... Tú, tranquila, mujer, no te pongas nerviosa... Los tres jóvenes, chiquillos casi, se detuvieron unos pasos antes de llegar a la altura de los cortijeros... Buenas tardes, amigos, no hace falta decir que venimos fritos de sed... El hombre del caserío les señaló amablemente la dirección del pozo y ellos, los tres al mismo tiempo, metieron las manos en el cubo para llevarse el agua a la boca en rápidos trasiegos y

sorbetones ruidosos... Uno de ellos había colocado cuidadosamente entre sus piernas el aparato que traía apoyado en el hombro, para poder usar las manos en el atolondrado alivio de la sed. El campero miraba de cerca el alargado instrumento... ¿Se puede saber para qué sirve el cacharro ese?... Uno de los muchachos interrumpió su disfrute de agua... Es un catalejo de marino y alcanza lo que no puede imaginarse... Sin añadir más palabras empuñó el aparato y se lo alcanzó a la altura de su rostro... Mire usted, mire hacia el pueblo, por ejemplo, y lo verá bien cerquita... El hombre aplicó el ojo al redondel afelpado del tubo y casi gritó sorprendido... ¡Qué burrada, madre mía, qué burrada! Mira, mira María, mira por aquí... La mujer, después de unos instantes de torpeza, logró divisar las murallas del pueblo... Pero si se ve el castillo como si estuviera aquí mismo... Uno de los desconocidos sonrió amargamente... También es posible que se vea algún moro en un torreón de aquellos... El campero no se atrevió a hacer ni una sola pregunta. Bien claro estaba que el pueblo había sido tomado por las tropas morunas y que aquellos chavalotes venían huyendo. Pero la mujer no pudo contenerse... ¿Han muerto muchos en el tiroteo? Hasta aquí llegaba el ruido de los disparos... Ninguno de los tres muchachos hizo caso de la pregunta. El que parecía más dispuesto y fino, volviendo al pozo, bebió largamente con los labios puestos en el filo del cubo... Después, agachó la cabeza y se echó agua por la nuca... Si no me equivoco, estáis preparados para marcharse, y supongo que no precisamente hacia el pueblo... El casero movió la cabeza afirmativamente... Todo, hasta las gallinas, todo lo que tenemos está en lo alto del carro y sólo me falta echarle el serón al burro para llevarnos el cántaro con agua y esos diez o doce melones... Los tres recién llegados se entendieron con un cambio de miradas y, en un dos por tres, cargaron el borrico y colocaron los chiquillos encima de los colchones que coronaban la abultada carga del carro. El muchacho al que parecían obedecer los otros dos enfiló el catalejo hacia el pueblo y se detuvo con reconcentrada atención al enfocar los altos de la torre... Agustín, Pepito, mirar y veréis al primer moro cabrito que ha subido hasta nuestro campanario... Uno tras otro, los dos compañeros rumiaron palabras de rabia, al mismo tiempo que avistaban desde la distancia las campanas que fueron como presencia de personas en sus días de altos centinelas de la torre, allí donde estaban dispuestos a esperar el final, fuese como fuese, más allá del momento en que el pueblo arrojara las armas al doblar las primeras esquinas del terror, y, sin embargo, no había sido así, no se quedaron todos como esperaban ellos, como todos temían y admiraban sus atrevimientos juveniles, y no ocurrió de ese modo porque el miedo les ofuscará la valentía al sentirse rodeados de tiroteos, moros

por todas las calles y callejuelas que desembocan en la plaza, sino porque el alcalde les hizo señales desde el balcón del Ayuntamiento, para que contemplaran con el catalejo el letrero que habían pintado sobre una sábana: Bajar de la torre, atravesar la iglesia abriremos salida sacristía rápido... Se miraron entre sí. El silencio de la tarde era emocionante. Estaba el pueblo como amortajado por su propia blancura, y más allá, hacia el norte, se extendía la planicie de la vega con el trazo negro de la carretera igual que un rastro de disparo hacia el horizonte, hacia el futuro, hacia la mucha cantidad de vida que aún les quedaba disponible. Y bajaron, no llevados por la prisa del pánico, sino empujados por la ilusión de darle un nuevo sentido a las vidas que habían decidido sacrificar unos días antes. Atravesaron la iglesia, casi del todo a oscuras. Dejaron a la izquierda las poderosas puertas del templo, bien colocado el grandote cerrojo renegro, y entraron por la puertecilla arqueada de la sacristía, para llegar al archivo, donde entraban las últimas luces del día, abierto apenas el boquete en el tabique medianero. Allí estaba el alcalde acompañado de unos cuantos hombres... Venga, muchachos, deprisa, no podemos perder ni un minuto, dejar ahí mismo los mosquetones, pero quitarles antes los cerrojos... Les esperaba la cuesta abajo del castillo. Imponía aquello de dejar la silueta del pueblo, como amordazado en un silencio tan absoluto... Si os parece, dijo el hombre del carro, nos vamos ya, antes de que se nos eche la noche encima... Los chiquillos reían nerviosos de contento en el arranque hacia lo desconocido. En los trigales sonaban apasionantes los amorosos reclamos de las codornices. José Luis, el hijo del jefe de la estación, reparó en el hecho de que, una vez abandonado el pueblo, no sentía dolor alguno al ir dejando a sus espaldas la inmensa plenitud del paisaje, tantas veces contemplado desde unos bordes que parecían acantilados sobre el océano de los trigos. Y pensó que la grandeza llana de la vega, por pertenecer toda ella a cuatro o cinco apellidos sonoros y forasteros, fue desde siempre como un demonio que le exigía al pueblo sudores hirviendo a cambio de jornales de miseria, y que no era tierra del pueblo, que no era pueblo aquel labrantío interminable que iba cruzando, sin amargura, hacia el resto del mundo, arreando una y otra vez la campera lentitud de un mulo que tiraba del carro igualito que si todavía no hubiera estallado la guerra, mientras un lejano y frenético toque de campanas se iba adueñando de las medias tintas del anochecer.

Como naranja demasiado madura ha sido el día de la primera derrota, herida la cascara en la caída al suelo y agridulce el zumo del recuerdo reciente. Pero,

con todo, bien ancho se abre el horizonte por el que se adivinan nuevas torres que defender y bonitas muchachas que suban también a los campanarios con sus canastas rebosantes de fruta. No cabe ya ni la menor duda de que es verdad que se puede morir así de joven como Angelito era, ni tampoco caben disimulos cuando, de espaldas al pueblo y en huida, saboreas la certeza de vivir aún, con muchísima guerra por delante, indefinida la ocasión de tomarle la revancha, acaso a campo abierto, sentado tú en el sillín metálico de la ametralladora frente a miles de moros que abandonarán con sangre las barbecheras y los viñedos. Porque ha sonado el tiempo de morir muchos juntos, en gavillas y racimos de muerte, igual que si el destino quisiera darnos a entender hasta qué punto vivimos en los otros y gracias a los otros, sin que nos sea posible rozar la duradera dicha por caminos y rumbos separados. Porque también habrá de espigar un día en que Agustín vuelva a servir el vino alegre de los domingos y Pepito repita los ritos harineros de los polvorones navideños, y tú, José Luis, saludarás con el silbido de la locomotora a las hijas guapas de los labranchines que siembran y cosechan sus ahumados trigos en las lindes negras de la vía del tren. Y también, cómo no, los moros que se salven del ametrallamiento de tu venganza regresarán a sus poblados de pobreza y blancura, retostados los rostros por soles de trinchera y cañonazos, locas las cabezas de tanto haber tenido casi a mano del deseo los morenazos cuerpos de las huríes que te entregan desnudas en la mitad del patio de entrada de la muerte.

Hay que ver cómo sube el cuerpo de la alemana por las escaleras, apoyadas sólo las puntas de los pies sobre el filo de los escalones, qué hermosura de pantorrillas en las rollizas piernas que suben anchas, fuertes, sin tanto así de gordura, hasta que se juntan arriba en las torneadas ancas de yegua madre de concurso, casi rompiendo la bata celeste el redondeado empuje de sus caderas, nada de faja todavía para unas carnes no muy lejos de los sesenta, buena cosecha de agilidades la que le renta la gimnasia, brillos de cobre recién frotado en la melena que se derrama sobre la espalda. Verdadera reina de Olivoloco pudo ser una vez muerta doña Mercedes, tan nada más que buena y tan pálida, guapura de Virgen de retablo antiguo, ojos grandes, aburridos y ovejunos, muy delgadas las piernas por los altos, como palillos de diente, se quejaba Carlos Cal, y es que, con aquello de las faldas hasta los tobillos, pues a ver qué hacías, pura suerte de ruleta al quedarte a solas con la novia después de la boda, hecha ya la foto de estudio, sonrían, por favor, que este día es un día para no olvidar jamás, ella el ramito de azahar y tú mucho fijador en el pelo, y al banquete y al vivan los

novios, hasta que zas, la cama y los palillos de dientes, piernas finolis de aristócrata, piernas heredadas de marqueses y condes que van de un lado a otro en coche, que ni andan ni montan a caballo, no como esas piernas de las chavalitas del campo, que, aunque más bien huesudas, son de carne dura y curtida, piernas morenas de sol y de no haber comido nunca demasiado, piernas de cuerpos que son del campo y huelen y saben a campo, a espárragos trigueros, a verdor amargo de aceitunas aliñadas con tomillo, espliego y romero, algo muy distinto de este cuerpo rubio que tú. Femando, llevas ahora delante de ti, escaleras de mármol arriba, hacia el rellano final donde aguarda Chachalola, muy peripuesta, por cierto, delantal blanco ribeteado de llamativo encaje antiguo y cuello de uniforme al juego, y se ve que decidida a resultar amable, no por quedar bien contigo ni tampoco por obedecer la voluntad de don Carlos Cal después de muerto, porque cuando ella leyó la carta que tú le entregaste, se echó a reír, qué fino el amo, dijo, la primera vez que me pide algo por favor, está bien, vale, que venga la alemana y se lleve las fotos que quiera y le eche una ojeada, de día, al caserío que tanto visitó de madrugada, no a escondidas, no, aunque sí respetando el ala que, como una clausura, se había reservado doña Mercedes, y si le digo la verdad, yo, por ver de cerca a la alemana tengo mucha más curiosidad que cuanta pueda tener ella por olisquear los rincones de Olivoloco, y no quiera Dios que se presente de pronto don Paco Cal, porque, entonces, adiós muy buenas... Pero, a la hora de la verdad, Chachalola, que sí, señorita Trudy, por aquí, que sí, señorita Trudy, para allá, y hay que ver lo bien que se conserva usted... Vais por derecho a los sitios que la alemana te indicó. En primer lugar, al dormitorio principal, en cuya cama había estado de cuerpo presente Carlos Cal, una cama enorme que resulta aún más enorme cuando se piensa que en ella descansó doña Mercedes, durante un montón de años, totalmente a solas, con sobrado colchón para revolverse en las inevitables pesadillas que debió de sufrir durante tantísimas noches de saber a ciencia cierta que su marido se entregaba a pecados de carne de capricho, allí mismo en el caserío, sin disimulos ni prudencias, escándalo continuo para la servidumbre y también tema frecuente para las distinguidas reuniones de la capital, oye ¿no sabes la última del marido de Mercedes?, pues menuda, dicen que se llevó a la alemanita y se la fumó nada menos que en la cuadra, entre las patas de los caballos... En el cuarto de hacer las cuentas, Trudy Brot mira con detenimiento las fotos en que está sola o con el dueño de la finca, hasta que se detiene ante una y la toma entre las manos: sonrío ella encima del caballo, en faldas, sin pantalones de montar, sentada de lado sobre la silla, sin pie alguno en el estribo, en tanto se deja contemplar por un

Carlos Cal que la devora, clavados los ojos en la cintura, afilado un mirar que está haciendo carne en las caderas, de fijo que muy poco antes de bajar del caballo a la alemana y abrazarla. Sonríe Trudy Brot, y Chachalola parece estudiar el sentido de sus sonrisas, si serán sonrisas de orgullo o de guasa rara que la gente de su tierra pueda sentir por las cosas de un amor demasiado lejano, cerca de los cuarenta años ya... Me parece que la estoy viendo, señorita, con un vestido azul y aquella cabeza tan rubia, con carita de niña y cuerpo de mujer, no sé si me explico. Vino usted con doña Laura y, en el jardín, les estaba esperando doña Mercedes, que, por cierto, recuerdo la mar de bien que me dijo, al verla bajar del coche de caballos: Es muy bonita la alemana, o aún mejor que bonita, es preciosa... Trudy Brot se ha puesto repentinamente seria, como arrepentida de aquella visita de refinada maldad, y precisamente por ahí se hundía la punta del puñal con que Chachalola hurgara en la memoria de la mujer que, habiendo venido antes a Olivoloco, de madrugada, quería hacerlo en pleno día, para conocer a la esposa de su amante, deseosa de saber cómo era la mujer a la que ella sustituía tan sobradamente... ¿Y a usted, qué le pareció doña Mercedes?... La alemana se ha visto sorprendida en sus pensamientos. Por un instante, parece dispuesta a responder de un modo brusco. Pero no, se ve que, de momento, prefiere morderse las ganas de hacerle ver a la criada su facilidad en el arte de hacer daño con la palabra, por lo que se crece más la torpeza avispada de Chachalola... Han pasado tantos años que, claro, ya no se acuerda usted de la señora. Pero puede usted estar muy segura de que ella, si viviera, no hubiera podido olvidarla. Sobre todo, desde una noche, pocos días después de aquella visita, volvió usted a esta casa, acompañada de don Carlos, y, cuando subían ustedes dos la escalera de mármol, apareció doña Mercedes, en salto de cama, y les gritó no sé qué desde la galería alta del patio... Trudy Brot, que continúa guardando fotografías en su bolso, se ha vuelto hacia Chachalola con gesto de medir los alcances de su intención... Si usted quiere saber lo que doña Mercedes nos gritó aquella noche, se lo puedo decir yo ahora mismo... Chachalola, orgullosa hizo un ademán irónico de ponerse exageradamente a la escucha... Nos dijo que éramos unos pecadores y unos adúlteros y que nos íbamos a condenar... Trudy Brot no sonreía. Se mostraba pensativa y triste... Es posible que tampoco sepa usted que, nada más oír sus gritos, sentí tanta pena por doña Mercedes que me fui corriendo del caserío... Ha hecho un alto en sus recuerdos y, antes de dirigirse con prisa hacia la escalera del patio, se dirige a ti... Muchas gracias por todo, Fernando. Ya llevo las fotografías, que era lo que me interesaba. No tengo humor para visitar del todo el caserío... Chachalola no la

ha acompañado en la prisa de su retirada. Se ha quedado muy satisfecha de sí misma. Pero hasta el alma se le cae a los pies, cuando tú, después de haber despedido a la alemana, vuelves y le comunicas el recado que la extranjera te ha dado para ella: Me ha dicho que siempre ha sentido por ti una pena especial. Sobre todo, desde que se enteró de lo que Carlos Cal hizo contigo aquella noche, al principio de la guerra, cuando tú le dijiste que deseabas irte de enfermera y él te llevó a la cama, para echarte después poco menos que a golpes, venga, venga, a empujones, sin tiempo si quiera para ponerte los trapito más íntimos.

Grande es la tentación de recorrer toda una casa con rencores para el amo que murió hace días. No es corto el alivio que Chachalola se gana al recordarle ofensas cuando, ante su cama vacía, se lo inventa dormido y despertado por ella a voz de odio en grito, sucio, cochino canalla, que, por si fuera poco, lo fue contando por ahí, quién sabe si riéndose, pobre mujer, el susto al mismo tiempo que el placer, jamás vi una cara tan rara, pena y asco me daba de la pobrecilla y sabe Dios qué otras cosas más habría ido diciendo de aquellos minutos de una noche que ella recuerda como un perfume de ilusión humillada... Se planta retadora en el despacho, ambas manos sobre la mesa tallada, a la espera, en silencio, de que intente echarla, pues no me voy ¿te enteras? y le verá en el cuarto de baño, enjabonado el rostro, y por su navaja barbera se cambiaría, convertida en el brillante filo que se hunde en la espuma que cubre el cuello, pues sobraría con que ahondara un par de milímetros más para que el espejo se salpicara con sangre del amo, sangre, de fijo muy caliente, sobre los azulejos, aunque otra muerte peor te merecías... Y seguirá encontrando el rostro del amo en las encopetadas salitas de recibo, más parecido que nunca a los bigotudos retratos de sus abuelos, y también asomado por detrás de los espejos mayores, aguardando que Chachalola llegue y llore al contemplar su sonrisa de orgullosa injusticia que nunca se arrepiente, en tanto que, por los pasillos, pasan corriendo a galope tendido los fogosos caballos del amo de Olivoloco.

Ahí va, fíjate quién acaba de llegar, si es Paquita la Cariño... Remolino de atención en la taberna de Aniceto... Quien tuvo retuvo, qué hermosura, chiquilla, qué manera de cachondearse de los años... Sujetan las manos de Paquita la Cariño un buen ramo de claveles. Los coloca sobre el mostrador antiguo... Muy florida vienes al pueblo... Se encara, guapetona... Para el nicho de don Carlos traigo yo flores bonitas y alegres, porque las flores moradas, para los tristes y malanges. Para don Carlos Cal, claveles reventones, porque don

Carlos Cal era un tío ¿estamos?... Cercada está la Cariño por los rejos de los más viejos... Ya me hubiera gustado estar en el entierro, pero yo me dije, oye tú, que vas a llamar la atención de la gente rica, y hasta puede que hablen mal del muerto por culpa tuya... Para el grupo de jóvenes que toman el café de la mañana, la presencia de Paquita la Cariño ha colocado en la taberna un avispero de referencias picantes... ¿Ésa? Había que echarle rancho aparte, pues ni parecía una fulana y no veas la de gente que venía de fuera nada más que para acostarse con ella. Una vez, no sé quién dijo que la Cariño no era una mujer de bandera, sino de banderitas, porque toda ella estaba como hecha de banderitas, por lo alegre y por lo airoso y bien dibujado que tenía el cuerpo... Comenta Aniceto que Paquita la Cariño, desde que se fue a la capital sólo vuelve al pueblo cuando se muere alguien de su buen recuerdo. Hasta el nicho, con flores, si es de familia importante, ya que no vine el día del entierro, porque es lo que una dice, para qué llegar y decir aquí estoy yo, si todo el mundo se sabe mi historia de carretilla, y, no falla, vienen los comentarios, y, al menor descuido, lo mismo se forma una escandalera, porque averigua tú si no se atreverá alguno o alguna a decirte alguna cosita ofensiva entre las tumbas y voy yo y salto, porque ya me conozco y sé que salto... Así es que Paquita la Cariño, con sus andares de mujer que todavía se reconoce provocativa y calentadora, se encamina hacia el cementerio, cuidadosa en el aprovechamiento de la sombra, el ramo de claveles recostado entre los brazos, como niño de pañales, y una mano que, de cuando en cuando, se pasea por la lisura del pelo negro hasta palparse con orgullosa caricia las dos duras castañas del rodete. Casi nadie la saluda por la calle, porque la calle no es la taberna, que hay mujeres barriendo los portales, y cuando las mujeres median, no se atreven los hombres a saludarte ¿estamos? Si lo sabré yo. ¿Y para qué endemoniarte? Hay que vivir, me cruzo con ellos y como si no los conociera, con lo muy requetebién que los conocí, desnudos, lo mismito que cuando sus madres los trajeron al mundo, un lunar aquí y otro allí, y de este modo, años y años, sin cruzar palabra con los muchos que iban a buscarla en los años del hambre, a duro el rato, cola y todo en la escalerilla del patinillo, dos pesetas el botellín de aguardiente, y ahora, al cruzarnos, me digo que hay que ver qué pena esto de no poder hablar con ellos, con lo que gusta charlar de otros tiempos con la gente que era joven cuando una también lo era, y no, ni una palabra de saludo al encontrarse, una sonrisa muy pequeñita o, todo lo más, una mirada simpática que parece que dice que hay que ver cómo, poco a poco, nos estamos haciendo viejos, y lo de siempre, que cualquier mañana, en algún bar céntrico de la capital, al acercarte a un grupo con tus décimos de lotería, te dicen

que en tu pueblo se ha muerto fulano el de la tienda, o cetano el carpintero, y, entonces, tú compras unas flores, coges el autobús, y te presentas aquí, tan seria o más seria si cabe que la señora más seria, aunque, siempre, procurando que no se formen líos, como en este caso del morirse don Carlos Cal, que ése sí que era un tío, se pusiera donde se pusiera, y no tan sólo en las verdades dislocadas de la cama, porque algunos creen que eso de ser un tío de verdad consiste en cargarse a una mujer dos o tres veces seguidas, los muy bestias, y don Carlos Cal era un tío porque los tenía muy bien puestos para todo ¿estamos? lo mismo al arrimarle a una mujer, que al saber dominarla, sin bofetadas, a lo fino, y al ir tú por la calle y pararse contigo, y qué te cuentas, Paquita, y si te lo encontrabas en la capital y llevabas la ristra de los décimos, te compraba unos cuantos y te regalaba la mitad, pero no los revendas, mujer, que tengo curiosidad por saber las cosas que tú harías si fueras rica, y yo me quedaba que no veas lo contenta, pensando que si me tocara el gordo, lo primerito que haría yo pues sería comprarle a don Carlos Cal un caballo enorme que me costara un millón por lo menos, porque yo sabía de sobra lo muchísimo que a él le entusiasmaban los caballos, porque, aunque ya tenía en sus cuadras caballos de postín y no va más, es lo que yo le decía, don Carlos, que a mí me iba a gustar un verdadero escándalo el verlo pasar a usted montando un caballo mío, y él me daba un golpecito en la cara y me decía que hay que ver Paquita, que sigues tan romántica como siempre, con la cantidad de ocasiones que has tenido tú para no creer en nadie, y qué bien sabía yo por dónde iban sus recuerdos al decirme aquello, aunque nunca volvimos a recordarlos juntos... A ti te voy a pelar yo al rape, por roja, y así de grande va a ser el vaso de ricino que te vas a empinar... Era forastero, uno de los forasteros que llegaron después del susto de los moros. Iban siempre con pistolas al cinto, y se pasaban los días durmiendo, para no perderse las noches de borrachera y puterío que se caían a peso como plomo en el agua turbia de los fusilamientos al amanecer. Y el tal, botas altas negras y negros también los pantalones brichis, rara era la madrugada que no llegaba en busca de la Cariño. Pero ella se las componía para estar ocupada cuando se le presentaba él, golpecitos en las botas con la fusta forrada en cuero color de sangre fresca, y, ya verás el susto que te vas a llevar la noche que te coja yo y te lleve conmigo, a lo mejor para siempre, ya me entiendes, porque me he enterado que tienes un hermano huido, así es que tú... Paquita la Cariño acudió a Carlos Cal, porque ese hombre es capaz de matarme, que lo sé muy bien, que se lo he leído en los ojos y yo quisiera poder decirle que sí, que me voy con él a la cama, pero es que me da un asco horrible, porque, no sé, me figuro que sería como acostarme con

un muerto que se descompone, oiga, y es que estoy segura de que vomitaría encima suyo y entonces sí que me descargaba el peine de la pistola entero, el muy cabrón... Carlos Cal lo arregló todo, ella nunca supo cómo, y quizá debió de marcharse de este pueblo, a otro pueblo, en busca de lo mismo, como otros cuantos que tampoco se sabía de dónde venían, al olor de la carne encogida de vidas fusilables, cada madrugada más lejos de darse por satisfechos en eso de matar sin tan siquiera escupir los hondos pretextos de la venganza... Bueno, don Carlos, siempre don Carlos para mí, te traigo estos claveles, gracias por todo, y que Dios te lo pague... Paquita la Cariño regresa a la plaza del pueblo, algo corrido el mucho rímel por la reguera del lagrimeo, y llega de nuevo a la taberna y se repite el piropeo encendido de los mayores y las alusiones que provocan la curiosidad un tanto arqueológica de los jovencillos, mientras Paquita contempla los rostros de sus paisanos amigos y se pregunta a cuál de ellos le habrá de traer las flores en su viaje próximo, aunque, por salirse de tan repentina tristeza, decide echarle un poquito de soma al asunto... Bien, amigos, ya me largo, que seáis buenecitos y mucho cuidado con las cosas de la salud, porque en nada de tiempo ha subido casi el doble el precio de los autobuses.

Lejos quedaron las turbias borracheras, empeñados los machos en hacerle perder a la hembra el control y la memoria, para disfrutar ellos más al saberse capaces de obligarla a gozar también a ella. Así de retorcidos eran los caminos que recorrían de noche las mujeres de la vida, en el repetido esfuerzo por aniñarse con la locura transparente de las botellas, garganta abajo la quemazón de la bebida, como un cloroformo para dormir la despierta viveza de tanto desengaño, casi gloriosamente confundidas las pertenencias de los besos, con soñadas cabezas de quitalpón y a la medida de los deseos que el aguardiente resucita. Porque pocas y contadas se daban las ocasiones para el capricho en aquella era donde tantos trigales de lujuria se trillaban. Todo lo más, y muy de tarde en tarde, sólo dos o tres veces en la vida, le llegaba a la hembra el templado bombón del chaval que venía a quitarse las vendas de los calientes ojos de su carne, y para él abría el hondo arcón de la ternura, chiquilla repentina que estrenaba escalofríos de pecado primero, mientras la borrachera se rompía en fina y mansa lluvia de recuerdos de escuela y tabla de sumar, de campos con mariposas blancas y amapolas y margaritas.

Desde la noche anterior, apagadas las bombillas, los presos de los calabozos municipales vivían a la escucha y se ponían de pie, cuando el menor ruido hecho

por ellos mismos era confundido con el de puertas que se abren o cerrojos que se recorren, el pensamiento puesto a oscuras en la escalerilla que sube al fondo, única salida hacia la libertad o hacia la muerte. Dos cántaros llenos de agua hasta el gollete y unos cuantos kilos de pan les dejaron los carceleros al despedirse, después de discutir acaloradamente sobre lo que sería conveniente hacer con los detenidos, empeñados como estaban en liquidarlos algunos forasteros, que, llegados de otros pueblos tomados ya por los moros, tenían los ojos como hambrientos de venganza y muerte, y, entre los labios, de continuo, el detallado relato de viejos acuchillados y mujeres violadas, de niños acribillados a balazos y familias muertas a sangre y fuego, y el después inmediato de los hombres que rogaban piedad ante los muros de tales o cuales cementerios, sin otra respuesta que la descarga que deja cadáveres a la vista de cuantos pudieran tener tentaciones de jugarse el todo por el todo, de los muchos que habrían de encogerse en la prudencia, sin imaginarse que así también habrían de morir con mansedumbre en lugar de recibir las balas en la rabiosa ardentía de los que pierden el miedo mientras disparan y disparan igual que si mordieran... Ya lo veréis cómo estos señoritos, en cuanto salgan a la calle, se olvidarán de que les habéis perdonado la vida, porque pronto llegarán hasta aquí las gentes señoritas de otros pueblos que perdieron vidas suyas y exigirán las cuentas de la sangre, por lo mismo que también vosotros, cuando os enteréis de que os han fusilado a parientes vuestros y amigos, ya veréis cómo os vais voluntarios para matar allí donde os encontréis, allí donde seréis forasteros, igual que yo soy forastero aquí, un forastero que sabe muy bien la matanza que harán esos hombres que ahora nos miran con miedo y hasta con humillación... Se encaró el desconocido con los que permanecían atentos y silenciosos más allá de la ancha reja, hasta que, por fin, después de dar unas palmaditas sobre las negras cachas de la pistola al cinto, subió por la escalera estrecha, seguido de los guardianes del calabozo. Al poco, se fue la luz. Nunca había sido el sótano tan sótano ni nunca había olido tanto a muerte aquella oscuridad tan húmeda. Don Antonio, el párroco, se puso a rezar en alto, con voz chillona de niño en llantina entrecortada por el pánico, y don Benito el médico no hacía más que preguntarle cosas a Carlos Cal, quizá para convencerse de que el dueño de Olivoloco seguía allí con ellos, como si eso fuera toda una garantía de que todo marcharía bien. Y, de todos los demás, sólo Carlos Cal y Julio Junco dialogaban en voz baja, para no provocar aún más miedo, sobre el rumbo que podrían tomar las cosas, una vez que la huida de los carceleros los dejaban un poco así como encerrados en la nada, a la espera de que llegaran los otros. Dios sabría cuándo, a lo peor semanas enteras, por lo que

decidieron racionar el pan y el agua, todo hecho en mitad de las tinieblas, bajo serias y duras amenazas por parte de Carlos Cal, que, durante el primer par de horas, hubo de dar unos cuantos golpes sin ver quienes los recibían, pues, conforme avanzaba la noche, los temores se hacían más insoportables, se sofocaban los rostros, sequerones los labios y multiplicada la sed por la ceguera que impone la falta de luz, continuos choques de los cuerpos que no se doblegan a la quietud, obsesionados como están los pensamientos en las mil circunstancias que pueden ocasionar la tragedia en esta prisión sin vigilantes a la que no llega siquiera el estampido de los tiros, carcelilla subterránea para la que alguien llegó a insinuar un empapamiento total con gasolina, treinta o cuarenta bidones de los grandes que habrían de vaciarse desde la calle, sobre el arranque de la angosta escalerilla, y, un minuto antes de iniciar la escapada cuesta abajo hacia la vega, la llama asesina y allí quedaría el infierno bajo tierra, sepultados los gritos en una tumba de llama y humo. Pero todo se quedó, al fin, en amenaza que tortura el insomnio incurable de los calabozos, en esa noche de aguardar un pequeño crujido de puerta que se abre que les llegó como rodando por los menudos escalones junto a una luz primeriza, aguardientosa y endeble del día recién amanecido, luz de acabarse la juerga y volver a casa con el cansancio de los vicios satisfechos, hora turbia de no saber si atreverse a saludar al hombre tostado por el sol y vientos, que madruga hacia el martirio de la siega o camino de la yerba de los cerros con su media docena de cabras esqueléticas, el hombre que te mira con una acusación en sus ojos recién despegados del sueño, porque su pobreza te adivina harto de vino, de jamón y de mujeres... Alguien baja la escalera... En voz baja, don Benito, el médico, un oído afinado por el miedo, despierta la esperanza y la inquietud, a un tiempo. Ninguno de los otros ha oído ruido de pisadas. Pero don Benito aclara... Baja alguien descalzo o quizá con alpargatas... Y sí, ahora sí, ahora se oyen claramente las pisadas y también el cuchicheo entre hombres que recelan ante cualquier posibilidad de trampas o emboscada, hasta que, poco a poco, crece allá arriba el número y el volumen de unas voces que se hacen chorreo de corriente por la escalerilla y se hace presencia de oficial en mangas de camisa, las tres estrellas en el gorro de borla extrañamente alegre y saltarina, acompañado como viene de moros que apestan a moros y yerbabuena, desorbitadas las pupilas en el registro de rincones y techos y personas, listos los dedos en las curvas de los gatillos... Julio Junco, por fin, muchacho, qué alegría... A través de los barrotes, estrecha el capitán las dos manos del hijo de doña Laura... Menuda alegría se va a llevar tu madre... Lloro don Benito de alegría y entona cantos litúrgicos don Antonio, el cura. Carlos Cal

se siente sorprendido por la fiereza que demuestran en sus ademanes los hombres del turbante. Uno de ellos acaricia enloquecido de avaricia una bola de cobre arrancada del barandal de alguna escalera de postín, mientras otro escudriña los dedos de los presos en instintiva querencia por los anillos... ¿Y las llaves? ¿No tienen ustedes idea de dónde pueden estar las llaves?... El capitán abre nervioso los cajones del armario desvencijado... Nada, que no aparecen, que no... El alborotado júbilo de los presos ha derivado en un silencio pasmoso. Resulta inútil la manipulación que el capitán practica en la cerradura con el machete de uno de los moros... Menudo lío, y la cosa está como para encontrar un cerrajero... Hasta bien avanzada la tarde no lograron descuajar la reja, después de mucho arañar con las bayonetas, hasta desenterrar del muro los anclajes retorcidos y negros. Uno de los mahometanos miraba con descarada intriga la figura ensotanada del cura y no habían subido aún por la escalerilla que les llevaba al aire libre de la calle, cuando trajeron maniatados a catorce o quince hombres sudorosos. Uno de ellos era el que había querido convencer a sus compañeros para que fusilaran a los hombres que ahora tenían la exagerada respiración de los recién libertados.. Capitán Cerro, a ése de la camisa gris habrá que ajustarle las cuentas cuanto antes... El forastero levantó la cabeza y pareció sacar una extraña fuerza de la lividez que le envolvía el rostro y que más parecía debida a la rabia que al miedo. Se volvió hacia los demás prisioneros: ¿Os convencéis ahora de lo que yo decía anoche? Acaban de llegar los suyos y ya están pensando en quitarnos de en medio... Fuera, junto a la farola central de la plaza, habían apilado un montón de escopetas desmochadas contra las esquinas, y, en cuatro bocacalles, desangrados sobre los cadáveres con la desmesurada fijeza de sus ojos vueltos hacia el cielo. Todas la puertas, ventanas y balcones estaban cerrados como mandíbulas de terror. Carlos Cal pensó que así como el silencio aquel, debió de haber sido el silencio total del primer día del mundo y que también así puede ser que sea el silencio golpeado y dolorido de la mañana última que los hombres conozcan sobre la tierra. Un silencio que se hizo trizas, como una vidriera a golpe de pedrada, cuando el grito agudo de un moro que, recién llegado a lo alto del campanario de la torre, agarró el badajo de la campana mayor y la hacía sonar como hechizado por el fanático encanto de sus vibraciones.

Silencios de muerte tienen los pueblos acabados de tomar. Los niños quisieran echarse a la calle, porque nunca las vieron tan vacías por entre postigos de balcones y visillos de ventanas, muy de tarde en tarde algún barbudo de

turbante, con el recelo de los ojos colgado en la amenaza de los aleros. Piensan los viejos que jamás volverán a sentarse a tomar el sol de otoño en los verdes bancos de la plaza, puesto que no tendrán vida suficiente para probar los nuevos modos que los vencedores impongan. Aprietan contra ellas a sus hijos crecidos las mujeres, porque ya los presienten soldados con uniforme acartonado y prematuro. Se pone bullanguera la sangre de las jóvenes, porque, más allá del ruido y de los agrios olores de la pólvora, adivinan sagrados perfiles de muchachos que cruzarán el pueblo, valientes y orgullosos, camino de batallas y heroísmos. Y, poco a poco, al cabo de dos días, el hambre, la curiosidad y el miedo abrirán de par en par las puertas y un niño le pedirá un casquillo de bala rubia al moro, y el abuelo llegará a casa como borracho o loco, fuma que te fuma el cigarrillo que se ha liado con el raro y mágico tabaco que el mahometano quema con paciencia en su larguísima pipa de palo y barro.

Ay, Fernando, que parece que todo aquello pasó ayer mismo, o que hace tan sólo un rato, ¿y qué te trae por aquí? a mí, ya me ves, más allá que para acá, el hígado ¿sabes? porque en la guerra, a la larga, en el aquél de quitarse el miedo, se muere más gente por el aguardiente y el coñac que por la mismísima metralla... A ti te cuesta muchísimo situar en días lejanos ese rostro de piel transparentada, esa difícil sonrisa que no consigue convertirse en señal de alegría o de pequeña esperanza retenida en los ojos esos tan extrañamente negros y traviosos que se mueven desconfiados sobre el blancor de la almohada... Pues yo, la verdad, no sé si debo cumplir el encargo de don Carlos, porque, vamos, que traerte su petaca al hospital, digo yo que no será cosa buena... Sonríe divertido Curro Blanco... Tranquilo, tranquilo, que sí, que me dejan fumar, porque aunque me siente más bien mal, yo creo que los médicos se han puesto a pensar, y bien, si le quitamos el tabaco al pobre viejo, con el poquito de vida que le queda, la canallada sería redonda... Vencida la duda, has sacado la petaca de don Carlos Cal, con sus iniciales en plata, cuero del mejor, cuero del suyo, cuero con olor a riqueza, cuero que se curtió de siempre en Olivoloco, cuero de amarillo oscuro que uniformaba sillones y butacas, riendas y cabezadas, sillas y botos de montar, duros guantes de cetrería, cananas para los cartuchos, guardas para cuchillos de monte, y de cuero, cómo no, la famosa petaca, hecha sin duda pensando en el tamaño de sus manos, un paquete de media libra para llenarla, siempre, en fin, la dureza suave y flexible del cuero, al que Carlos Cal acariciaba como si fuese la piel misma de un mundo tan del todo suyo... Hombre, Fernando, qué detalle este de traérmela llena, y con tabaco del bueno, vaya, y un

librito de papel dentro, con lo que a mí me gusta liar los pitillos... Un montón de años hacía que don Carlos te dio el encargo: La petaca, no te olvides, se la llevas a Curro Blanco, porque, cuando estuve en los calabozos del Ayuntamiento, me la trajo llena, él mismo en persona, y eso no se olvida... Curro Blanco lía el cigarrillo con los dedos temblones y una ilusión enmuchachada por los recuerdos... Ni imaginarte puedes la alegría que me ha dado tu visita... Repasa tu memoria los meses primeros de la guerra, los ajustes de cuentas al compás de las noticias de uno y otro lado, fácil y sobrada la carne de fusilamiento para igualar los platillos en la balanza del odio, busca que te busca, hasta con perros perdigueros, el rastro de los peces gordos, Curro Blanco entre ellos, que quizá renunciaron a la huida, para quedarse emparedados en habitaciones de doble fondo, a la sombra de las huertas o en los recovecos ruinosos de caseríos abandonados en la ventajosa espesura de los olivares... Nunca olvidaré, Fernando, la alegría que me dio al enterarme bien lejos de que me habían estado buscando en Olivo-loco, clara señal de que consideraban a don Carlos como buen amigo mío... Al cabo de más de quince años de cárcel, soltero, regresó Curro Blanco al pueblo, sólo de visita, algo doblada la figura, con la mirada oblicua sobre las personas y las cosas, ni un minuto en la taberna, contados y cortos los saludos, algún que otro paseo con los recuerdos allá por las afueras, gastado casi todo el tiempo en dejarse ver y acariciar por la vida penúltima de la madre, ochenta y cinco años ya de casi muerte, del todo entregada al fin y al cabo de un largo sufrimiento... Al salir de la cárcel, en cuanto don Carlos Cal se enteró de que yo estaba en el pueblo, me mandó a llamar y me ofreció un dinero, a pagar sólo cuando yo pudiera... Un golpe de tos interrumpió su gesto de ojos llenos de memoria... ¿Lo ves? Tampoco están los pulmones para mucho trote, pero, por lo menos, espero que podré llegar a fumarme toda la petaca, en memoria de don Carlos Cal, menudo ejemplar, con todos los defectos que se quiera, pero vaya un ejemplar, sí señor. A mí me pasa con él como con doña Laura, a la que, en eso de tener personalidad, había que echarle un galgo. Si la hubieras visto cuando fue a verme al tercer día de la guerra, nada más y nada menos que a darme un ultimátum, girocha como un junco y un tono de voz de gente dispuesta perdonar vidas, y, en casos así, ¿qué quieres? o te echas a reír o te pones de mala leche, y yo pues me puse de muy mala leche, aunque, más tarde, me arrepentí de haberme tomado aquello tan por la tremenda, con lo grandioso que había resultado el espectáculo de ver llegar a doña Laura y oírla y verla cómo se marchaba, igual que una reina, mirando por encima del hombro a los hombres que la escoltaban... Curro Blanco hizo un alto en su memoria y te

miró fijamente... ¿Sabes una cosa? Una noche, durante la guerra, charlaba yo con un compañero, dentro de un nido de ametralladoras. Desde hacía más de un mes reinaba la tranquilidad en aquel frente y, desde el anochecer, era tal el silencio que no tenías más remedio que pensar en la clase de salvajada que era la guerra. Mi compañero, un socialista muy avanzado y bastante leído, me habló de que los nuestros habían hecho mal un montón de cosas, que se había fusilado a gente de muchísima valía y que habían sido quemados museos, iglesias y tantos y tantos edificios históricos y valiosos, todo lo contrario que en Rusia, donde según él, supieron conservarlo todo, hasta las catedrales, con sus imágenes y sus lienzos. Y, al decirle yo que a la familia del zar, sí que se la cargaron, me contestó: Mal hecho, mal hecho, una equivocación sin duda, porque yo los hubiera dejado vivos, y no para que vivieran en la cárcel, sino para que, viviendo en palacio, pudieran ser vistos por el pueblo, en turismo político socialista, tal y como eran, insensibles al dolor y a las miserias de las masas, en la plenitud de sus imbecilidades palaciegas... Hizo un alto y volvió a toser... ¿Y por qué te cuento yo esto? Ah, sí, porque, al oír aquella fantasía de mi compañero, se me ocurrió pensar en lo curioso que hubiera sido, en una España socialista, tener viviendo en sus tierras propias a don Carlos y a doña Laura. Casi nada hubiera sido poder ver a don Carlos Cal, en Olivoloco, caballo va caballo viene, y a doña Laura, en Rancho Espuma, con su puerto de blandros y el campo de tenis, las salas de paredes repletas de libros, cuadros y de cosas raras que se trajeron de todo el mundo los diplomáticos de la familia. Y todo, al alcance del público, como una especie de teatro de la realidad que ellos tenían que hacer y soportar a cambio de seguir vivos, y hasta viviendo igual de bien que en aquellos otros tiempos de injusticia.

A Curro Blanco le habían hablado de ella. En la cárcel. Recuerda que fue por primavera. Muy mal buen tiempo para que le describieran a uno los atractivos de una mujer hermosa: Es muy alemana, rubia y rolliza, cintura estrecha y caderas anchas, ojos entre verdes y azulinas, pura yesca sus andares con tacones altos... Jamás hasta entonces había envidiado a Carlos Cal. Nunca le ilusionaron los dineros y las tierras en tan exageradas cantidades, pero sí que perdía los nortes ante las mujeres, desde siempre, y, en la cárcel, más que nunca, lleno de imaginados cuerpos al derroche aquel de tiempo libre, empapeladas las paredes de desnudos y lo que es peor, con desnudos a medias, de provocativas prendas interiores, entre presos empeñados hasta la manía en contar con detalle sus rápidos amoríos de la guerra... Rubia y rolliza, cintura estrecha y caderas

anchas... La imaginación de Curro Blanco la colocaba en los más diversos lugares de Olivolo, siempre a su lado el labrador rico, que la traía y la llevaba a su capricho, muchas veces, cómo no, a caballo, en alguno de sus más soberbios caballos, y, al atardecer, en la salita de la finca, la copita de vino bueno, acaso de solera sería como un beso en día de mucha lluvia o de moscatel espeso y dulce como un abrazo en noche de verano. Apestaba entonces la cárcel más que nunca, porque, vencidos por la dejadez entrañable de la desesperación, apenas si se lavaban los compañeros de celda y se volvía más y más pequeño el patio de muros rematados con alambre de espino. Se repetía Curro Blanco, cientos de veces: Pura yesca son sus andares con tacones altos... Mientras tanto, Carlos Cal luciría a la alemana por las calles más céntricas de la capital, igual que si se tratara de una yegua recién importada, reparen ustedes en la dura y pujante esplendidez que tiene por grupa... Y, nada más salir de la cárcel, a los quince años de aquella primera pesadilla, se fue por derecho a conocerla. Y sí, todavía Trudy Brot era la mujer que durante tantos años había sembrado de falsos ardores la celda gris de Curro Blanco. Aún era pura yesca al andar con los tacones altos y su rostro no era muy diferente al rostro que él había inventado. Pero siempre la vio pasar a distancia, porque pensaba que sería absurdo pararla en medio de la calle, para presentarse a ella y decirle que llevaba muchos años con ella dentro, que la había soñado con la misma imaginación alucinada con que había soñado las luces de la libertad, luces también de caderas anchas como ella. Se reiría, por supuesto que sí, se echaría a reír, menuda historieta para los oídos de una mujer con experiencias de la guerra de aquí y de la otra, la guerra grande, con la de hombres que habrá conocido, y te presentas tú y le cuentas tus años de cárcel, tus quince años de camastro con chinches y fotos de muchachas desnudas en la pared... En ninguna otra ocasión se había sentido Curro Blanco tan robado ni jamás llegó a comprender tan hondamente cuánto tenía de verdadera muerte aquel interminable encierro, con la vida apuñalada por tantísimo tiempo inútil y con las ilusiones igual que barridas con saña y prisa hacia la resignada escombrera del desengaño.

No son pocos los que han venido a la misa de los nueve días, ocupados en su mitad los bancos de la iglesia, hay que cumplir con los amigos, de tamaño bien visible la esquila de los periódicos, cinco de la tarde, por cuyos actos de caridad cristiana les quedarán eternamente agradecidos, y hay que ver cómo es el mundo, seguro que de todos los que estamos aquí, ni uno recordará a Carlos Cal con un mínimo de afecto, vaya que ni al mismo cura viejo que oficia el santo

sacrificio debe resultarle fácil vencer su póstuma antipatía hacia quien le echaba muy atractivos estipendios por decir la misa de doce, los domingos, en Olivoloco, siempre Carlos Cal en primera fila, puro sarcasmo durante la homilía, exagerados gestos de aprobación y sorpresa, y, después, la copita de vino y las lonchas de jamón cubriendo la hermosa fuente, y hay que ver lo hipócrita que es usted, señor párroco, mucho hablar de caridad cristiana y me han dicho que a su sacristán lo tiene usted séquito de hambre, sobre todo, un respeto que raya con el miedo ante el hombre duro que le vio lloriquear en la cárcel, cuando la guerra. ¿Y Paco Cal? Nunca hizo algo por desmentir la repulsa que, según todos, sentía por su padre, bueno, bastante más que simple repulsa, porque no falta quien asegure que, en su odio, llegó a intentar nada menos que ponerle los cuernos con la ale-manita, pero, para una cosa así, le faltaban a Paco Cal el vigor, la pujanza y la mala leche del padre, que era una fiera, de acuerdo, pero con mucha personalidad, por qué negarlo, pues hay que ver el desprecio con que trataba a nuestra encopetada familia, la familia de su mujer la tía Mercedes, y con qué gracia me dijo un día, el único día que estuve en Olivoloco, tendría yo unos dieciocho años, ten cuidado, sobrino, porque tienes una familia de idiotas amamantados con whisky, procura no parecerte a ellos, mira que te alechugas y te quedas en hombre a medias, y yo le cobré simpatía, quizá porque, en el fondo, me hubiera agradado llegar a ser como él, algo totalmente imposible, puesto que me daban horror los caballos y siempre me parecieron unas salvajadas las cacerías y nunca pude conseguir otras mujeres que no fueran las fulanas de a tanto el rato, y llegué a envidiarlo más o menos, por las mismas razones que los demás, por su forma de arrollar y rebajar, por su insolente modo de ser independiente y por el duro estilo que tenía de hacerse temer y respetar, toda la familia incluida, porque, a sus espaldas, mucho criticarle y hasta ofenderle, pero, por delante, cuando Carlos Cal se presentaba, por ejemplo, en casa de la tía Gertrudis, tan dominante ella, había que ver cómo se ponía con él de empalagosa y zalamera, cogida de su duro brazo, el brazo que la vieja solterona habría soñado para la figura de su hombre ideal, y así, materialmente volcada sobre la estampa bronca del labrador mujeriego, lo iba presentando a sus amistades aristocráticas, con el orgullo y la debilidad que la tía Gertrudis tuvo, de toda la vida, por las cosas y los seres raros, hasta el punto de olvidarse por completo de que Carlos Cal, al poco de su boda, había desechado a su esposa, la sobrina Mercedes, una de esas mujeres con la belleza expresamente hecha para llamar la respetuosa y limpia atención de los hombres con un rostro encuadrado en la almidonada blancura de las tocas, sin decisión para poner en práctica los picaros

consejos de la tía Gertrudis, que, llegado el momento de la separación de hecho, no cesaba de repetir a familiares y amigos que toda la culpa era de Merceditas, por pava y por pazguata, y sólo le faltaba asegurar que ella, de joven, sí que hubiera dominado la fiereza del amo de Olivoloco, al que, por cierto, hay que ver cuánto se parece su nieto, el más pequeño, Roberto, doce o trece años, gruesas y tupidas las cejas, miradas de becerro a punto de embestir, y muchas, demasiadas preguntas en torno al abuelo, ahora, precisamente ahora que acaba de morir, justamente ahora, cuando los padres intentan sepultarlo también en la memoria, sin más explicaciones para ellos, sólo repetir una y otra vez las rarezas de un Carlos Cal que se ponía nervioso con tan sólo oír el ruido de sus ciclomotores en el jardín de Olivoloco y que salía al balcón grande y les gritaba, viejo gruñón, fuera, fuera, no quiero motos aquí, ni tampoco nietos afeminados en mi finca, y me da el corazón que será este muchacho el primero de toda la familia que habrá de hacer lo posible por parecerse a su abuelo, aunque sólo sea por alejarse de todo lo demás, de todos nosotros, sí, amamantados en whisky, totalmente cierto, porque no hay más que pasear la vista por estos bancos de la iglesia, cuántos rostros del color de la cera y cuánto temblique alcohólico en nuestras manos amarillas, manos que, dentro de poco, al término de la misa, se estrecharán unas con otras, en señal de pésames hipócritas y condolencias falsas, sin mentar el muerto, claro está que no, pues al muerto es lo que menos cuenta aquí, en esta misa vespertina a la que fuimos citados mediante una esquila mortuoria de buen tamaño, a las cinco de la tarde, por cuyos actos de caridad cristiana les quedarán eternamente agradecidos, y hay que ver la cara tan triste que ponen el primo Paco Cal y su mujer, Cristina, de la que me han dicho que ni siquiera estuvo en el entierro, porque tenía prisa por recoger de los roperos de Olivoloco las joyas, los abanicos antiguos, las monedas de oro, porque, hija, hoy en día no te puedes fiar de la servidumbre, por mucho tiempo que lleve en casa.

Aunque se lo callaran, los suyos no le perdonaron que se quedara a vivir en la tierra, cerrada desde hacía un montón de años su gran casa de la capital, que hay que ver el descuido en que la tiene, sin cristales las ventanas y descolorida la fachada, cayéndose a escamas la vieja mano de pintura, quejas continuas de los vecinos a cuenta de las ratas, y también un poco bastante de envidia por aquel lujo de indiferencia con que Carlos Cal recibía las más adineradas pretensiones de compra, sin que su hijo se atreviera tampoco a pedirle que le dejara vivir en ella, porque hay que estar a las duras y a las maduras, así es que aguarda a que yo me muera, y durante sus contadas visitas a la ciudad, la estampa recia de

hombre curtido al aire libre cruzaba las vidas de los demás terratenientes como una ráfaga de insultos sin palabras, igual que tallado en orgullo su talante de compasión para con la gente del cemento, viva presencia de la tierra que se ponía ante los ricos del campo lo mismo que un esquinado principio de remordimientos imposibles, al recordar labranzas dejadas en las manos frías de los administradores como dejan a los hijos en brazos de amos de leche y de niñeras, porque la riqueza es tanta que todo el tiempo es poco para alimentarla en sus largas hambres de diversiones y postines. Había llegado demasiado lejos en su apego al campo y los suyos prefirieron mantenerle a distancia puesto que no lograban olvidarlo, hasta que, una vez muerto, respiraron con alivio, porque, de ahora en adelante, cuando se vengan abajo los techos capitales de una familia rica, no quedará un Carlos Cal que represente y simbolice los mismos del amo que la tierra exige, ya todos, por fin, igualados en esto de vivir de la tierra sin pisarla, triste tierra aburrida, con cuánta mosca en verano y nada digamos del fango por invierno, que se presenta una tormenta, vas y te guareces bajo un árbol y zas, un rayo, así es que, al campo, de cacería, y eso, a quien le guste, porque raros como Carlos Cal no quedan, por fortuna, que Dios lo haya perdonado, si es que Dios puede perdonar al hombre que se empeña en vivir como en tiempos de nuestros bisabuelos, a caballo un día y otro también y de un mal humor inaguantable cuando le llegaba el runrún mecánico de los tractores.

El cadáver tenía aún por las sienes y la frente manchas de tierra rojiza del olivar. Lo habían tendido sobre tres veladores de mármol juntos, sangre fresca en el hondón del pecho, desabrochada la guerrera verde y fuera de sitio el blanco cuello duro de borde amarilleado por el sudor de tantos días con sus noches de a ver qué pasa, cuatro cabezadas en las orillas mismas de la preocupación, pegada la ropa al cuerpo, cortos ratitos con los pies libres del calzado y de las punzadas, y, al menor ruido, sobresalto en mitad de la señalera, la mano en busca del bulto oscuro del nueve largo, que golpeaba sobre la cadera como una manía de lutos... Iba yo a un paso del cabo y me dijo que le dejara ir por delante, que yo soy un profesional, don Julio, y no había hecho más que rebasarme, cuando sonó el disparo y cayó de bruces... Habían partido de madrugada, en camioneta, una hora antes de la amanecida, una bolsa repleta de algodones y vendas, varias mantas, a la espalda de la baca, por si la muerte, cantando iban a grito limpio los guerreros himnos, calle Ancha abajo, al encuentro de grupos de otros pueblos con los que unirse en el ataque preparado ya contra la población más cercana, porque la tropa mora se había marchado, días atrás, a la conquista de los pueblos

que frenaban el avance rápido, carretera adelante, sin ocuparse de los enemigos ocultos en los campos y en las poblaciones pequeñas más o menos alejadas de las rutas de asfalto... Le salía la sangre a borbotones y no llegó a pronunciar palabra alguna, mientras hacíamos lo imposible por taponarle la herida... Allá, junto al grueso tronco de olivo, se amontonaban las vendas y los algodones teñidos de sangre. Carlos Cal se sintió sacudido por una emoción que nunca había experimentado y que le trastornaba los dominios de su acostumbrada entereza. Y no sólo por el hecho mismo de la muerte del cabo Pereira, sino también por lo que aquella muerte, en pleno olivar, al amanecer, significaba para su forma de entender a los hombres y a las tierras, rota y herida como estaba ya la paz del pueblo, y, ahora, también la paz de unos campos que, a partir de esta muerte, nunca más podrían recuperar el sosiego de los siglos. Presentía Carlos Cal el forcejeo de las competencias feroces en las cuentas de las matanzas, y así fue. Horas después de que el cabo Pereira fuese amortajado con la bandera, cubierto el ataúd con flores traídas por los niños desde los patios del pueblo, sonaron las primeras descargas en los muros traseros del cementerio. Sí, horas después del alzado patriótico catafalco en el gran salón del casino, el de las partidas de dominó y julepe, el gran salón de bodas y bautizos, se empezaron a vaciar de vida los calabozos municipales... Mal asunto, amigos, mal asunto es que se empiecen a manchar de sangre los troncos de los olivos, porque, ya mismo lo veo, se mancharán también las cepas de la viñas y la apretura de los trigos y las orillas de los arroyos... Carlos Cal sentía sobre sí la pesadumbre que únicamente podían sufrir los hombres cuyos exagerados poderíos les hacían lamentar como muertes muy suyas las muertes de las plantas, de los animales que se nutrían de su tierra y de los hombres que la pisaban y la sudaban desde la siembra hasta la cosecha, porque, por pertenecerles, hasta las mismas muertes de las cosas y de las personas le pertenecían.

En los días primeros, la guerra no era todavía una guerra de mapas extendidos bajo la atención aguileña de los generales. Iban los hombres de un pueblo a otro, para tomarlo, y murieron algunos de balas perdidas durante avances con ingenuos despliegues y silencios que ni calcados de las cacerías en grande. Fueron cortos encuentros, entre pinos, olivos y eucaliptos, sin apenas llegar a entreverse los unos y los otros, nerviosos los disparos hacia el fondo, allí donde parece que se mueve un algo con la prisa temible de quien vive a la espera de que se acerque el enemigo. Fueron días, sobre todo, de morir a dos pasos de la casa de uno, desorbitados días de limpiar las madres y las novias la sangre

todavía fresca de las heridas mortales, tristes y amargas ocasiones para descubrir los enfurecidos rostros de unos hombres que se alejaban de su resignación de siempre, alistados de pronto en la tropa del odio. Fueron días en que los pobres se quedaron pasmados al conocer la escondida furia que tenían guardada los señoritos, los elegantes y encorbatados señoritos, hombres de gafas y modales finos que también se apuntaban a lo de darle al gatillo de la ira.

La camioneta, gris de nublado, repleta con el desvencijado cansancio de los muebles, aguardaba ante la puerta de la casilla. El capataz reconocía que, de esta forma, el traslado de estas cosas hasta el pueblo sería cosa de media hora corta, pero él, como no se veía mordido por prisa alguna, hubiera preferido salir de las tierras de Olivo-loco sentado en la vara de un buen carro de los antiguos, carros hechos para la sudorosa guerra lie las recolecciones, ni una queja de crujido al atacar las cuestas cargados de trigo hasta las puntas de los varales, carros a la medida de mulos aún más altos que las ruedas, de unas ruedas hechas para medirse con los arroyos crecidos, carros hechos sin pinturillas ni piferías, carros lentos y seguros que cruzaban el labrantío con la razón de peso que da la cosecha... ¿Qué, Fernando, nos vamos?... El capataz ha dado la última vuelta a la casilla que abandona sin apenas sensación de triste despedida para siempre, porque las tres habitaciones, a solas sus paredes, parecen otras, cuartos totalmente distintos, desnudos de referencias a los cincuenta años de vida que vivió en ellos, todo lo más, las huellas que, como extrañas sombras, dejaron sobre los muros encalados la cabecera de la cama o el mueble pintado de rosa que estaba junto a la chimenea, y la chimenea, sí, esa sí se queda lo mismo que estaba desde medio siglo antes, lo mismito que el día en que llegaron Pepita y él, acabaditos de casar, como dos hornos panaderos las dos bocas, torpes las manos al abrir la puerta o llenar un vaso de agua, todo el viaje de novios allí, a lo pobre, en un par de días de recorrer una y otra vez los dos palmos de una casa que, sin embargo, les parecía enorme, más un país entero que vivienda, a cada momento completamente nuevos los rincones, lejos el campo, olvidados del todo los animales, las plantas y las personas que formaban el mundo de Olivoloco... Fernando, hombre, que antes de ir a comer tengo que llevar una carga de melones y deben ser ya las dos de la tarde, por lo menos... El capataz se ha sentado junto al conductor... Debe de ser jodido abandonar la casa de uno de toda la vida... Fernando sintió unas ganas enormes de llorar. Intentó contener las lágrimas, pero sólo consiguió que le saliera de la boca un extraño silbido... Por mí no se apure usted, Fernando, y llore sin importarle que yo esté aquí delante,

porque tiempo tiene para desahogarse en el cuarto de hora largo que nos queda de aquí al pueblo... Por el camino se cruzaron con ocho o diez tractores en hilera... Por lo que dicen, el hijo de don Carlos piensa mecanizar la finca por completo... Fernando hubiera querido contestarle que no, que por completo, no, porque él era parte de Olivoloco y nadie podría mecanizarle la vida, como tampoco se la hubieran mecanizado jamás al amo que murió hace poco. El sol de agosto se había escondido entre nubarrones de un marrón oscuro. Fernando recordó la frase que Carlos Cal acostumbraba a repetir, cuando iban los dos sobre caballos cansados: El día que los amos y capataces crucen sobre ruedas los campos de Olivoloco, ya no serán los mismos ni el aceite de sus olivares, ni el pan de sus trigos, ni el vino de sus viñas...

La camioneta se puso de nuevo en camino. Ya se veía a lo lejos la silueta blanca y altanera del pueblo. Fernando el capataz se dejó ganar por un odio imprevisto hacia el viejo motor, cuyo ruido se tornaba más y más fatigoso, según avanzaba por la dura pendiente que terminaba en la calle Ancha, camino de la plaza, donde habría de bajarse él, para decirle a algún amigo, mientras beben un vaso de vino en la taberna de Aniceto: Ya estoy aquí, en el pueblo, para ponerme a vivir a cuatro pasos del cementerio.

Sitio de sobra tiene el campo, todo anchura como es de horizonte a horizonte, y, sin embargo, no cabían en el campo las personas mayores, y echados eran del campo los viejos que no podían coger la manquera del arado o pisar con firmeza los terrones del barbecho que se siembra o el agacharse miles de veces en algodones y vendimias o traer y llevar la recua de los mulos o arrearlos con gritos y palabrotas cuando los carros cargados se atascan en los barrizales hondos de las cañadas. Cementerios no hubo nunca para ellos en estos campos del sur. No hacían falta. Apenas si se morían gañanes en el campo, porque se quedaban en el pueblo, desde un par de meses antes del primer tembleque, alejados sin posible regreso paisaje que sudaron, hombres tristes que no se resignaban a quedarse entre tiestos de patio o junto a presumidas macetas de ventanas. Por eso, se iban amargos al final de las calles, a revivir aromas de la tierra en los días de lluvia o a contemplar el jugoso impulso verde con que se ponen altas las espigas.

Arrinconado junto a los anafes, ronca el mastín viejo su agonía. Ya nunca más bajará por entre las balaustradas de cerámica celeste como perro de rey, sin sesgar la figura, escalón a escalón, de frente, con la cabezota alzada. Chachalola

lo mira a cada rato con el deseo de ver, al fin, estiradas sus patas por la muerte. Desde las ventanas que dan a las traseras estancias de Olivoloco, se pueden ver del todo vacías las corralizas. Una excavadora de amarillo metálico rabioso le está mordiendo los cimientos al muro maestro de los establos. Remontan sus vuelos con esfuerzo las palomas zuritas, como si les pesara sobre las alas el plomo del nublado, y personas entristecidas, porque falta muy poco para que llueva, parecen los olivos primeros del olivar inmenso. Miran hacia los nubarrones los chiquillos del yeguarizo y un viento rastrero y mala leche levanta remolinos pequeños y veloces para cubrir de polvo las ventanas de los salones bajos. Ni media hora hace que se fue doña Cristina, mediada la taleguita de manojos de llaves antiguas, y no es desconfianza, por Dios, pues no faltaba más, Lola, pero, eso sí, quiero que usted, desde ya mismo, se quede tranquila, sin la responsabilidad que supone tener a su cuidado las muchísimas cerraduras del caserío. Chachalola iba a su vera, ayudándola a cerrar los

i' postigos de los ventanales y balcones. Rechinaban las dos vueltas de llave a cada puerta, a cada armario, a cada cómoda, a cada mundo de trajes y abrigos y libros y zapatos y gafas y peinetas y abanicos y dentaduras postizas y sonajeros y una enormidad de muñecas de otro siglo, muñecas muertas, siempre las cabezas destrozadas, como si las niñas de todos los tiempos tuvieran la macabra manía de dejarlas sin fantasías ni sueños. Chachalola presiente que ella se decidirá a marcharse de Olivoloco, en el momento mismo que muera el mastín viejo, momento que coincidirá, muy segura está ella, con los primeros goterones gruesos de una tormenta que, a bofetadas de viento y agua, acosará las palomas, hasta obligarlas a esconderse en la tibieza pichonera de los palomares. Presiente cercana la hora de preparar una despedida que tanto desea la señora de Paco Cal, Paquito a secas para la chacha, siempre que no haya nadie delante, no es por nada, pero ya sabes cómo es el mundo y todo eso que llaman guardar las formas, porque nunca es bueno irritar las costumbres ni sorprender a los demás así por las buenas... Todo salía al revés, pues, al morir Carlos Cal, se había sentido ella, más que nunca, dueña y señora del caserío, sin miedo a que la esposa del heredero deseara tomar las riendas de un caserón tan viejo, y en el campo, con lo que ella y su familia odiaban este mundo de estiércoles y silencios... Usted, Lola, piénselo detenidamente, porque vale la pena que abandone un trabajo de tantos años y se vaya a vivir a casa de su hermana, con su paga completa, por supuesto, y a esperar serenamente los años de la vejez, que también tiene sus alicientes. Huy, si viera usted la felicidad que disfruta mi madre, rodeada de nietos, a sus ochenta y cinco años... Tiene Chacha-lola preparada la maleta, una

maleta de piel de mediano tamaño que perteneció a la difunta doña Mercedes, única cosa con la que ella se ha quedado, por las buenas, una maleta que le llamó siempre la atención, que le atraía de una forma casi misteriosa, acaso porque en ella guardaba su señora sus dos montoncitos de cartas atadas con lazos de seda celeste, ninguna de ellas escrita por su marido, ni una sola carta de amor, porque todas eran cartas de amigas de la niñez y de la juventud que le escribían, de tarde en tarde, y le contaban las cosas de sus esposos y de sus hijos, de sus dificultades de sus alegrías. Chachalola lo sabía por doña Mercedes misma: Cuando releo esas cartas me parece como si yo estuviera muerta y me relataran la amigas lo que sigue pasando en este mundo... Y también conservaba en esa misma maleta numerosas fotos de cuando niña, qué linda en su primera comunión y qué raro el bañador de ajustados pantalones a rayas anchas, y qué cara de ángel en el grupo fotográfico del colegio, colocada junto a la monja con dominante mirada de madre superiora, y ni un solo retrato de la Merceditas joven, únicamente aquel de cuando tenía trece o catorce años y fisonomía preocupada por un futuro que quizá comenzó a desprenderse por entonces de las místicas querencias que llevaban la clausura. Pero, más allá de esa edad, ninguna otra fotografía, como si la mujer de Carlos Cal hubiera decidido alguna vez evitar cuantos motivos le obligaran a recordarse a sí misma ya de mayor, en años de soñar unas ilusiones que le llevaron a la soledad y la amargura. Y era en aquella maleta donde ella, teniendo como tenía tantos roperos, cómodas y armarios, guardaba aquellas cartas, fotos y otras pequeñas cosas que manejaba a diario: el libro de oraciones, el rosario, conchas recogidas en alguna playa de la niñez, lápices de colores, cromos y estampitas, inacabadas labores de bordado y punto... Daba la impresión de que doña Mercedes tenía preparada esta maleta para emprender un largo viaje de regreso a su infancia y Chachalola se dijo más de una vez que aquella maleta sería para ella, porque ningún otro objeto era tan cercano y entrañable para su señora, hasta el punto de que formaba parte de su forma de ser y de sentir, un poco así como si en la maleta guardase el alma que ella deseaba salvar de su pasado, sin contacto alguno con el triste resto de lo vivido. Así es que, llegado el momento preciso, una hora después de morir doña Mercedes, cogió la llave de la mesilla de noche, sacó la maleta del ropero grande y se la llevó a su cuarto con la emoción de quien roba un reliquia, y de reliquia era el aroma que desprendía, una vez vacío, el interior forrado de raso rosa de una maleta que saldrá con ella de Olivolo, en cuanto termine la agonía el mastín viejo, ahora mismo quizá, porque ya agita la cabeza como si presenciara de golpe toda su vida, y se queda, por fin, definitivamente quieto. Un relámpago ilumina el cielo por encima de los

corrales. Se apela el ruido de unos truenos muy seguidos. Comienza la lluvia y las palomas zuritas se atropellan ante las pocas y estrechas troneras del palomar. Chachalola ha entrado en su habitación, recoge la maleta, desciende hasta el patio por las grandiosas escalera de mármol y, en lento giro sobre los pies, se deja llover de cuerpo entero, mientras contempla en dolorosos adiós las altas galerías.

Las mujeres se marchaban sin demasiado pesar de aquellos mundos del campo, donde jamás podrían tener casa propia ni vecinas con las que darle respaldos de conversación a la interminable costura de la vida. Le volvían la espalda al caserío donde nacieron sin los adelantados vinagres que las despedidas tienen cuando se presiente que dolerá el recuerdo de lo que se abandona. Iban consoladas de antemano por el llegar a vivir en el apiñamiento de la gente, domingos de sol al mediodía en la plaza y el no sentirse ya tan sola entre animales y plantas a la espera del médico que llegaba o que no llegaba por caminos de carros en noche de temporal y torrentes desbocados. Porque las mujeres nunca le tomaron cariño a la tierra que paría trigos ni a las cepas que cada verano se quedaban preñadas de racimos. Todo lo más, se encariñaban con la media docena de conejos enjaulados y unas cuantas gallina ponedoras, pero ni reparaban en el paso esclavo de los mulos y siempre cerraron los ojos en son de ciega rebeldía, cuando brincaban tan chulones los caballos que llevaban de la mano hasta el pilar de los mimos serviles del yeguarizo.

Los cinco caballos favoritos de Carlos Cal habían llegado a Rancho Espuma por la arena húmeda de la playa, nervioso el garbo de sus braceos ante el ruido atosigante del oleaje. Desde la terraza encalada de reverberos morados, Julio Junco y su madre, doña Laura, junto con sus invitados alemanes, aguardaban la llegada del dueño de Olivoloco, jinete en el animal de más petulancia y descaro. Desde lejos, le iba dañando a Carlos Cal la sonrisa fría de Julio Junco, barniz de yodo, modales ligeros y seguros de buen manejo de velas y timones. Alzó una mano en saludo de tierra adentro y le correspondieron con una ovación desde los barandales. Cerca de media hora empleó Carlos Cal en lucirse con sus cinco caballos, distintos los pelajes y los bríos, diversa la sorpresa de sus domas, del todo inconfundible cada estilo de reprimida violencia, en el ordeno y mando de las bridas y piernas. Quedaba tan lejos la guerra que casi no existía. Rojo y ceñido era el traje de la extranjera, dieciocho años embebidos por tamaña fiesta de músculos poderosos, sobre la cual sobresalía con pasiva apariencia el gesto

del hombre que no cesaba de mirarla a ella, hasta que, una vez cumplido el llamativo muestrario de las cabriolas, Carlos Cal, antes de poner pie a tierra, se acercó dominante a la baranda y, una vez buscados y encontrados los ojos azules de la muchacha, echó sobre ellos todos los deseos de su mirada espesa. Únicamente la voz afilada de Julio Junco sería capaz de disfrutar cortando el hilo de aquel embeleso... Si te bajas del caballote, podré presentarte a nuestros invitados... Conrad Brot, comandante de la Cóndor, y su hija Trudy. Bonita ¿no es verdad?